

Susana Frouchtmann

EL HOMBRE DE LAS CHECAS



**La historia de
Alfonso Laurencic,
el artista
de la tortura**


ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

1. EL MARIDO DE LA INSTITUTRIZ
2. DETECTIVE EN ACCIÓN
3. LAS ENTRAÑAS DE LAS CHECAS
4. ENTRE HERMANOS
5. EN BUSCA DE MERI
6. PESQUISAS SOBRE UN PERIODO IGNORADO: JULIO LAURENCIC
7. ÚLTIMA BATIDA
8. ALFONSO LAURENCIC: EL RECuento

EPÍLOGO «LO SIENTO, MERI, CRÉEME QUE LO SIENTO»

ANEXO. LAS CHECAS, INTRODUCCIÓN Y LISTA

ACRÓNIMOS

BIBLIOGRAFÍA

Fotografías

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SUSANA FROUCHTMANN
EL HOMBRE DE LAS CHECAS

La historia de Alfonso Laurencic, el artista de la tortura



El 9 de julio de 1939 Alfonso Laurencic, yugoslavo de origen austriaco, era fusilado en el Campo de la Bota de Barcelona, acusado de ser el artífice de las dos checas más atroces de la ciudad y el creador de los más crueles procedimientos que en estas se practicaban.

Durante el juicio previo, concurrendísimo, ya que causó una gran expectación, se le acusó de haber formado parte de los mandos del SIM (Servicio de Información Militar), de haber actuado como espía para los dos bandos, de ser un cínico estafador y un aventurero sin escrúpulos... pero ¿realmente sabemos quién fue este personaje?

*Para mis hermanos Manuel, Mita y Ana;
y para Herminia, in memoriam*

«Podemos imaginarlo todo, predecirlo todo, salvo hasta dónde podemos
hundirnos.»

EMIL CIORAN

AGRADECIMIENTOS

Un texto es producto de un trabajo solitario, aunque siempre es bueno contar con personas cuya opinión te puede ayudar a enmendar errores. Si finalmente piensas que has conseguido escribir lo que pretendías, aún falta lo más importante: que un editor crea en ti. Este libro, además, precisaba de muchas horas de búsqueda e investigación. Algo que también estaba dispuesta a hacer. Pero, de no contar con la inmensa fortuna de hallar cicerones extraordinarios, quizá me habría quedado a medio camino. Este libro es, pues, una labor de equipo. Es hora de darle el reconocimiento que merece.

El hombre de las checas no hubiera sido posible sin el constante consejo y apoyo de Lluís Permanyer, quien no solo me condujo por una Barcelona que desconocía, sino que en ningún momento me permitió decaer. Mi agradecimiento, asimismo, a Sergio Campos, guía inestimable en mis primeros pasos tras Alfonso Laurencic, estando a mi lado siempre que lo he necesitado. Gracias también a Pilar Triadó, César Alcalá, Joaquim Morató, Nati Vilanova, Josep Calvet y Jordi Font, así como al personal de la Biblioteca de Cataluña y al del Archivo Municipal Contemporáneo de Barcelona.

Sin olvidar dos agradecimientos muy especiales: a Gwendoline Field, que fue el refugio más amable y comprensivo que nadie pueda tener durante toda la ardua investigación, y a Lolín Carbonell, que me tendió la mano en recuerdo de nuestra querida Amparo Soler Leal.

Gracias, asimismo, al equipo editorial por su atenta colaboración y por ayudarme a equilibrar mi vertiente periodística con la de narradora.

PRÓLOGO

He aquí un relato que está destinado a sorprender e inquietar al lector por diversos motivos, tanto por el contenido de una vida que se revela, cuanto por la estructura y el ritmo mantenidos desde un buen principio.

Pronto queda bien situado el motivo central del libro, cual es la ardua búsqueda de los datos ciertos de un personaje, Alfonso Laurencic, quien aparecía al principio poco menos que ignoto, luego desdibujado, esquivo y muy contradictorio.

A partir de este punto se inician dos líneas de narración que pueden semejar paralelas, pero que en modo alguno lo son; y es que Susana Frouchtmann aparece de buenas a primeras como protagonista de una de ellas. No se trata de un recurso estilístico y mucho menos de un afán personalista, sino que descubre la vinculación estrecha del personaje central con la institutriz que durante tantos años estuvo en su casa. En efecto, Alfonso Laurencic era el marido de la institutriz. Y no diré más, para así evitar anticipar pistas que minen la calidad del suspense que con fuerza se impone muy pronto a flor de página.

Con sus pasos contados, la autora va modelando el perfil recompuesto del protagonista, envuelto en varias personalidades, de nacionalidad incierta, con aires de aventurero, con huellas de tipo peligroso, con señas de impostor, pero que, sin lugar a duda, poseía unas dotes de seductor consumado y temible. Baste decir que tanto aparece como director de orquesta en las mejores salas de la Barcelona de entonces, cuanto vinculado al perfeccionamiento de las checas diabólicas en el tiempo siniestro de la guerra incivil. Por si fuera poco, lo último que proclama solo podía acrecentar la duda sobre quién era en realidad Alfonso Laurencic.

Al propio tiempo, el lector asistirá al relato pormenorizado sobre la investigación tortuosa, con sus caminos errados o sin salida, con los hallazgos inesperados, con pistas sorprendentes, con revelaciones íntimas e incluso surgidas del seno familiar.

La primera vez que di con ese personaje fue al leer un librito publicado ya en 1939: *Cómo funcionaban las Chekas de Barcelona*. Se trataba de un informe de propaganda tendenciosa debido a, según rezaba en la primera página, «Publicaciones del C.I.A.S., acción contra la III Internacional». Estaba en la nutrida biblioteca de mi padre y lo leí cuando justo ingresaba en la adolescencia. Me causó una turbación enorme. Y en la página 15 precisaba: «El satánico artífice de esta maravilla de crueldad, el tristemente célebre Laurencic, declaró en su proceso que se había elegido la tonalidad verde para producir al detenido el efecto de un día triste, lluvioso y sin esperanza». No supe más de él hasta ahora...

Gracias a Susana Frouchtmann, la investigación que ha sabido relatar con interés creciente se convierte en una página desconocida de una Barcelona martirizada por la tragedia de una inmisericorde lucha fratricida, la peor de todas las guerras.

LLUÍS PERMANYER

1

EL MARIDO DE LA INSTITUTRIZ

Crecí en un hogar sin más tempestades que las que pudiera traer el invierno y, si eso sucedía, vivíamos al abrigo de estas. Cuidados por el calor de una casa confortable y tres personas de servicio que nos atendían, una modista que se ocupaba de hacer los remiendos, más una monja que velaba nuestro sueño si caíamos enfermos. Nuestra vivienda estaba situada por encima de la avenida Diagonal de Barcelona, una ubicación que llegó a considerarse como la mejor zona de la ciudad, cuando el espléndido Ensanche decayó durante unos años.

Si mis padres tuvieron alguna desavenencia entre ellos, sus hijos jamás la presenciábamos. Menudeaban las broncas a nosotros, no iban a ser todo mieles. Porque no fuimos unos niños consentidos. Se nos exigía al máximo, preparándonos para una vida que nos iba a pedir mucho más. Buena conducta y unas notas aceptables fueron algo obligado y, aunque no siempre se consiguieron (ni todos éramos iguales), el resultado fue que, cuando nos marchamos de casa, estábamos preparados para enfrentarnos al mundo. Luego la vida nos estrujó a cada cual de manera diferente, pero con nosotros iba ese bagaje, más una buena preparación musical, las lecturas de una vasta biblioteca... Además participábamos en la conversación de los mayores cada día en la mesa, ya que nuestros padres jamás quisieron que almorzáramos en el colegio. La hora de comer también era la hora de aprender a comer con esmero; y de aprender a conversar como ellos hacían. La nuestra era, sin duda, una familia burguesa. Únicamente por serlo, es muy posible que algún lustro atrás nos hubieran asesinado sin miramientos, pero nosotros crecimos sin saberlo, considerando, además, que aquel era el día a día de cualquier mortal, sin cuestionarnos si la vida repartía por igual y en cualquier confín los varios

privilegios que disfrutábamos. Solo mucho más tarde —ya adultos— supimos cuán equivocados crecimos. Porque, aunque los hermanos hemos pasado borrascas, enfermedades, alguna muerte inesperada, desilusiones, traiciones, algún momento duro, eso son las habituales acometidas de la vida. No una guerra; ni tres, como sufrieron nuestros padres y abuelos. Solo por ello, la nuestra es una generación muy afortunada.

En ese entorno de bienestar, un día llegó Meri Laurencic a nuestra familia. No debí de prestar mucha atención a su incorporación en la intendencia familiar, pero tras varias conversaciones con mis hermanas, las tres hemos concluido que tuvo que ser al final de la década de los cincuenta. La recuerdo caminando por los pasillos de puntillas. «*Shhh. Deine Mutter ist ausruhen*» (Shhh. Tu madre está descansando), me decía con el índice sobre los labios en señal de un silencio atemorizado si me topaba con ella, lo que nunca me impidió seguir brincando o jugando con mi hermano Manuel a una especie de baloncesto que nos inventamos. Se trataba de, sorteando al enemigo, encestar en el hueco de la cornisa de un amplio distribuidor que daba a todos los dormitorios —incluido el de mis padres—. Y es que Meri nunca ejerció ninguna autoridad sobre mí (Manuel no entraba en sus competencias), seguramente porque no quiso. O porque su alma ya no le daba para mantener a raya a una mocosa díscola. Su principal ocupación eran mis hermanas menores, niñas encantadoras y preciosas. No sé si en aquel entonces Meri quería a alguien más que no fueran ellas; si su vida con Alfonso Laurencic dejó espacio para nadie más.

Mi madre aseguraba que había sido una mujer hermosa, algo que yo nunca fui capaz de vislumbrar. Para un niño, las personas mayores son mayores, sin más. Meri siempre vestía igual: falda recta, camisa con una rebeca encima, zapatos de medio tacón, el pelo corto y ondulado, teñido en un discreto tono rubio claro, los labios con un *rouge* suave. Su aspecto era muy cuidado, pero sin ninguna estridencia. Ella —que para nosotros siempre fue Frau Preschern — tenía entonces más de cincuenta años.

Meri comía con la familia, en la mesa principal que solía ser concurrida y agitada puesto que, con suma frecuencia, se unían amigos de uno y otro hermano, o algún conocido de nuestros padres. Estuviera quien estuviera, ella hablaba poco; de hecho, casi nada, a menos que mis padres le dirigieran la palabra, y entonces contestaba queda, casi en un susurro. Siempre en alemán. Tampoco participaba en la severa lección de modales que nos imponían sin

concesiones nuestros padres —«saca los codos», «cierra la boca», «baja los brazos», «no hagas ruido», etcétera—, ni daba munición al enemigo cuando, por lo que fuere, a alguno de los hermanos le caía una bronca, algo muy de agradecer ya que eso sí lo hacía una de las tres muchachas de servicio, lo que solía empeorar el castigo consecuente.

Tras la comida, Meri, que tenía modales muy esmerados, saboreaba con placer el café y el cigarrillo que le ofrecían mis padres (ignoro por qué recuerdo este detalle con tanta precisión; y cómo se bajaba la falda al sentarse). Luego, finalizado el almuerzo, abandonaba con sigilo el comedor y se detenía a charlar un rato con las muchachas de servicio hasta media tarde, momento en que iba a buscar a mis hermanas al colegio; pasaba la tarde en casa o en el parque con ellas y, antes de cenar, se iba. Persona muy independiente, siempre conservó su vivienda. Un piso muy amplio, pero sin lujos, modesto, muy modesto, bastante deteriorado también, en el 1.º-1.ª del número 5 del paseo San Juan. De dos en dos subía yo las escaleras tras mi madre cuando, por lo que fuere, la visitábamos. Tal vez cuando caía enferma, no lo sé. Tampoco es importante. Solo siento no haber sido entonces lo que soy desde hace ya varias décadas: una curiosa insaciable. Le habría revuelto la casa, le habría rogado —o persuadido— que me contara esa historia que, año tras año, calló con tanto celo.

Nuestra madre nos explicó, muy por encima, que a su marido lo habían fusilado nada más acabar la Guerra Civil. He de suponer que mis nueve años impidieron que calibrara lo que significó la contienda —cualquier contienda— así como sus consecuencias, para Meri y para todos. De forma que, para mí, ahí terminaban sus antecedentes.

—Era arquitecto, y los rojos lo utilizaron para diseñar las checas. De no hacerlo, lo habrían matado —añadió mi madre, sin embargo—. Se llamaba Alfonso Laurencic.

Guerra, cárceles, rojos. Nada que entonces me pareciera importante. Pero ese nombre se quedó agazapado en mi memoria. Y la memoria de la niñez suele volver. La infancia, la familia de la que provenimos, vuelve a nosotros una y otra vez de forma que siempre está en nosotros, e influye en todo lo que hacemos. El entorno en el que crecimos es una huella que se lleva en el alma. Es lo que define tu esencia. Está en nuestro ADN ideológico e intelectual, y también en el sentimental.

Me viene al recuerdo una tarde de domingo, una de esas tardes de

inexcusable cine con mis hijos. Mi hijo Juan —desde niño, apasionado cinéfilo— era quien decidía la película. Fuimos a ver *Avalon*, de Barry Levinson, la historia de los hermanos Krichinsky; judíos polacos que, al inicio de la Primera Guerra Mundial, emigran a Estados Unidos, donde se casan, tienen hijos, luego nietos... Y, pese a las dificultades de su inicio como inmigrantes y los conflictos familiares, prosperan hasta conseguir la vida que perseguían. No era una película trágica, pero inesperadamente empecé a llorar; yo, que no soy de lágrima fácil. Y mi hijo me preguntó, atónito e incómodo, por qué lloraba. Lloraba porque aquellas imágenes hogareñas —las comidas, las celebraciones, la forma de hablar entre ellos, la música— me habían devuelto de golpe a las tertulias en casa de mis abuelos paternos, ambos judíos: él, Edmundo Frouchtman, nacido en Tarnopol, Galitzia, territorio entonces del Imperio austrohúngaro, de donde a los diecisiete años y disgustado con su padre se fue caminando rumbo a Viena y luego a Berlín; y mi abuela, Susana Rager, polaca de Varsovia a la que Edmundo conoció en París, donde se casaron en septiembre de 1905.

Aquellos momentos de infancia vividos con ellos, y que parecían perdidos para siempre en mi inconsciente, nunca me habían abandonado. Hiciera lo que hiciera en la vida, yo era y sería siempre, cuando menos en parte, lo que ellos fueron. Y esa huella ha hecho que mi yo siempre haya estado dividido entre cómo me formaron y lo que siento. Y lo cierto es que siempre me he sentido parte de *Avalon*. Mucho debió de pesar.

Acontecimientos o descubrimientos han irrumpido en mi vida de adulta, en alguna ocasión, haciendo que todo se tambaleara. Que en realidad aquello que creí incuestionable ni siquiera se acercaba a la verdad. O cuando menos, no como me fue contado, o como creí entender. Lo que estáis leyendo forma parte de lo silenciado, de las medias verdades del pasado que han surgido cuando imaginaba que ya había conseguido desvelar los grandes misterios de mi familia. Descifrados los códigos esenciales. Pero, como decía antes, la infancia siempre vuelve.

Alfonso Laurencic —fusilado en el Campo de la Bota en julio de 1939— volvió el verano de 2015. No lo buscaba. Navegaba por internet a la caza de un dato sobre Barcelona durante la Guerra Civil cuando topé con un artículo del diario *La Razón*:

¿QUIÉN FUE EL ARQUITECTO DE LAS CHECAS?

Alfonso Laurencic, fusilado tras la Guerra Civil, ideó un auténtico museo de la tortura física.

El 12 de junio de 1939, todas las miradas confluyeron en un hombre alto y corpulento, que vestía abrigo negro y pantalón de dril blanco, e iba calzado con unas sencillas alpargatas. De su rostro sobresalía una descuidada barba rubia y los ojos permanecían ocultos bajo unas gafas oscuras. Caminaba esposado, dando muestras de una pasmosa serenidad. Antes de tomar asiento en el banquillo, saludó al Tribunal con una ligera inclinación de cabeza.

Poco después, comenzó el procedimiento sumarísimo contra Alfonso Laurencic, de 37 años, casado, nacido en Francia, de padres austríacos y por entonces súbdito yugoslavo. Había estado en España con anterioridad a 1923, en Barcelona, trabajando en diversos oficios. En septiembre de 1933 se afilió a la CNT, y en abril de 1936 lo hizo a la UGT. El 7 de febrero de 1939 fue capturado en El Collell por las tropas nacionales, y fue puesto a disposición de un oficial de la Legión Cóndor por haber alegado que poseía la nacionalidad austríaca.

Ahora permanecía sentado en el banquillo, acusado de diseñar y construir dos de las checas más atroces de Barcelona —las de las calles Vallmajor y Zaragoza—, donde cientos de infelices habían sido torturados y asesinados durante la Guerra Civil española. Laurencic era el arquitecto de las checas. Un engendro de hombre; una especie de perverso Frankenstein. Músico de profesión, ideó la instalación del «metrómetro», un aparato de cuerda semejante a un péndulo que emitía un penetrante y continuo tictac para desesperar a los encerrados en las asfixiantes mazmorras.

Entendido en colores y efectos de luz, combinaba figuras de ilusión óptica en las celdas —los llamados «efectos psicotécnicos»— que hundían el ánimo del recluso. Dibujante, diseñó los «armarios», verdaderos ataúdes en los que el preso, por las exiguas dimensiones del habitáculo, se veía obligado a sostenerse sobre las puntas de los pies. Mecánico, hizo que se colocase en un orificio hecho en la pared, visible para el preso y manejable desde el exterior por su guardián, un reloj que marcase las horas como uno normal. Solo que con un truco imperceptible que consistía en acortar el muelle regulador del engranaje para que el reloj adelantara cuatro horas al día.

Espía, se dedicaba a traicionar a la CNT y a la UGT, y en los sucesos de mayo, a las fuerzas gubernamentales y a los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Políglota —hablaba siete idiomas—, consiguió sin problemas el puesto de intérprete en la Consejería de Orden Público de Barcelona. Estafador, distraía fondos de la Administración del Servicio de Investigación Militar (SIM) y facilitaba la salida de España a personas pudientes, cobrándoles antes elevadas sumas de dinero por sus gestiones.

Aventurero internacional, se hizo pasar por oficial del Ejército yugoslavo e ingresó en 1921 en la Legión con la falsa graduación de sargento.

Solo un diablo como él pudo concebir un averno semejante. La checa de la calle de Vallmajor era un auténtico museo de los horrores. En el jardín mismo se hallaba el «patio de los fusilamientos», en cuyo centro los guardias habían abierto una gran fosa para proceder a los simulacros. Colocaban a su víctima al borde del agujero, haciéndola

creer que iba a ser enterrada allí mismo, mientras el pelotón la apuntaba con sus fusiles sin llegar a disparar.

En un extremo del jardín estaba «el pozo». El instrumento ideal para infligir a los presos el tormento del agua. La entrada era muy estrecha y de la parte superior colgaba una polea que servía para hacer descender o subir a la víctima. A veces se suspendía a ésta por los pies, introduciéndola de cabeza y sumergiéndola en el agua durante unos segundos. En otras ocasiones, se la colgaba por los brazos o las axilas, y se la mantenía sumergida durante largo tiempo hasta un nivel de agua próximo a la boca.

Por no hablar de las «mazmorras alucinantes», instaladas en el interior de un pabellón dividido en celdas, donde se aplicaron los métodos denominados «psicotécnicos». Cada celda tenía unos 2,5 metros de fondo por 1,80 de ancho. En su parte derecha había un poyo de cemento que hacía las veces de cama y en la izquierda, un pilar, también de cemento, con una superficie de 40 centímetros y una altura de 90. Cama y pilar tenían una inclinación de unos 20 grados y estaban revestidos de una capa de brea, características que hacían imposible reclinarse e impedían el descanso.

Y esto era solo el aperitivo ideado por un auténtico monstruo...

Laurencic instaló también las «neveras», celdas cuadrangulares y estrechas, revestidas en su interior con cemento poroso. Un depósito de agua situado en la parte superior proporcionaba un líquido que, filtrado a través del techo y las paredes, convertía el habitáculo en un auténtico frigorífico. Los sacrificados permanecían allí durante horas casi a oscuras, dado que junto al techo solo había una minúscula abertura enrejada, a modo de respiradero. La higiene y el régimen alimenticio en Vallmajor eran también una tortura. Las comidas consistían en un cucharón de caldo aguado con unas cuantas judías o garbanzos, un pedazo de pan y un vaso de agua. Eso cada día. Los presos debían permanecer todo su encierro con la misma ropa que llevaban puesta al ingresar. Para hacer sus necesidades eran sacados de la celda tres veces al día. Si alguno se sentía indispuerto, tenía que evacuar en un rincón del propio calabozo.

Lo leí de un tirón con el ánimo encogido. Por más que se tratara de un diario conservador, el relato de su intervención en dos checas de Barcelona no dejaba margen a ninguna duda. Nuestros padres no nos habían contado toda la verdad, por la razón que fuere. Tal vez porque hay realidades muy dolorosas. Sucesos que todos prefieren olvidar. Pero ¿por qué nuestra madre encubrió, hasta el final de sus días y después de muerta, la verdad sobre Meri Laurencic, esposa de Alfonso? Porque es absolutamente imposible que nuestros padres no conocieran en toda su dimensión lo sucedido; quién fue él y qué hizo. Pero también es absolutamente imposible que nos mintieran en lo básico. Eran demasiado estrictos como para soslayar tales antecedentes. Es imposible, por tanto, que confiaran sus hijas a una persona de referencias dudosas e

inadecuadas. Era y es imposible que integraran en la familia a la señora Laurencic sin motivo.

Mis padres, cada cual a su manera —puesto que se casaron después de la guerra—, también vivieron momentos muy duros, y, además, desde bandos contrarios. Mi madre era hija del doctor Corachán, cirujano de gran prestigio, nombrado jefe de cirugía en 1921 en el Hospital de la Santa Cruz. Defensor a ultranza del catalán en la práctica de la Medicina, en 1936 dirigió el primer *Diccionario de Medicina* en catalán, al tiempo que continuaba su labor como cirujano —a lo que nunca renunció—; tampoco cuando, como independiente, fue nombrado consejero de Sanidad y Asistencia Social por Lluís Companys en mayo de 1936, tras las elecciones de aquel último febrero. Con el inicio de la guerra, su presencia en los quirófanos se hizo más necesaria que en la Consejería, a la que atendía como podía y con el ánimo cada vez más alejado del poder establecido. De hecho, prácticamente desde su nombramiento como consejero, la prensa, azuzada por la CNT, lo tachaba de ser un hombre de derechas. Por su ayuda a la burguesía (a la que además pertenecía), así como por su asistencia a todo ser humano fuera del bando que fuera; también por su determinación de mantener a las religiosas en su función de enfermeras por considerarlas —al margen de cualquier credo— las cuidadoras más cualificadas para la práctica de la enfermería. Aunque no menos por ayudar a salir a los religiosos de España.

Ante su propia situación de riesgo, día a día más evidente, primero envió a toda su familia a París. Poco después presentaba su dimisión al presidente Companys. Aquella no era la Cataluña que amaba y a la que llegó a creer que podría contribuir. Pero mantuvo su compromiso como cirujano, de forma que el 21 de agosto de 1936 partió al frente republicano a la cabeza del equipo quirúrgico n.º 1 del Hospital General de Cataluña. No obstante, amenazado por milicianos anarquistas, en octubre dejó Barcelona rumbo a París, donde lo esperaba el resto de la familia. Así empezó un exilio cuyo final, en aquel instante, era sumamente incierto. La clínica que había fundado y sus propiedades fueron requisadas, al tiempo que la Universidad Autónoma de Barcelona lo apartaba de su plaza como docente. Tras unos meses en París, todos marcharon a Venezuela, donde pronto dirigió el Instituto de Cirugía Experimental de Caracas. Ahí supo que su hijo mayor, notable neurocirujano, había muerto en el frente —adonde había acudido para auxiliar a los heridos — ejerciendo funciones de camillero. Revancha de los nacionales por su

ideología afin al bando republicano; bando que rechazó sus servicios por la deserción de su padre. En 1941, a mi abuelo se le permitió regresar a España y le fueron restituidas su casa y la clínica, donde reemprendió su actividad como cirujano. Poco tiempo. Apenas unos meses después, realizando una operación, se contagió con el tifus exantemático que le llevó a la muerte. No llegué a conocerlo, pero no me cabe ni la menor duda de que el talante abierto y la amplia cultura de mi madre, educada en el Colegio Técnico Eulalia —progresista, liberal y mixto—, fueron el gran legado de mi abuelo para nosotros.

Si ese fue el doloroso periplo de mi familia materna, en la paterna las cosas tampoco discurrieron fáciles. Mi padre no solo fue claramente un hombre de derechas, sino que se implicó a fondo en la lucha. En la Legión, como médico militar; pero también como miembro fundador de la Falange y secretario general provincial de Barcelona. En julio de 1936, perseguido a muerte, se escondió en un cuartucho en casa de unos amigos del que no pudo salir en seis meses. En este encierro supo que Roberto, un hermano de dieciséis años, había muerto. La noche antes, en sueños, vio una premonitoria esquela en blanco. La peletería de mi abuelo fue expropiada y él se quedó trabajando como un operario más el tiempo que fue necesario mientras preparaban la huida de todos. Vestido de marinero francés, el 13 de enero de 1937 mi padre embarcaba en un carguero galo. Se había dejado crecer la barba y llevaba sendas latas de gasolina en cada mano al subir a la pasarela franqueada por milicianos. Una vez fuera de las aguas jurisdiccionales españolas, el capitán fue a buscarlo a la bodega. «Tengo una sorpresa para usted», le dijo dando paso a mi abuelo Edmundo. Hacía seis meses que no se veían, seis meses muy difíciles, muy dolorosos. Llenos de emoción, emprendieron viaje a Marsella, y de ahí a París, donde los esperaba mi abuela con sus hijos, Lisette y Alberto. ¿Adiós, España? No. Mis abuelos Frouchtman vivieron en París hasta el final de la contienda. No así mi padre, que pronto regresó al frente de nuevo como médico militar. Acabada la guerra, fue nombrado concejal en el primer consistorio de Barcelona con Miguel Mateu en la alcaldía, más tarde teniente de alcalde... Con tales antecedentes, no podía ignorar la historia de Laurencic hasta el detalle más nimio; es más, el 23 de octubre de 1940, formó parte del grupo de autoridades que acompañaron a Himmler en su visita a Barcelona; y entre los lugares que visitó, estaba la checa de Vallmajor.

Por todo ello, me propuse saber quién fue Alfonso Laurencic —más allá de

lo que contaran libros y artículos—; albergaba la esperanza de que aquella búsqueda también me llevaría a un mejor conocimiento de mi padre, a quien siempre reproché su ideario afín a Franco, así como su decisión de abrazar el catolicismo. Sin entender que los tiempos de guerra pueden ser tiempos de alejamiento de cualquier cosa que hayas sido; tiempos en los que no solo está en juego tu vida, sino la de todo lo que más quieres. Dudo mucho que quien sobreviva a una guerra pueda ser la misma persona que se vio arrojada a ella; no digamos quien marchó al frente.

Aquella tarde aún leí otros textos sobre Laurencic, de igual contenido, si no más inquietante; en algunos detecté contradicciones, sobre todo en los datos biográficos. No parecían importantes; en suma, no cambiaban nada. Y, por más que navegara por distintas páginas, blogs o artículos, solo aparecían «sus checas». Luego llamé a mi hermano, quien, desde la muerte de nuestra madre, recopila documentos, fotos y cartas de nuestros padres y abuelos. No recordaba tener nada sobre la institutriz, ni tampoco ella le importaba demasiado, me replicó. De toda la casa, Manuel era quien menos veía a Meri, incluso cuando la tenía delante. Al llegar del colegio se encerraba en su cuarto, harto del mujerío que conformaba la familia —nuestra madre, sus hermanas, las tres muchachas de servicio, la enfermera de la consulta de nuestro padre, por supuesto Meri, más el personal que venía a hacer trabajos puntuales—, para construirse un mundo aparte, solitario y sensible, que aún hoy me conmueve. Desde fuera escuchaba su guitarra y su voz bien templada. Meri le importaba un pimiento, me vino a decir; pero escuchó lo que le conté sobre Laurencic. Al colgar pensé que, pese a la indiferencia mostrada, mi hermano, ávido lector de historia, no dejaría de buscarlo. Le importara o no, saber quién era Meri también le concernía.

En cuanto a mí, obligada por el manuscrito en el que trabajaba, abandoné la búsqueda. Mejor dicho, la postergué, todavía con el ánimo muy abrumado, profundamente apenada por no haber prestado total atención a lo que sí nos relataron nuestros padres, porque por más que en mi casa hubo secretos, también hubo revelaciones, y esa porción apenas debí de escucharla. Entretenida en mis cosas juveniles y sedienta de vida, medio atendí lo que los hijos solemos llamar las «batallitas» de nuestros progenitores. Cuando los hijos comprendemos que con nuestros padres y abuelos se va la memoria de la familia, es tarde. Se han ido. Ya no pueden contar nada.

Laurencic quedaba así como un misterio de infancia que debía descifrar.

Porque su historia formaba parte de mi historia. Se trataba, por tanto (si ello era posible), de entender quién fue en verdad, sin tener ya a nadie que me lo pudiera contar, ni tampoco guiarme. «Capítulo cerrado», pude haberme dicho. Pero la vida abre y cierra a su manera los capítulos. El destino había hecho que Meri Laurencic viniera a mí veintisiete años más tarde. Y yo acepté el reto.

DETECTIVE EN ACCIÓN

Unos meses después de aquel hallazgo, apenas iniciado el invierno, hice una pausa y fui a pasar unos días a París. Me esperaba Michèle Haim, una de las tres mujeres más importantes de mi vida. Lo más próximo a una madre, y a quien, cada año desde la adolescencia, he visitado con frecuencia; semanas que me han aportado una visión más amplia y profunda de la vida. Y fue ella, asimismo, quien me ayudó infinitas veces a soportar mis errores y sus secuelas. Semanas de aprendizaje y de valiosa convivencia. Esa vez llegué con la historia de Laurencic en la cabeza. Michèle no sabía nada y solo recordaba vagamente a Meri.

—¿Nunca se te ocurrió preguntárselo a tu madre? Antes de que ella muriera ya te dije varias veces que no nos dejarais ir sin preguntar todo aquello que pueda ser importante —me respondió.

Conforme se va haciendo mayor, la propia Michèle se empeña en recordarme que algún día no estará. «Si tienes algo que preguntarme, hazlo a tiempo», suele repetirme. Pero lo cierto es que, salvo alguna anécdota sin importancia sobre mis abuelos o mis padres —ya que la amistad viene de lejos, tanto como la Segunda Guerra Mundial en que la familia Haim huyó de París y mi abuelo los tuteló en Barcelona, donde recalaron hasta poder viajar a Buenos Aires—, jamás se me ocurrió indagar en nada.

—Lo que nunca se me pasó por la cabeza es que el marido de nuestra institutriz pudiera significar algo en mi vida —me justifiqué.

—Todo en nuestra infancia es importante. ¿Cómo es posible que digas algo así? —protestó algo enfadada.

—De acuerdo —admití—, de forma que algunos acontecimientos que en mi infancia me parecieron irrelevantes han adquirido otra dimensión con los años. Y, puesto que mi madre ya no está para preguntárselo, pensé que tú podías saber algo de la historia de este hombre, que, por lo que he leído hasta ahora, es en verdad sorprendente.

Michèle volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento, pero en eso no te puedo ayudar. Salvo que tus abuelos volvieron a vivir en París hasta que terminó la guerra, lo único destacable que sé relacionado con tu familia durante aquellos años es que a un hermano de tu padre lo mataron por pertenecer al bando republicano.

—¿Roberto, republicano? —le respondí perpleja—. Eso no es posible. Era muy joven, un adolescente de familia austrohúngara y judía; no creo que fuera de ningún bando, iba al colegio. Sí, es cierto que murió en el 36, pero porque enfermó.

—¿Estás segura?

Lo estaba. Cuando éramos unos niños, nuestros abuelos paternos nos contaron que el tío Roberto murió a consecuencia de una infección en el estómago; o algo así, nos pareció entender; y ya no preguntamos más. En todo caso, por lo que fuere, esos días en París no solo recorrí sus calles con una intensidad inusitada, sino que fotografié cada rincón de la casa: mi cuarto azul, los enormes castaños que rodean los altos ventanales del salón. Y cada noche, antes de irme a dormir, hasta que me vencía el sueño, me recostaba un buen rato en la cama de Michèle, como hago desde hace mil años. Como si la infancia pudiera volver.

Tan pronto regresé a Barcelona, empecé mis pesquisas. No era el mejor momento, estaba en plena promoción de un libro, muy intensa en todos los medios. Si la entrevista era en televisión, unas magas que se llaman maquilladoras se encargaban de disimular mi mala cara y otros desarreglos fruto del cansancio (y de los años que van pasando). Habían transcurrido varios meses desde mi hallazgo y —como primer paso— busqué nuevamente en internet a Alfonso Laurencic. Pronto se abrieron muchos otros *links*. Leí el primero. Se trataba de una web con el nombre de *Generalísimo Franco*, donde la primera frase sobre Laurencic era «Alfonso Laurencic fue el gran promotor, ideólogo y constructor de las checas del SIM de Vallmajor y Zaragoza en la Ciudad Condal». A partir de ahí, en síntesis, explicaba dónde y

cuándo nació, el nombre de sus padres... Una breve reseña del juicio sumarísimo, declaración de testigos, la sentencia, su último día y momento...

Obviamente lo que me estremeció más, si cabía, fue que de nuevo lo señalaban como uno de los más crueles artífices de una época de terror y represión, ya que los agentes socialistas y estalinistas del SIM —señalaban asimismo— optaron por una represión implacable, y así las checas de Barcelona eran genuinos campos de concentración, en los que la tortura, el hambre y el asesinato estaban a la orden del día. Y acusaban a Laurencic, estalinista al frente del SIM, de haber tomado el control de las mismas en 1937, momento en que empezó lo que se ha denominado el «terror rojo».

Como había donde escoger, opté por leer otro texto de una fuente menos tendenciosa. Se trataba de un artículo de Victoria Combalía en el diario *El País*: «Arte moderno para torturar», en el que la historiadora del arte, además de hacer una breve reseña biográfica de Laurencic —idéntica a la que acababa de leer—, discurría sobre las celdas psicotécnicas que, inspiradas en los más importantes artistas de la Bauhaus, buscaban torturar al preso hasta el desfallecimiento de sus fuerzas y resistencia.

Uno tras otro, fui pasando por artículos y documentos con contenido semejante a lo ya leído. La descripción y datos sobre Alfonso Laurencic siempre eran los mismos: nacido el 2 de julio de 1902 en Enghien-les-Bains, cerca de París. Alto, corpulento, rubio, refinado, cosmopolita, cínico... Hijo de un matrimonio austríaco, Julio y Melitta, alguna fuente señalaba que, antes de la guerra, había estado en Barcelona en 1923; otras, en 1921. Que fue sargento en la Legión Extranjera, y oficial en el Ejército yugoslavo; que había viajado por varias ciudades de Europa, donde ejerció diversos oficios. En el momento de su detención residía en Barcelona, adonde había regresado en 1933, ganándose la vida como director de modestas orquestas de variedades. Y, aunque asimismo era pintor, alardeaba de ser arquitecto; y, en ocasiones, incluso ingeniero. Políglota, pues hablaba siete idiomas correctamente (por lo que se ofreció como intérprete a unos y otros durante la guerra). Casado, sin especificar con quién. En los primeros años de la guerra, se había afiliado al POUM; en 1933, a la CNT, y a la UGT en 1936. Estafador. Espía. Ideólogo y constructor de las celdas de las checas de Vallmajor y Zaragoza de Barcelona...

Todo cuanto leí era igual, o muy parecido, pero las contradicciones de unos y otros me indicaban que algo fallaba. Empezó a ser más interesante cuando di

con algún blog. Aunque uno, en concreto, aumentó mi confusión y desasosiego.

Con el título genérico de *Cuadernos de Memoria Histórica. Selección de documentos de la historia de España y Cataluña*, recoge breves textos sobre la Revolución de Octubre de 1934; la sentencia Companys en 1935, los presidentes de la Generalidad... Alfonso Laurencic aparece en «Checas y ¿Arde Barcelona?». Puesto que, como he dicho, son textos breves, lo recorrí rápido y pronto di con el subtítulo «Personajes del Terror en Barcelona», que contenía una lista con ocho nombres: Erno Gerö, Alfons Laurencic, Eugeni Laurencic, Antonov-Ovseienko, Alexander Orlov, Aurelio Fernández, Manuel Escorza del Val y Maria Lluïsa Preshen, así, mal escrito y mezclando el catalán con el alemán. Pero estuviera como estuviera escrito, en ese elenco estaba Frau Preschern. ¡Dioses! No podía ser. No.

A través del mismo blog me puse en contacto con su autor, Pablo Abiatar, para pedirle una dirección de correo donde consultarle alguna duda. Me contestó unas semanas más tarde, y así pude escribirle el siguiente e-mail:

Hola, Pablo:

De tu blog he leído con mucho interés la parte de las checas. Me extrañó en su momento, y todavía ahora —tras haber leído bastante al respecto—, que uno de los personajes del terror en Barcelona fuera Maria Luisa Preschern... Yo no he encontrado nada sobre ella que la inculpara en estos hechos. Por favor, ¿me puedes proporcionar algún documento o libro donde se la señale como tal?

Saludos cordiales.

Mientras esperaba una respuesta que no llegaba, busqué otras vías menos turbadoras y más fiables. Y, sin ninguna duda, en esta categoría estaba el Museo de Historia de Cataluña situado en el Palau de Mar, donde también tiene su sede el Centro de Historia Contemporánea de Cataluña. Llamé y de inmediato me indicaron que la persona a la que debía dirigirme era Pilar Triadó, bibliotecaria e historiadora del Servicio de Información Selectiva, a quien hice un resumen de lo encontrado: las pequeñas, pero no irrelevantes contradicciones o incongruencias que había detectado; mi intriga sobre la extraña recalada de Laurencic en Barcelona (donde no veía qué se le podía haber perdido); y, sobre todo, de dónde y para qué había llegado.

—Tienes razón —me respondió—. Debe de haber algo que lo justifique, de lo contrario, ¿tenemos que creer que brotó como hacen las setas en otoño? —bromeó.

—Si me atengo a todo lo leído hasta ahora...

—Algo lo hizo venir —concluyó Triadó, tras lo cual me indicó que debía consultar en la Biblioteca de Cataluña importantes libros que me iluminarían, difíciles de encontrar por estar descatalogados. En cuanto a los documentos sobre los presos de la cárcel Modelo, así como los de la cárcel de mujeres de Les Corts, debía buscarlos en el Archivo Nacional de Cataluña. Aunque no era imposible que algunos papeles todavía estuvieran en Salamanca. O en Alicante, me señaló.

Unos días después, volví a hablar con ella sobre aquella página virtual *Generalísimo Franco*, donde había leído una síntesis del juicio contra Laurencic. Le dije que la semana siguiente, ya que iba a Madrid para continuar con la promoción del libro, visitaría la Fundación Nacional Francisco Franco.

—Que te sea leve; ya me contarás.

En la estación de Atocha me esperaba Marieta Aldana, hija de unos íntimos amigos de mis padres. Se habían conocido en la antigua carretera que iba de Madrid a Barcelona. En un tramo cercano a Guadalajara, el coche que iba delante del de mis padres hizo un giro imprevisto y mi madre, al intentar esquivarlo, dio varias vueltas de campana sobre un campo llano. Mi padre se rompió la clavícula; mi madre, embarazada de mi hermana Mita, tuvo que guardar reposo y yo, flacucha y menuda, salí como quien sale de un ti vivo, algo aturdida pero ilesa. El coche del matrimonio Aldana, padres de Marieta, fue el único que presencié aquel accidente y de inmediato nos socorrieron. De ahí nació una amistad eterna, con viajes frecuentes de unos y otros para visitarse, de grandes festejos en una u otra casa y ciudad... En uno de esos, en casa de los Aldana, cantamos mi hermana mayor y yo canciones alemanas a dos voces. Las dos nos preguntamos para qué cantar esas canciones que nadie conocía ni iba a entender. Ahora pienso que éramos muy candidas, ya que el canto era en honor del gran amigo de nuestros anfitriones: Agustín Muñoz Grandes, entonces ministro del Ejército (y antes entusiasta partidario de Hitler). Hubiera sido precioso tener en nuestro repertorio una canción yidis. Todo lo cual no impide que guarde un afectuoso recuerdo del matrimonio, ambos entrañables y generosos como ya indica el primer encuentro.

Marieta Aldana, por tanto, es una amiga histórica, y alguien con quien siempre me he entendido de perlas pese a que más distintas no podemos ser.

Ella es muy conservadora, muy religiosa y modosa, pero la buena educación hace posible cualquier convivencia, y ella es sumamente educada. Además, ninguna de las dos ha intentado llevar a la otra a su prado. Respetamos los respectivos. Hacía mucho que no nos veíamos, y la Navidad anterior le prometí que la próxima vez que fuera a Madrid iría encantada a su casa. Nada más placentero que llegar a un hogar cuando estás lejos del tuyo. Y Marieta es todo hogar. Me esperaban dos días de entrevistas y uno libre. La mañana del libre la reservé para Laurencic. Los dos primeros, de nuevo de entrevista en entrevista, cruzando un Madrid helado, con ese frío seco que tanto acusamos los catalanes de la costa hechos a esa humedad a la que estamos aclimatados y que para los de la meseta resulta molesta.

Entre el frío y los madrugones, pronto se me quedó la cara macilenta, pero las magas madrileñas también sabían de ungüentos y sus milagros. En los trayectos, miraba por las ventanillas del coche el hermoso Madrid de los Austrias, los bellos portales del barrio de Salamanca; y, con envidia, el calendario expositivo del gran triángulo que conforman el Museo del Prado, el Thyssen y el Reina Sofía. Solo compensado con las sabrosas comidas que ofrecen tanto los restaurantes de renombre, como muchos tascorros donde nunca falta el arroz con leche por el que tengo debilidad. Al anochecer, Marieta me esperaba con una taza de caldo que tomábamos junto a una mesa camilla. En ese limbo placentero supe que mi hija Margarita esperaba su primer hijo. Pensé en mi prole; y en Ámbar, hasta entonces mi única nieta; en Antonio Otero, mi marido, en la preciosa convivencia que me ha procurado tras unos años de soltería recalcitrante, y siempre metida en pasiones desatinadas. La llamada me hizo cavilar si no era hora de vivir como vivía Marieta, solo para su familia. Pero pronto rectifiqué ya que, de momento, no sé vivir de otra manera que como lo hago: a cien, queriendo saber lo que aún no sé.

Marieta quiso acompañarme a la fundación del caudillo, ubicada en el número 11 de la avenida Concha Espina, una amplia arteria próxima a la Castellana donde aquella mañana de febrero el viento de la sierra soplaba más fuerte y gélido que nunca. En internet, además de la dirección, aparecía una foto con un edificio de tres pisos, no muy hermoso, más bien austero, apropiado para el fin que suponía. Las dos nos quedamos mirando el inmueble sin ver ningún cartel que acreditara lo que era. De la puerta de entrada, salió una mujer con el carro de la compra, lo que obviamente nos extrañó. Al

pronto, apareció el cartero que paró delante. Me abalancé sobre él para preguntarle por la fundación, a lo que me respondió que no tenía ni idea. Que indagara en el portal contiguo, una gran propiedad con vigilante en la entrada. Y sí, ahí me dijeron que estaba en la segunda planta del edificio que llevaba anotado. En resumen, la fundación no ocupaba todo el bloque, sino solo un discreto piso identificado en el timbre del portero automático por las siglas FFF.

Dos señoritas muy peripuestas me atendieron con amabilidad, pero sorprendidas por el objeto de mi búsqueda. «Aquí todo lo que tenemos es sobre el generalísimo, o sobre temas relacionados con el ejército. No podemos hacer más, trabajamos con pocos medios. Y sin ninguna subvención», añadieron descontentas. Les pregunté entonces por la web, los artículos que había leído, el juicio... «No tenemos ningún documento de ese expediente, ni tampoco hemos publicado nada al respecto», respondieron sorprendidas. Pero, ante mi insistencia, las tres nos pusimos en un ordenador donde rápidamente di con la página *Generalísimo Franco* donde aparecía la historia de Alfonso Laurencic.

—Esta no es nuestra —me aseguraron ambas categóricas—; es de unos periodistas que la han creado. ¿Ves como no pone fundación?

Tan pronto salí, me puse a indagar. Se trataba de una web que se creó en Canarias en 2016 bajo el nombre *La Tribuna de la Historia* y, como subtítulo, «Generalísimo Francisco Franco», de ahí mi confusión. La finalidad de la misma —declaran sus autores— es ayudar a preservar y difundir a todo el mundo y a las futuras generaciones la veracidad de algunos temas sobradamente esclarecidos, aunque olvidados de manera palpable; así como iluminar otras cuestiones que siempre han sido perversamente contadas. Entre los conferenciantes recopilados —señala—, figuran historiadores de la categoría de Luis Suárez, Ricardo de la Cierva, Mario Hernández Sánchez-Barba y también el polémico Pío Moa. Asimismo, Blas Piñar o José Utrera Molina «contribuyen con su testimonio a un mejor conocimiento de la historia de España».

Leído esto, comprendí que cuanto se contara en *La Tribuna de la Historia* —en realidad, todo cuanto leyera, fuera donde fuera— sería preciso analizarlo con lupa.

Para el final de aquella tarde tenía previsto una pausa y darme un garbeo con Marieta, pero tras la visita fallida a la fundación, aún me quedaban unas

horas en las que seguir buscando a Laurencic. Así que, tras separarnos, opté por ir al Archivo Histórico Nacional, donde con mucha ayuda busqué por todos los caminos posibles, incluidas las fichas policiales, pero no había nada. Dos horas más sin encontrar algo útil. Me volví a preguntar si sería en Salamanca donde habría más documentos, o en Alicante, como también me indicó Pilar Triadó. Hasta que decidí darme un respiro, no pensar y reunirme con Marieta en el Prado para ver la exposición *Ingres*. Pero antes tenía que ver a alguien.

Había quedado con el abogado Jorge Trías Sagnier, que estaba ultimando su regreso a Barcelona. Jorge llegó a obtener en Madrid una magnífica posición, así como importantes representados, pero tras su acusación de que toda la cúpula del PP estaba corrupta, sus mejores clientes fueron desapareciendo hasta que él también tuvo que hacer desaparecer su propio despacho porque, según me contó, ya no se sostenía.

—¿No viste venir que eso podía pasar? —le pregunté sorprendida.

Me gustó que, en lugar de enrollarse con una respuesta más lucida, me contestara llana y sinceramente que no. Que todo le iba tan bien, que pasaba por un momento profesional tan bueno que llegó a creerse intocable. Pensé que mi madre, quien sentía una especial debilidad por Jorge y acostumbraban a mantener largas conversaciones antes de que él se instalara en Madrid, le hubiera advertido a tiempo contra la fatuidad. Porque de esa arrogancia ilusa, la historia ha escrito mil veces; y Kipling hasta le dedicó un poema. Por ello mi madre no se cansaba de advertirnos sobre el peligro de caer en ella.

Cuando ya nos despedíamos, Jorge me comentó, como sin importancia y riendo, la singularidad de un exnovio mío al que conoció bien. «¡Qué tipo! Con esa sexualidad tan potente y confusa en la que le iban tanto las mujeres como los hombres...».

¡Vaya!, conocía varias peculiaridades muy alucinantes de aquella antigua pareja, pero no esa, pensé mientras hacía recuento de aquella relación en la que por poco no pierdo el «sentío» para siempre.

—¿Y cómo lo sabes? —le inquirí aún pasmada.

—Mujer, durante su etapa política viajé mucho con él. Y no lo disimulaba. Más bien al contrario.

Ya en el taxi, como un *flash*, me vino a la memoria una mañana de playa durante un viaje a Croacia. Tras darnos un chapuzón, nos fuimos a comer un pescado riquísimo en un chiringuito sencillo y lleno de encanto. Entró una

pareja con sus hijos, adolescentes muy guapos, chico y chica. Comenté la belleza que prometía la joven; mi novio, la de su hermano. «No sé, ¡es tan niño!», repliqué sin darle importancia. A lo que mi exnovio respondió que había «Tadzios» tan irresistibles que no pocas veces se sentía Aschenbach. Un comentario que, en aquel momento, años después, adquiriría toda su dimensión. Recordé una vez más aquello de las pasiones desatinadas, y deseé más que nunca estar con Antonio. Deseo propicio, ya que era hora de regresar de nuevo a Figueras, capital del Alto Ampurdán, donde ahora vivo, y empezar a zampar libros.

En unos días leí de un tirón *Checas de Barcelona. El terror y la represión estalinista en Cataluña durante la Guerra Civil al descubierto*, del historiador César Alcalá. Libro imprescindible para todo el que desee conocer una verdad de la que se habla poco. Un excelente y también espeluznante relato sobre «las otras víctimas» de la Guerra Civil española; más de 8.000 solo en Cataluña, por no detallar las de toda España: 20.000 en Castilla-La Mancha; 6.351 en la Comunidad Valenciana; 2.916 en Andalucía... (Sin contar la parte no documentada de los 114.000 desaparecidos que produjo la guerra, convirtiéndose en el segundo país del mundo —solo detrás de la Camboya de los jemeres rojos— con el mayor número de víctimas de desapariciones forzadas cuyos restos no han sido recuperados o identificados, según la asociación Jueces para la Democracia.) Y son solo cifras aproximadas, porque los capítostes de las checas no llevaron ningún tipo de registro. Encarcelaban y asesinaban a bulto a todo sospechoso de pertenecer al bando nacional sublevado, a miembros de la Iglesia, así como a los socialistas que no se integraban en los axiomas de la nueva izquierda. Víctimas encarceladas, torturadas, asesinadas de la forma más brutal posible a imagen y semejanza de los métodos represivos de la Unión Soviética que se instauraron y multiplicaron no solo en Cataluña, sino, a partir de 1937, en todo el territorio español tutelados por el régimen de Stalin a través del Servicio de Información Militar (SIM).

Sin embargo, respecto a Alfonso Laurencic, salvo que tenía un hermano, Eugenio (¿tendría más?), no encontré nada nuevo; nada, sobre todo, que me explicara con una base documentada por qué aterrizó en una Barcelona tan convulsa e inestable como empezaba a ser la ciudad en 1933. También Alcalá

repetía que Laurencic había estado antes, en 1923. No me parecía razón suficiente. En el 33 Europa no pasaba por un momento óptimo; Alemania arrastraba los efectos de la Gran Depresión, pero preparaba las Olimpiadas de 1936 —acontecimiento idóneo para que el polifacético Laurencic se lucrara de un oficio u otro de esos que, según la circunstancia, se sacaba de la manga—. Y todavía no había estallado la guerra, ni tampoco era judío. ¿Por qué este aventurero sin escrúpulos, como tantos lo han definido, se metió en el avispero de Barcelona? ¿Acaso llegó ya como espía de Stalin? Cabía preguntarse eso.

En otro libro, *La Model de Barcelona. Històries de la presó*, de la periodista Rosario Fontova, especializada en comunicación cultural y en investigación histórica, en la página 122 encontré un extenso documento sobre Laurencic bajo el subtítulo «Las prisiones clandestinas se especializaban; Laurencic, diseñador de checas». Un texto que empieza así:

Uno de los procesos que despertaron más expectación en la inmediata posguerra fue el que se siguió contra un novelesco personaje, Alfonso Laurencic, músico, pintor y antiguo legionario, falso arquitecto (se había declarado graduado por una supuesta Escuela Técnica de Construcciones), de nacionalidad yugoslava, pero establecido en Enghiens-sur-mer [sic] (Francia). Su expediente en la Modelo, donde su nombre está escrito como Laurencie, registra el ingreso el 18 de febrero de 1939 en situación de «rigurosamente incomunicado», según una nota del comandante jefe de la segunda sección del SIPM (Servicio de Información y Policía Militar) el *III Año Triunfal*. Tras un consejo de guerra muy concurrido, celebrado el 12 de junio de 1939 [...] Laurencic salió de la Modelo el 9 de julio para ser fusilado en la playa del Campo de la Bota junto con nueve prisioneros más de la cuarta galería y seis de la sexta.

Tras esta introducción, Fontova hacía una breve síntesis extraída del libro *Por qué hice las chekas de Barcelona: Laurencic ante el consejo de guerra*, de Rafael López Chacón, más una referencia al libro autobiográfico del intelectual de ideología falangista Félix Ros sobre la checa de Vallmajor, donde el autor estuvo preso ocho meses. Nada nuevo, nada que enfocara otra área de búsqueda. Realmente existió la Escuela Técnica Superior de Viena, donde entre otros alumnos ilustres está el prestigioso arquitecto austriaco Clemens Holzmeister. En suma, la escuela y la época no eran supuestas. Otra cuestión era que, en teoría, Laurencic estudiase arquitectura, como en efecto dijo en el juicio de forma evasiva. Otro dato discordante era su nacionalidad yugoslava, «pero establecido en Francia». ¿Establecido? Unas líneas más

adelante Fontova señala que Laurencic vivía en la calle Roger de Flor de Barcelona.

Para más confusión, en el libro *Checas de Madrid y Barcelona*, su autor, Alberto Flaquer, relata que Laurencic era de origen francés aunque se había nacionalizado polaco. «¿Polaco?», exclamé aún más desconcertada. Asimismo, se le define como un músico de *varietés* que «actuaba en una orquesta de ínfimo orden, en lugares que estaban en consonancia con la calidad de dicha orquesta». El resto de la descripción de Laurencic, así como su papel en las checas, era prácticamente igual a lo que ya había leído.

Había transcurrido un mes desde que escribí a Pablo Abiatar, autor del blog *Cuadernos de Memoria Histórica* que tanto me había conmovido al encontrar a Meri en su lista de personajes del terror. De hecho, ya ni esperaba una respuesta cuando esta llegó:

Señora:

Disculpe la tardanza. La fuente, que recuerde, procede del siguiente libro:

César Alcalá: *Les presons de la República. Les txeques a Catalunya*, Editorial Base, 2009.

Pero me parece que solo hace una simple mención. Para obtener más pruebas, quizás sería conveniente contactar con el propio autor, César Alcalá.

Atentamente.

La dirección de correo era la misma a la que yo había escrito, pero el autor del blog no se llamaba Pablo, sino Manel, Manel Carbó, a quien brevemente saludé como respuesta. Para entonces —y para un buen conocimiento sobre las checas—, ya había leído el libro que me indicaba. Y en ningún momento Alcalá cuenta que la esposa de Laurencic fuera un «personaje del terror». Nadie debería escribir nada, absolutamente nada, sin estar totalmente seguro. Sin verificarlo mil veces. ¡Es tan frecuente ver errores repetidos porque han sido sacados de una fuente desacertada y que de tanto repetirse acaban dándose por buenos!

Meri únicamente aparece en el capítulo «Personajes para una represión» como testigo en el juicio de su marido, y poco más. Allí, y tomando también como referencia el libro de López Chacón, el autor cuenta que el tribunal pronto desistió de seguir interrogándola ya que Meri no solo se expresaba en un español deficiente sino que declaró no saber nada sobre las actividades de

las que era acusado Alfonso. Solo manifestó que su marido fue detenido por los rojos por haber trabajado como espía para los nacionales.

Aun así me pareció una excelente idea contactar con César Alcalá, historiador y autor de numerosos libros sobre la Guerra Civil. Pronto di con él e inmediatamente me contestó. Cuanto sabía de Meri lo escribió en el capítulo antes mencionado: su domicilio en el paseo San Juan, donde vivió desde 1939 hasta su muerte en 1989 (sic), que sus vecinos la encontraban encantadora, que hablaba perfectamente el catalán (lo que sin duda me sorprendió) y que el consulado austríaco se hizo cargo de ella, proporcionándole dinero, ropa y paquetes de comida. Pero ni rastro de su trabajo en nuestra casa ni de ningún miembro de mi familia. Sí, también en el relato de Alcalá había errores, cuando menos y en concreto, respecto a Meri, pero desde entonces César se ha convertido en un interlocutor valioso y encantador.

Un día de navegación me topé con un blog que me pareció interesante: *La Biblioteca Fantasma*. En medio de la singladura fui a dar con una página que empezaba hablando sobre el libro *La revolución española vista por una republicana*, de Clara Campoamor. Colectivo Koschke, autor del blog, primero disertaba sobre Campoamor, luego discurría brevemente sobre otro libro cuya coautora también es Campoamor, discurso que terminaba con un debate con otros lectores sobre distintos aspectos, sucesos y personajes de la Guerra Civil española. Una conversación de personas que han leído e investigado mucho sobre esa contienda y su tiempo. Interesada, lo fui siguiendo, cuando me encontré con una conversación sobre Alfonso Laurencic en la que unos y otros aportaban algunos datos que desconocía. Asimismo, uno de los contertulios del blog, bajo el pseudónimo de Astrónomo, añadía otros antecedentes (en apariencia insignificantes) sobre aquel; tales como en el punto 4: «Breves referencias de prensa que dan fe de la presencia de los Laurencic en Barcelona». Entre estas destaco:

—Laurencic, protagonista de una «velada pugilística»: *La Vanguardia*, 19-8-1920.

—E. Laurencic como director de un cursillo de alta montaña: *La Vanguardia*, 20-3-1934.

—«Se ruega la devolución en la Comisaría de Orden Público, de los siguientes coches: [...] y Fiat 'Balilla', núm. 63-784 B, que pertenece a la súbdita yugoeslava, señora M. L. Laurencic-Kohn», *La Vanguardia*, 8-9-1936.

Sobre este último punto, más adelante, Colectivo Koschke comenta: «Sobre la señorita M. L. Laurencic-Kohn no sé quién puede ser, quizás una hermana o la madre, la madre de Alfonso Laurencic se llamaba Melitta y su apellido de soltera era Jahn».

Puesto que no buscaba hacer un nuevo relato sobre la implicación de Laurencic en las checas, sino averiguar de dónde llegó, por qué lo hizo y sobre todo quién era, estos tres puntos —observados con detenimiento— me proporcionaban referencias que iban más allá de obvias al respecto de las veladas pugilísticas de Laurencic, el curso de esquí impartido por su hermano Eugenio o el Fiat que M. L. Laurencic pudiera tener. Para empezar, el primer punto ya me indicaba algo: Alfonso Laurencic no pisó por primera vez Barcelona en 1923, sino —aunque fuera una simple visita, lo comprobaría— el 19 de agosto de 1920, fecha de una velada pugilística en la ciudad. Y aunque en la reseña que apareció en varios diarios solo dice «Laurencic», este únicamente podía ser Alfonso, ya que su hermano Eugenio, en 1920, apenas tenía trece años. En cuanto al último punto, aquel que señala que M. L. Laurencic-Kohn debe devolver un coche, me indicaba que la señora Laurencic-Kohn no era otra que Meri Laurencic. ¿Acaso la mujer europea —salvo la española y portuguesa— no pierde su apellido de soltera al contraer matrimonio? Esta certeza también me la proporcionaban las iniciales: M. L. no podía corresponder a nadie más que a Maria Luisa Preschern, de casada Laurencic. En cuanto al Kohn... Lo estudiaría, ya que nunca supe cuál era su segundo apellido. Sin olvidar que los nombres y apellidos extranjeros, y lo sé por propia experiencia, a menudo no se transcriben correctamente (en este caso, Kohn en lugar de Jahn).

Acabé la jornada buscando al autor del blog en el que participaban varios contertulios. Todos sin excepción utilizaban pseudónimos: Bremaneur, que parecía llevar la voz cantante; pero también el no menos activo y prolijo Rufián Melancólico; así como Sexto Empírico. Busqué entonces el origen de *La Biblioteca Fantasma* y creí entender que el autor del blog era el periodista Arcadi Espada, quien rápido, expeditivo y también algo atónito, por no decir molesto, en cuanto me puse en contacto con él me contestó que no sabía de qué le hablaba. Vuelta a navegar por el blog hasta que di con Sergio Campos Cacho, esta vez, sin duda, el autor. Pero no había una dirección de correo electrónico, sino un *link* que me llevaba a la web de *Revista de Libros*, donde, rápido, di con Campos: bibliotecario, coautor de *Aly Herscovitz*, así como

colaborador del libro *En nombre de Franco: los héroes de la embajada de España en el Budapest nazi*, de Arcadi Espada. Pero cualquiera le volvía a preguntar nada, pensé.

Opté por san Google, que me ofreció cinco «Sergios» Campos, entre los que solo uno era bibliotecario. Lo podía localizar en Facebook (gracias, Zuckerberg). Como imagen de perfil, Sergio tiene un felino amenazador, en negro y rojo; vive en Berlín y es ayudante de biblioteca en el Instituto Cervantes. En mensaje privado, le expliqué en síntesis qué buscaba. Pronto me contestó y, tras una breve conversación virtual, me mandó la Causa General de Alfonso Laurencic, proporcionándome asimismo alguna pista extra. La leí muy rápido; luego, la devoré paladeándola. Volví al principio, a la primera página, ahí donde da cuenta de datos muy básicos (pero no irrelevantes): dónde nació, cómo se llamaban sus padres, cuándo y por qué llegaron a Barcelona, dónde vivían, dónde había estudiado, en qué año había fallecido su padre... Sí, coincidían el lugar y fecha de nacimiento; el nombre de los padres y su ocupación como director de orquestas con todo lo leído hasta ese momento. Pero algunos datos no encajaban con la historia oficial ya contada, por lo que creí imprescindible analizar cada antecedente.

Era hora de ir a Barcelona y leer cuanto pudiera en la Biblioteca de Cataluña, el Archivo Nacional de Cataluña, el Histórico... Rastrear la ciudad entera hasta verificar dato por dato sus orígenes. Hasta saber quién diablos fue Alfonso Laurencic.

3

LAS ENTRAÑAS DE LAS CHECAS

Al entrar en el recinto de la Biblioteca Nacional de Cataluña, ubicada en la calle Hospital (porque ahí estuvo el Hospital de la Santa Cruz, en pleno barrio del Raval), me abrumó una inesperada zozobra. Recordé un óleo que mi madre siempre conservó, llevándolo de un lado a otro, de una casa a otra. En él se veía a mi abuelo bajo una gran arcada en el patio del antiguo hospital, lugar que distinguí sin dificultad. Esa punzada fue distinta de la sensación que me había abrumado viendo *Avalon*, ya que al abuelo Corachán no lo llegué a conocer. La congoja era por mi madre. Esa hermosa mujer que, desde una foto, ahora siempre me observa sin vida; y a la que nunca pedí que me contara su historia.

La biblioteca —ubicada en un edificio gótico del siglo XV a la que se accede atravesando un amplio patio central— es de una belleza tan austera como impresionante. Para llegar a la sala de lecturas es preciso subir una escalera monumental, estética y físicamente, que siempre me hace dudar un instante: ¿con qué pie la abordo primero?, me planteo mientras calculo a ojo el número de escalones. Y es que tengo la manía de acabar toda escalera con el pie izquierdo, ya que temo que, de no hacerlo, caiga sobre mí un rayo, o una maldición. En suma —no lo ignoro—, una chaladura que, al parecer, viene de familia ya que, no hace mucho, supe que una tía materna siempre, siempre contaba los escalones.

Dos espacios inmensos en forma de L, de gigantesco y monacal techo abovedado, componen la sala de lectura. En medio, un habitáculo para las bibliotecarias a quienes había reservado *Por qué hice las chekas de Barcelona: Laurencic ante el consejo de guerra*, de Rafael López Chacón,

ese que mencionaba Fontova en *La Model de Barcelona*, y Alcalá en varios libros. Apenas había lectores, aun así escogí la mesa más apartada. Siempre lo hago. Aunque el libro de Chacón apenas tiene poco más de cien páginas, es un libro de referencia para todos cuantos han escrito sobre las checas, y cuyas aseveraciones —por lo mismo— se van repitiendo una y otra vez, sea en libros o artículos. No por ello deja de ser de imprescindible lectura, ya que el autor explica con minucioso detalle el juicio sumarísimo celebrado el 12 de junio de 1939 en el Palacio de Justicia de Barcelona, ante un numeroso público, así como prensa nacional y extranjera. Todo se va desgranando: los antecedentes del acusado, su afiliación a los dos sindicatos, su implicación en los delitos por los que era juzgado, su participación en las actividades del SIM, el interrogatorio, los testigos. Testimonios estremecedores que se extendían a otras checas, como la de Muntaner, La Tamarita, la de San Elías, el barco *Villa de Madrid...* (pese a que, Vallmajor y Zaragoza aparte, Laurencic nada tuvo que ver con el resto de las más de cuarenta checas de Barcelona). No por ello deja de ser imprescindible conocerlos.

Según se lee en esas páginas, el primero en declarar fue Manuel Godoy Prats, que fue secretario del Colegio de Abogados de Barcelona. Perseguido hasta su detención, lo llevaron a las checas (no especifica cuál) y nada más llegar le propinaron una terrible paliza, según sus propias palabras. De hecho, la primera parte de su declaración creo necesario transcribirla:

Fui introducido en una habitación, y, sin mediar palabra, me golpearon con porras. Cuando estaba ya casi sin sentido, me apoyaron contra la pared, y, con unas grandes tijeras de oficina, me clavaron en la nuca y me rociaron el pecho con gasolina. Después me arrancaron la corbata, y me prendieron fuego. Las quemaduras fueron apagándose por sí mismas. Fui otra vez apaleado, y extendido en un sofá. Entonces me resistí brutalmente porque querían hacerme una prueba más horrible que las anteriores. Me dejaron. [...] Al ver que no hablaba fui introducido en una especie de gruta que hay en el jardín. En esta gruta hay tres armarios de portland, muy bajos de techo, y, como la pared está inclinada, en forma de ángulo, no puedo uno ni tumbarse ni estar sentado. Al cerrarse la puerta, un palo que sale de ella se mete entre las piernas, y muy cerca de la nariz queda un potente foco, y suena constantemente un timbre atroz. La sensación de asfixia es horrible [...]

La crueldad de los chequistas, en este caso, se debió a que deseaban obtener noticias de la quinta columna y, en especial, del abogado y militar Antonio Aymat, comandante de Estado Mayor, así como del quintacolumnista José

Gallard. Asimismo, creo interesante destacar de la declaración de este testigo que, ante la evidencia de que varios abogados habían desaparecido en las checas, él y el decano del Colegio de Abogados visitaron al entonces ministro de Justicia, Manuel Irujo. Irujo, que intentaba erradicar la represión que se ejercía contra los miembros del POUM, prometió aniquilar las checas. Al final, impotente, presentó su dimisión al presidente Negrín, si bien permaneció en el cargo como ministro sin cartera. Godoy Prats presentó entonces una denuncia al Tribunal Supremo. Tres meses más tarde recibió la copia de la respuesta: había quedado demostrado que las checas no existían y todos los detenidos estaban en régimen normal de cárcel. Es decir, para el Gobierno republicano jamás hubo nada parecido. Se entiende así, más que nunca, la expectación que causó el juicio a Laurencic.

Tras la declaración de Godoy Prats, leí la del doctor Juan Juncosa Orga, jefe de sección del Sanatorio Psiquiátrico de San Baudilio, detenido desde el 31 de mayo de 1938 hasta la liberación de Barcelona. Entre las torturas que padeció, cuenta que la más frecuente era ser zurrados con unas porras de alambre revestidas de goma. Pero había más: aplicaban hierros candentes en las partes más sensibles del cuerpo, les daban duchas de agua muy fría seguidas de corrientes de aire frío producidas por un ventilador, o los colgaban boca abajo, sujetos por una argolla, teniéndolos así hasta que conseguían arrancar al desdichado la información que querían.

El fiscal le preguntó por las consecuencias de estas torturas.

FISCAL: Usted, como médico, ¿pudo observar los efectos de esos suplicios?

TESTIGO: Sí; pude observar lo ocurrido con un individuo, que se quedó en estado comatoso. Al día siguiente se suicidó en uno de los lavabos. Cortó la correa del cinturón, y se ahorcó en uno de los grifos, que están muy bajos; llegaba perfectamente al suelo, pero no se apoyó con las manos, y se dejó caer de golpe para ahorcarse.

FISCAL: ¿Torturaban también a las mujeres en esas celdas?

TESTIGO: No lo sé, porque eran celdas como cajones, y estaban incomunicadas unas de otras. Por noticias sé que, por lo menos, a las mujeres les pegaban.

Otro testigo, Julio Degollada Castanys, señala directamente a Laurencic en respuesta a las siguientes preguntas del fiscal:

FISCAL: ¿Estuvo usted detenido en la checa de Vallmajor?

TESTIGO: Sí, señor.

FISCAL: ¿Recuerda haber visto al procesado?

TESTIGO: Sí, señor.

FISCAL: ¿Dirigió la construcción de las checas?

TESTIGO: Así parece.

FISCAL: ¿Iba perfectamente trajeado?

TESTIGO: Sí, señor.

FISCAL: ¿Usted recuerda si los dirigentes del SIM le saludaban cortésmente?

TESTIGO: Sí, señor; le tendían la mano y le acompañaban.

FISCAL: ¿Le daba a usted la sensación de que estaba como detenido?

TESTIGO: En mi primera detención, sí: él era un detenido como nosotros; pero después me daba la sensación de que estaba libre.

DEFENSOR: ¿Usted sabe si ese concepto de libertad se extendía también a la calle?

TESTIGO: Únicamente puedo afirmar que él entraba y salía, y dirigía las obras.

Etcétera.

Guillermo Bosque Lapena, que estuvo detenido en las checas de La Tamarita y Vallmajor —en esta última desde mayo hasta enero de aquel año (1939)— también da cuenta de las duchas de agua fría —hasta tres y cuatro veces al día— para después ser lanzados los presos desnudos a una carbonera. Una vez lo tuvieron cinco días sin comer nada. Respecto a las palizas, relata que solían empezar a las nueve de la noche —que era cuando sus cancerberos estaban más alegres— y duraban hasta las cinco de la mañana, siendo requeridos a declarar cada dos horas. Bosque Lapena resistió quince días así, luego lo llevaron al barco-prisión *Villa de Madrid* y de ahí a Vallmajor, donde lo sentaron en la silla eléctrica una docena de veces; también allí lo pusieron a «escribir a máquina» —según la jerga de los chequistas—, una tortura habitual que consistía en descoyuntar los dedos cuyas secuelas aún eran visibles.

Respecto a Laurencic, el testigo contó que un tal capitán Alegría un día le dijo: «“Este señor [Laurencic] os está haciendo cosas muy bonitas”. Yo le he visto allí varias veces». Tras lo que el fiscal le preguntó si creía que Laurencic gozaba allí de libertad, a lo que Bosque Lapena respondió: «Gozaba de libertad absoluta, porque allí no se podía hablar con nadie, y a él le saludaban los dirigentes del SIM, y le guardaban toda clase de consideraciones». El fiscal le preguntó también si recordaba que la esposa de Laurencic fuera a ver a su marido, así como, sobre todo, si iba a ver sufrir a los detenidos, a lo que el testigo replicó que esto lo ignoraba. Tampoco lo señaló como un integrante del equipo de torturadores.

FISCAL: ¿Quiénes formaban el grupo de torturadores?

TESTIGO: El que más se distinguía era el capitán Alegría y un sujeto que se llamaba López. Sin embargo, debo advertir que no podía uno fiarse, porque un día un agente llamó a López, y este le contestó que él no se llamaba así; que él era Alberos. Al capitán Alegría lo vi de uniforme de teniente de Artillería.

FISCAL: ¿Y un tal Meana?

TESTIGO: Criminal, a más no poder.

FISCAL: ¿Y un tal Astorga?

TESTIGO: Era jefe de Campo.

Bosque Lapena declaró asimismo que, al preguntarle al jefe de Campo, un tal Coloma, por qué estaba detenido el procesado (Laurencic), aquel le contestó que por haber cometido una estafa al SIM. De este testimonio, lo último destacable es que parece que Laurencic se quejó del trato recibido «después de los servicios que él había prestado al SIM, pues gracias a sus procedimientos se había descubierto a la quinta columna en Barcelona».

Jaime Escoda Llavería, miembro de la quinta columna, fue detenido con su mujer e hijos, así como otros familiares que no se especifica. En el primer interrogatorio que se le hizo a Escoda, al negar este que supiera dónde se escondían un canónigo y un sacerdote, le dieron tal garrotazo en la cara que le saltaron todos los dientes. Escoda resistió y además les espetó que, aunque lo supiera, no le arrancarían ninguna información. Le colocaron entonces una argolla en el cuello y, cerca de los ojos, una bombilla enorme al tiempo que le golpeaban la cabeza. Sobrevivió, pero su mujer, que estaba enferma, fue llevada primero a un sótano muy húmedo, de ahí a un cuarto donde una campana sonaba estruendosamente y luego fue conducida a la «nevera». También sobrevivió, aunque había perdido la cordura y en el momento del juicio, tres meses más tarde, no la había recuperado. El hermano de Escoda Llavería fue asesinado en Tarragona. En este caso, puedo añadir que fue despeñado desde un mirador de sesenta metros.

Rita Bermejo Bermejo, detenida en las checas por fascista, relató que a las dos de la madrugada, primero la llevaron a la calle Muntaner 388, y de allí a Muntaner 321, y dos días más tarde a la calle Zaragoza, donde estuvo cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales salió para La Tamarita. Allí la encerraron en una especie de cuarto de baño, donde le arrojaron cubos de agua, para acto seguido tirarla a una carbonera que tenía dos ventanucos: uno que daba al jardín, y otro por donde echaban el carbón. Después la llevaron a la checa de

Vallmajor. «Allí fue donde me pegaron, y me levantaron la uña del dedo medio, por dos veces. Me quisieron sentar en una silla eléctrica, pero hubo un bombardeo y no pudieron. Un tal Gironella me propinó una paliza tremenda; estuve quince días sin poder moverme».

Mientras me escaneaban algunas páginas del libro de Chacón, pensé en aquellos testimonios. No todos mencionaban a Laurencic, ni siquiera parecían conocerlo. Y, sin embargo, ¿acaso no era un juicio contra él? ¿O fue un juicio contra las checas y Laurencic se había convertido en el perfecto chivo expiatorio?

Porque a estos testimonios añadiré el que, sobre la checa de San Elías, relata César Alcalá en su libro *Checas de Barcelona*. Si bien ya lo glosa antes, dedica un capítulo en el que, bajo el título «La checa donde se dio de comer a los cerdos», explica con minucioso detalle la práctica de descuartizar a presos que servían como alimento de una piara de cerdos, así como el nombre de alguna de las víctimas. La checa de San Elías, emplazada en el antiguo convento de las religiosas clarisas, tenía la horrible reputación añadida —no porque las otras fueran mejores— de que de ahí nadie salía vivo. Para algo también habilitaron allí un horno para quemar cadáveres.

Necesitaba tomar el aire, respirar e incluso frivolar. Caminé hasta La Rambla, y la crucé para alcanzar una calle vecina donde en una panadería venden unas ensaimadas mortales. No creo que a mi exquisita madre le gustara nada verme comer por la calle, y menos aún con churretones de azúcar glas resbalando desde las comisuras de los labios, pero lo hago desde niña, y lo pienso seguir haciendo. De nuevo en la calle Hospital, de regreso a la biblioteca, me prendé de unos pendientes de pacotilla. Como en mi tiempo libre me suelen secuestrar las musarañas, ya me han robado alguna que otra vez el billetero, así que apenas suelo llevar dinero ni tarjetas. Conté mentalmente si mis escasos euros daban para comprarlos y sí. La felicidad también son momentos así. Algo posible en tiempos de paz; en tiempos de guerra, la felicidad debe de ser poder comprar pan.

De nuevo en la sala de lectura, leí las últimas páginas del libro de Chacón. En el penúltimo capítulo, titulado «Un escrito cínico», el autor hace un resumen de las 217 cuartillas manuscritas por el propio Laurencic en las que explica los pormenores de cómo participó en la construcción de las checas. Un documento que figura en el folio 38 del sumario con el título de «Preventorio Vallmajor».

Escrito en los meses que estuvo preso en la cárcel Modelo, mientras esperaba el juicio, a la vista de los argumentos que esgrimió en su defensa, la minuciosa descripción que proporcionó al jurado (al que así aportó una prueba valiosísima en su contra), una se pregunta: ¿lo hizo con ánimo de presentarse como una víctima que solo colaboró para salvar su vida? ¿Fue el acto de un incauto? ¿O fue una argucia a todas luces destinada al fracaso? Dado que no es posible adjuntar todas las cuartillas manuscritas, destaco los párrafos así como los detalles más significativos del documento registrado.

Laurencic intentó explicar —justificar— su actuación por haber sido, según él, su condición la de un preso más de las checas, y sometido, por tanto, a las órdenes de los jefes del SIM. Tras dar cuenta de la ubicación exacta de la checa de Vallmajor, así como la distribución de la misma, compuesta por dos edificios uno frente a otro, Laurencic explicó que, a requerimiento de Cobos, jefe de los interrogatorios, se valoró la posibilidad de hacer un pasaje subterráneo que uniera ambos, a fin de que nadie viera a los detenidos cuando cruzaban la calle; solo las numerosas filtraciones de agua impidieron que lo llevaran a cabo.

En fecha aproximada de 28 a 29 de mayo fui encargado por el señor Urdueña y con carácter de trabajo urgente de la construcción de tres celdas armario, instrumento de tortura, las cuales, colocadas en un pequeño reducto del chalet, debían de servir para «trabajar» los detenidos que se hubiesen mostrado recalcitrantes durante el interrogatorio. A petición mía, para que me explicase detalladamente de qué construcción se trataba, Urdueña me hizo acompañarle a su despacho, y allí, con papel y lápiz, diseñó un armario, con formas y medidas que me daba con aproximación: ancho, de hombro a hombro; más bien bajo y con un trecho movible que obligue al paciente a agacharse, etc., diseñándome con una forma humana la posición que el paciente debía de ocupar en este armario. Yo mismo, que en 1937 había abierto un informe contra el empleo de esta clase de instrumentos de tortura por parte de la checa del convento de Santa Úrsula de Valencia, y cuyos datos auténticos me fueron facilitados por el argentino Lipschutz, miembro de la Liga de los Derechos del Hombre, que padeció tormento en uno de estos armarios, hablando con conocimiento de causa, preguntele a Urdueña el motivo «por qué se tenía que inclinar el piso-suelo bajo los pies», a lo que Urdueña me contestó que habiendo él pasado también por uno de estos armarios durante su persecución en Bélgica, él quería, no solamente copiarlos, sino mejorarlos, mejor dicho, aumentar los efectos, por lo que me indicó que debía dejar una abertura en la puerta para poder colocar una potente lámpara. Asimismo, que se colocase una toma de corriente para conectar un bordón, consistente en la «aparatura» completa de una campanilla eléctrica «sin» la campana.

Según asegura Laurencic en su texto de alegación, acatando los detalles que le dio Urdueña, dibujó celdas de 50 centímetros de ancho por 40 de profundidad, de altura graduable de 1,40 a 1,60; asimismo en su respaldo había un saliente de unos 13 centímetros de largo, colocado a 63 centímetros del suelo, que debía servir «como de asiento» al detenido.

La altura de este asiento obligaba al paciente a sostenerse sobre las puntas de los pies; la estrechez, o mejor, la poca profundidad hacía que tocara la puerta con sus rodillas, reposando en estas todo el peso del cuerpo, que resbalaba continuamente del asiento. El techo graduable, rebajado a medida, impedía al paciente enderezar el cuerpo. Sendas tablas, colocadas entre las piernas y delante del pecho, debían impedir cualquier movimiento de las extremidades —cruzar las piernas, cambiar de posición, apoyar la cabeza sobre los brazos, taparse la cara o la vista de la luz encendida—. Urdueña opinaba que una permanencia de cinco a diez minutos en los mismos sabría ablandar al más recalcitrante.

A este tipo de mazmorra-armario, por denominarlas de alguna manera, los propios presos le dieron el nombre de «La verbena». Asimismo, Laurencic explica que en las celdas —de 3 por 3 metros— permanecían diez, doce o quince presos durante tres meses, por lo menos.

Cuando se empezó a hablar de las celdas «psicotécnicas», fue aceptada la construcción de cuatro, reservándose la ejecución de más, hasta ver si daban resultado. La altura del techo de estas celdas era de 2 metros, 2,50 metros de largo y 1,50 de ancho. Estaban situadas hacia el Sur, y recibían la luz del sol continuamente, y Urdueña se procuró alquitrán, revistiéndolas por dentro y por fuera «para que los rayos del sol, dando de lleno en lo negro, sobrecalentasen el aire de las celdas».

Los presos, hacinados, hambrientos y sucios, tenían dificultad para respirar por el intenso calor, pero también por el olor que producía el alquitrán.

Otro detalle significativo: en uno de los rincones la pared hacía una curva que quebraba la forma rectangular y cuya finalidad psicotécnica debía ser romper la monotonía de las otras celdas. En el interior de cada una de las cuatro celdas se proyectó una superficie hecha de obra y adosada a la pared —que debía servir de camastro— cuyas dimensiones eran de 1,50 de largo por 0,60 de ancho, con una inclinación lateral de un veinte por ciento. Con ello se pretendía obligar al preso a encoger las piernas, ya que la cama era demasiado corta, pero con ese ancho se le salía el coxis o las rodillas del lecho, mientras que, en el lado opuesto, la inclinación le haría rodar con solo

tocar la pared. Si bien el preso podía aguantar cierto tiempo en esta posición, mientras conservara la más absoluta inamovilidad, una vez dormido, al menor movimiento, su cuerpo se iría deslizando, de modo que tendría que permanecer en un estado de semisomnolencia interrumpida por el continuo despertar. Si no cumplió sus expectativas fue solo debido a un defecto técnico, como la práctica demostró más tarde, ya que todos los presos optaron por sentarse sobre el camastro y, de esta forma, alargándose bien y apoyando la espalda en la pared, podían permanecer hasta con una relativa comodidad, ya que los catres fueron proyectados demasiado bajos; aproximadamente a 35 o 40 centímetros del suelo.

Otra cuestión era cómo transcurriría el día, ya que a los reclusos no les quedaba otra que permanecer de pie o caminar por la celda, «paseo» imposible ya que se decidió colocar ladrillos de canto en todo el suelo, por lo que el recluso solo podía contemplar las cuatro paredes, interviniendo entonces los efectos psicotécnicos. «Se me dio por parte de Garrigós [entonces gobernador del Banco de España] el encargo de repartir por las celdas diferentes figuras de ilusión óptica, como dados, cubos, espirales, puntos o círculos, de diferentes colores, así como trazar en la pared líneas horizontales y otros dibujos», escribió Laurencic. Cuenta asimismo que en la reunión en la que se había discutido el proyecto, Santiago Garcés, jefe supremo del SIM, le preguntó como entendido qué efectos producían algunos colores.

Rojo. Contesté que: animaba, enardecía, calentaba los sentidos visuales, y, por consiguiente, el temperamento.

Azul. Contesté que era una luz fría, calmante, recomendable para nerviosos y de temperamento histérico.

Amarillo. Que no producía efectos notables; que era el que más se parecía a la luz solar; que realzaba y embellecía los colores, y se empleaba mucho en decoraciones.

Verde. Contesté que era triste, lúgubre, como un día de lluvia, que predisponía a la melancolía y a la tristeza.

Garrigós, prosigue el texto de Laurencic, propuso la colocación de vidrios verdes, llamados de «catedral» en la ventana, para obtener así el efecto antes descrito. La luz nocturna, que tenía que permanecer siempre encendida — sistema ordinario de todas las checas—, debía obtenerse por medio de una

potente lámpara que, por su claridad, colocada precisamente sobre el camastro, impedía un dormir efectivo.

Las cuatro celdas psicotécnicas se habilitaron en un pabellón que se construyó para tal fin en el jardín del antiguo convento de Vallmajor. Continúa Laurencic:

De todos estos efectos el que considero personalmente —en mi condición de ex recluso «pasado por todos los tubos»— como el refinamiento de la crueldad más perversa (y que, curiosamente, no fue propuesto por Garrigós, sino que es idea de Urdueña), consistía en colocar, en un orificio expofeso de la pared que da al pasillo exterior, visible para el preso y manejable desde el exterior por el guardia de servicio, un reloj que marcara las horas, como un reloj ordinario. El truco, desconocido por la casi totalidad de la gente e invisible además, consistía en que se había cortado el muelle regulador de este reloj, el cual por consiguiente adelantaba a razón de unas cuatro horas por veinticuatro horas. La finalidad, que para el simple mortal parece grotesca, pues «parece» que uno se tendría que dar cuenta de que, cuando es de noche y marca las diez de la mañana no pueden ser las diez de la mañana, tenía una finalidad mucho más perversa y que quizá solo podrá comprender el que haya estado recluido más o menos tiempo. El reloj personal e invariable de cada individuo es su estómago. [...] El menor retraso en el servicio, los mismos minutos en hacer cola o esperar el turno eran para los reclusos un tormento. Cuál debía ser el tormento del preso que ve marcadas las doce en el reloj, hora del rancho, y que no sabe que son a lo mejor las diez, y que le toca aún esperar un par de horas. Su vista y su estómago engañados le tiranizan de tal modo que creo yo poder afirmar ser de todos los efectos psicotécnicos, este quizá el más cruel y de mayor tortura.

Tras el interrogatorio del fiscal, el del abogado defensor de Laurencic y de los testigos de la acusación, pero también de la defensa —su hermano Eugenio y su mujer, Maria Luisa Preschern—, la presidencia del tribunal concedió a este hacer sus propias alegaciones. Pero Laurencic no solo no logró rebatir los verdaderos argumentos que lo inculpaban, sino que se mostró débil. «Soy víctima de las circunstancias», se lamentó al final.

Esas circunstancias que yo me había propuesto entender.

ENTRE HERMANOS

A última hora de aquella tarde había quedado con mi hermano, que me esperaba en la Granja Viader, en la calle Xuclà, una callejuela del barrio del Raval paralela a La Rambla por la que subí entre el bullicio y los últimos rayos de luz del atardecer. Pese a los cambios que uno y otro han ido introduciendo desde el consistorio —y no para mejorarla, precisamente— siempre me ha parecido la calle más fantástica de Barcelona, un lugar precioso, lleno de encanto multicolor; aquella tarde más, si cabe, ya que la lectura me había dejado el ánimo alicaído. Hay que tener un día muy sereno para leer no solo los métodos de tortura utilizados en las checas, sino todo lo sucedido durante la Guerra Civil. Saber con minucioso detalle que conocidos, antiguos amigos o vecinos también aprovecharon la contienda para vengar contenciosos, cuentas pendientes, aplacar a lo bestia envidias, rencores; solventar de forma enérgica viejas reyertas familiares. Sí, cuesta admitir que el ser humano es capaz de las peores atrocidades. Respiré hondo recreándome en la paz que aún disfrutamos todos, pese al malestar que, también ahora, genera con frecuencia la clase política.

Con una taza de chocolate con nata y un montón de churros y melindros, mi hermano y yo nos contamos cómo nos iban las cosas. Aunque pronto Manuel me dijo que había leído el juicio a Laurencic.

—Yo también —le repliqué.

—¿Y ahora qué, piensas seguir indagando?

—Sí —le contesté sin mirarlo, entretenida en untar un melindro en el chocolate.

—Pero ¿para qué? ¿Qué más nos da?

Nos daba. Buena prueba es que a mi hermano le preocupaba que yo siguiera hurgando. Escribir es difícil, pero escribir sobre algo que de alguna forma también concierne a la familia es heroico, de modo que solo puedes meterte en la empresa volviéndote algo sorda.

—Me da que las cosas no solo fueron como las han escrito.

—Bueno, tú misma, pero no entiendo ese interés que te ha entrado. ¿Qué puede interesarte un tipo de semejante calaña, un indeseable? ¿No has leído bastante?

—Pues no. Todavía me queda mucho por leer. Aunque lo que más me interesa son las omisiones, lo que no se cuenta. Lo que no encaja.

—¿Has hablado con Mita y Ana?

—No, pero lo haré. Hoy mismo, o mañana a más tardar.

Manuel asintió con un gesto de impotencia. Quiero mucho a este hermano, con un amor de antes de la guerra. Pero también quiero escribir con libertad.

Tras una noche de sueño reparador, a la mañana siguiente dirigí mis pasos al Archivo Nacional de Cataluña, donde había solicitado leer los expedientes de Alfonso Laurencic, de su hermano Eugenio y su mujer, Maria Luisa Preschern, aunque sin tener constancia de que estuviera el de ella. «Son documentos clasificados como reservados», me advirtieron al darme el escualido dossier. Tras casi ochenta años ¿aún reservados?, pensé. Abrí la carpeta: ahí estaban Alfonso y Eugenio, pero no Meri.

—¿Y el de la mujer de Laurencic? —solicité.

—De las mujeres no hay expedientes, solo los libros de registros de entradas.

Insistí en verlo y accedieron. Entretanto podía empezar con los primeros. Me dolía hasta la piel.

Algunos datos estaban mal escritos o eran inexactos. Pero no fue difícil enmendar estos errores. Alfonso Laurencic ingresó en la Modelo el 18 de febrero, tenía 36 años. Católico. Arquitecto. Calle Roger de Flor, 88, 2.º-1.ª. Estuvo en la galería 6. Incomunicado. En la misma galería constaban: Constantino Pons, José Vives Senserrich, Ignacio Fortuny Catalá, Hilario Moreno Villar y Francisco Lorca Cuadrado. Seis en total. Laurencic era el prisionero número 524.

Ingresa con la siguiente orden del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM-DCE) dirigida al director de la prisión:

Ruego a Ud. se sirva admitir en esa prisión en concepto de detenido y rigurosamente incomunicado al expresado al margen —Alfonso Laurencic— el cual quedará a disposición de este organismo, hasta nueva orden.

Barcelona, 18 de febrero 1939

III Año Triunfal

Fdo. El comandante Jefe de la 2.^a Sección del SIPM (firma ilegible)

Sobre esta hoja, aparece el sello de EJECUTADO en un rojo desvaído por el tiempo.

El 16 de marzo de 1939 el jefe de la subcentral SIPM de Cataluña escribe al director de la cárcel Modelo:

Ruego a V. que el detenido en esa cárcel, Alfonso Laurencic, pase a disposición del Sr. Auditor de Guerra de la 4.^a Región Militar, continuando bajo el mismo concepto incomunicado.

Con fecha 8 de julio, hay una nota emitida por la Auditoría de Guerra de Cataluña en la que el auditor participa al director de la prisión que aquella noche será ejecutada la sentencia de muerte dictada contra Alfonso Laurencic y catorce detenidos más.

Tras esta lectura, me levanté a preguntar si había alguna fotografía de los presos. «No, y no creo que encuentre ninguna. En aquellos momentos restringieron cualquier documento fotográfico», fue la respuesta.

Me tragué aquel sapo, pero también me dije a mí misma que no aceptaba aquella réplica; que seguiría buscando a Alfonso por todos los rincones, pero, ya que ahí no era posible saber más de él, me dispuse a estudiar lo que sí era posible: el documento de su hermano.

Expediente Procesal 19474 de Eugenio Alberto Laurencic.

Prisión Celular de Barcelona, folio 1604.

Nacido en Niza, abril 1907 (no se puede ver el día, pero es de una sola cifra, aunque también ilegible ¿el 3?). Soltero. Católico. Profesión Químico. Paseo San Juan 5, 1.^o-1.^a. Lo detuvieron el 10 de febrero de 1939; ingresó en la Modelo el día 13 a disposición del SIPM. Incomunicado. El 15 de octubre de 1939 el Juzgado Gubernativo decreta la libertad del recluso, que queda retenido a disposición del Jefe Superior de Policía.

El 13 de febrero de 1940 la Auditoría de Guerra de Cataluña comunica al director de la cárcel Modelo la libertad de Eugenio Alberto Laurencic.

El 14 de agosto de 1940, en carta dirigida al director de la Prisión Provincial de Barcelona, el director general de la Comisaría General de Orden Público de Madrid participa que ha acordado ratificar la detención de Eugenio Alberto Laurencic, detenido en esa cárcel.

El 20 de agosto de 1940, el director de la Prisión Celular de Barcelona le contestó con un telegrama oficial que el preso había sido puesto en libertad el pasado 16 de febrero.

Mientras leía los expedientes de Alfonso y Eugenio, me trajeron el libro de registros, habilitado el 2 de febrero de 1939 para las reclusas de la prisión provincial de mujeres de Les Corts. Subdirector y administrador en funciones, Herminio García Ocaña. Mal o bien escrito, busqué por Preschern. No estaba. Tenía el vago recuerdo de lo que nos había contado nuestra madre. La certeza consecuente de que estuvo detenida me hizo perseverar en la búsqueda yéndome a Laurencic, su nombre de casada. Mal escrito, pero di con ella. En el número de registro 165, con fecha de entrada 12 de febrero de 1939 — cinco días después de que Alfonso fuera detenido—, consta María Luisa Laurence, yugoslava, calle Roger de Flor 88, hija de Josef e Isabel, de 36 años, casada, ocupación s.c. (su casa). En la casilla de Observaciones consta su salida el 12 de febrero de 1940, cuatro días antes que Eugenio, su cuñado. Siete meses antes, Alfonso había sido fusilado. No hallé ni un dato más sobre la vida de Meri Laurencic en la prisión. Pero en el libro *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*, encontré un detallado relato y reflexión de la historiadora y profesora de la Universidad de Alcalá, Verónica Sierra Blas, no solo sobre la vida en las cárceles de los presos tras la guerra, sino de cómo fueron sometidos a un proceso de depuración.

Extracto del apartado «Una inquisición contemporánea», dentro del ensayo «La información como resistencia. Periódicos manuscritos en las cárceles de Franco».

Uno de los principales objetivos perseguidos por Franco al concluir la Guerra Civil fue el de llevar a cabo un movimiento depurador del pueblo español. Para ello, el régimen empleó procedimientos y controles que vendrían a equivaler a una especie de «inquisición modernizada», que algunos, como el doctor Vallejo Nágera, pidieron a voz en grito con el fin de restaurar completamente la España grande y libre. La piedra angular del proceso depurador del régimen franquista fue, sin duda, el sistema penitenciario, que

se completaba con el control ideológico impuesto mediante la censura, la propaganda y la educación. Todo ello conformaba el proceso general de represión y de control social que contribuyó a hacer de la España franquista una realidad global carcelaria o, en palabras de Nicolás Sánchez-Albornoz, «una inmensa prisión». Para los más de 200.000 presos de Franco, la desposesión de todo bien constituyó el protocolo del castigo y la materialización del poder, un proceso automático y estructural, una fundamentación política de la miseria que tejió pautas, normas de conducta y estrategias dirigidas a la destrucción del individuo.

Partiendo de las tesis clásicas de Michel Foucault, como para todo régimen o institución represora, máxime si esta responde a razones de tipo ideológico, para el sistema penitenciario franquista la anulación de la identidad del preso y, como consecuencia de la misma, la voluntad de crear una nueva persona, devino uno de sus objetivos fundamentales. Para alcanzarlo fueron muchas las normas y los mecanismos que se establecieron con el fin de asegurar la desposesión moral y material de los presos y destruir de este modo su personalidad, principalmente relacionados con la destrucción de los lazos que les vinculaban con el mundo exterior —con su entorno social, familiar e ideológico—, con el adoctrinamiento de los mismos y con su necesaria conversión a los principios del Nuevo Estado. La incomunicación del penado con el exterior de la prisión; la ausencia absoluta de cualquier tipo de información que pudiera contrarrestar la que de manera sesgada y unidireccional se difundía entre los presos; el control y la censura de las comunicaciones personales, tanto escritas como orales; o los constantes cacheos en busca de papeles prohibidos; fueron todas ellas medidas que vinieron a minar la moral de los reclusos, aunque también incentivaron la búsqueda de vías alternativas y clandestinas a través de las cuales poder mantener contacto con el mundo del que habían sido apartados.

Ninguno de nosotros, mis hermanos y yo, conocimos nunca a ningún familiar de Meri Laurencic, si bien sabíamos que tenía una hermana en Austria. En su caso, no debió de costar aislarla de todo. No tenía hijos. Su cuñado permaneció preso —y depurado, sin duda— el mismo tiempo que ella. ¿Se ocupó de Meri su suegra? ¿Dónde estaba Melitta? ¿Qué fue luego de Eugenio, su cuñado? Como fuera, la depuración, la soledad, la pérdida de su marido, hicieron mella en Frau Preschern, a la que no imagino conspirando en la cárcel de Les Corts, sino más bien silenciosa, obediente con los deberes que le tocaran, respirando hondo, cerrando los ojos al presente que la rodeaba y guardando para sí su pasado. Lo único que no le podían arrebatarse. Así consiguió subsistir sin llevarse en su salida nada de cuanto le debieron de querer inculcar. Salvo el español, que a la fuerza aprendió.

La que salió de allí fue otra mujer, no sé si resignada (¿por qué no consigo imaginármela así?), pero seguramente sin otra salida que refugiarse en el piso

del paseo San Juan en el que vivió hasta su muerte, y domicilio entonces de Eugenio Laurencic, según su expediente.

Si alguien podía darme algún dato extra, era mi hermana Ana, la que estuvo más estrechamente unida a ella, la que se ocupó de que no le faltara nada cuando enfermó, la que organizó sus últimos meses de vida. Se imponía llamarla.

Si con mi hermano la conversación sobre Laurencic fue peliaguda, con Ana, tan estricta, tan correcta, tan veladora de los cimientos de la familia, de que nada los altere, tampoco iba a ser fácil, sobre todo porque de entrada no me quedaba más remedio que contarle los antecedentes: el marido de Frau Preschern había participado en las checas y, hasta el momento, no había dado con ningún dato que indicara que lo hizo obligado a punta de pistola. Y también que ella estuvo un año en la cárcel de Les Corts.

—No sé nada de lo que pasó —me respondió algo tensa nada más empezar la conversación—, mamá me explicó lo mismo que a ti. Que su marido era dibujante y que lo fusilaron al acabar la guerra por haber construido unas checas para los rojos. Pero Frau Preschern nunca nos contó nada, ya lo sabes. ¿Qué más puedo saber de su pasado? Solo te puedo decir que siempre me pareció una persona muy triste. En cuanto a que ella estuvo en la cárcel, nunca supe en cuál, ni cuánto tiempo. Lo poco que he sabido me lo contó mamá; y también que lo pasó muy mal. Creo que la conoció todavía con la cabeza rapada.

—Si fue así, y a mí también me suena, la conoció unos meses después de que saliera de Les Corts. Vagamente, creo recordar que le dio clases de alemán cuando regresó de Venezuela —pensé en voz alta.

—Quizá, pero ya no te puedo decir nada más de su pasado —dijo mi hermana con ánimo de acabar aquella conversación.

—El pasado lo buscaré yo; mejor dicho, el que busco es el de su marido. En su Causa General, he leído que se conocieron en una época en la que él vivió en Graz. Supongo que se casaron ahí... Recuerdo que ella era austríaca, tal vez de Graz.

—Seguramente, puesto que alguna vez, poco, iba allí a ver a su hermana. Pero en Barcelona no tenía a nadie a quien ahora puedas preguntar. Era muy amiga de su vecina, una buena persona. Pero no creo que viva. La última vez

que la vi fue cuando murió Frau Preschern, y eso fue en 1988, hace casi treinta años. Tampoco veo factible que puedas encontrar a dos alumnos a los que daba clases de alemán: el doctor Josep Maria Alonso, que vivía frente a su casa, y un empleado de la casa Boehringer, que no recuerdo cómo se llamaba. Los últimos años, muy al final, como hacia 1986, de tanto en tanto también empezó a visitarla una oficial del consulado alemán. Supongo que porque recibía una pensión.

—Perdona —la interrumpí—, ¿estás segura de que la pensión era del gobierno alemán? ¿No fue el austríaco? —le dije al recordar el breve capítulo que César Alcalá le dedica en *Les presons de la República*.

—¿Austríaco? No, ni hablar. Eso sí lo recuerdo bien. Coincidió alguna vez con ella. Y aún recuerdo la última vez que la vi. Fue poco después de la muerte de Frau Preschern. Yo iba en metro y una mujer se sentó delante. Como iba absorta, en un principio, ni me fijé, hasta que reparé en su bolso. Era el de Frau Preschern; ambas cruzamos un instante la mirada. Supongo que ella también me reconoció porque, inmediatamente, se levantó y se fue. Me entristeció, y también sentí un profundo desagrado.

—Lo entiendo, Ana —le dije dejándola respirar unos segundos.

—Bueno, y ya no sé qué más te puedo decir —añadió dando la conversación por zanjada.

—Una última pregunta: ¿dónde crees que la conoció nuestra madre?

—Creo que por unas monjas.

Para estas cuestiones, es decir, para buscar personal auxiliar para la casa, nuestra madre confiaba plenamente en el criterio de las religiosas, las cuales, en teoría, nunca nos mandarían a alguien inadecuado. Hasta que una vez, para el cuidado de mis hijos, le recomendaron a una joven psicótica que acababa de salir de un psiquiátrico, detalle que omitieron, y yo me encontré con un buen bollo metido en casa. Desde entonces mi madre solo confió en su propio criterio.

—¿De qué monjas? ¿De las que nos traían aquel mató tan rebueno?

—No creo, esas eran pacientes de papá.

—Y además, creo que eran de clausura —añadí yo al recordarlo—. ¿Serían tal vez de la Orden que custodió la cárcel?

—No lo sé. Es que no sé nada más. Cuando yo nací, ella ya estaba en casa. Nunca se me ocurrió preguntar por qué o de dónde había venido.

—¿No tienes una foto? ¿Una carta? Debió de existir otra Maria Luisa

Preschern antes de la guerra... Una mujer joven, tal vez alegre, y guapa — como decía nuestra madre—. Una a la que llamaban «Merry».

—¿Merry? —se extrañó mi hermana.

—Sí, Merry. El historiador César Alcalá le dedica unas líneas en el libro que antes te he mencionado. Y la llama Merry porque parece que con este nombre la conocían sus vecinos. Alcalá explica, asimismo, que la encontraban encantadora, y que hablaba perfectamente el catalán.

—¿Eh? ¡Qué raro es todo esto! Respecto al catalán, solo la recuerdo decir (y siempre bromeando por su ignorancia) una palabra: *mongetes*. No me consta que supiera ni una más. Pero no sé... Ni idea; ya sabes que para nosotros siempre fue Frau Preschern. Y tampoco tengo fotos. Bien pensado, es raro. —A esta altura de la conversación, mi hermana se había relajado y estaba más comunicativa—. Pero ahora que lo pienso, ¿sabes qué tengo?: dibujos hechos por su marido. Es una carpeta que me dio nuestra madre, cuando ella murió; se la había dado Frau Preschern. Creo que hay un par de dibujos firmados por él, y también una foto de ella. Pero ¿qué interés tienes en todo esto? Pasó. ¿Para qué remover nada?

—Hay algo en toda esta historia que me apasiona.

—¿Y la vas a escribir? —me preguntó con cierta inquietud.

De hecho, aún no sabía nada. Nada sobre Laurencic y tampoco nada sobre si pensaba o no escribir sobre él. Lo que quería era *saber*. Y recién publicado un libro, más bien planeaba unos meses de lectura, algún viaje, hacer deporte (claro que todo esto suelo hacerlo sin por ello dejar de escribir. Y era obvio que Laurencic me tenía atrapada).

—Ummm —remugué, pero no la engañé al responder—: No lo sé, Ana. Por ahora, anoto en una especie de diario lo que voy encontrando. Y de momento, solo puedo hacerme eco de lo que otros ya han escrito.

—Porque no debe de haber nada más.

—¿Y qué hubo antes de Barcelona? Ana, siempre hay algo más. Para empezar, esos dibujos que tienes. ¿Me los mandas, por favor?

Efectivamente se trataba de dos dibujos hechos por Alfonso, y una foto de ella. Tal vez de la misma época, o incluso de antes de conocerlo, ya que en el primer dibujo Frau Preschern aparece muy joven, y solo con un punto de sofisticación, ausente sin embargo en la foto. El otro dibujo sobrecoge: lo hizo Alfonso en la cárcel Modelo en una hoja de papel de estraza. En la misma, hay una especie de proverbio. Una muestra de amor a su mujer y, en la dedicatoria,

empieza llamándola «Meri». Ahora ya no tenía ninguna duda de que existió otra Maria Luisa Preschern, porque ahí vemos a una mujer todavía joven pero más madura, y, sobre todo, una mujer muy sofisticada. Una hermosa centroeuropea al estilo Dietrich. Un recuerdo quizá de la época en que el matrimonio vivió en el Berlín de unos años que fueron dorados. O incluso puede que fuera un recuerdo de los primeros tiempos en Barcelona. En todo caso, así la imaginaba Alfonso cautivo.

En el momento de recibir el retrato, estaba casi segura de que Laurencic nunca fue arquitecto, pero vi que sabía dibujar algo más que aquellos toscos plagios de Kandinski, Moholy-Nagy y Johannes Itten, como señalaba la historiadora del arte Victoria Combalía, conocimientos que utilizó para «decorar» las celdas de las checas. Como fuere, cada hallazgo me llevaba a persistir en la búsqueda de su pasado, y ahora tenía uno importante. «Meri — pensé—, voy a tu encuentro».

5

EN BUSCA DE MERI

Con una mañana radiante, al día siguiente me dirigí al número 5 del paseo San Juan. Desde lejos, reconocí el edificio y el portón. Solo que, ahora, en lugar del conserje tradicional, un portero automático lo hacía a priori infranqueable. Me tocaba armarme de valor y hacer lo que los vendedores llaman «puerta fría». Y eso hice, echándole morro y sabedora de que me podía quedar en la acera.

Llamé al 1.º-1.ª, el mismo piso donde de niña visitaba con mi madre a Frau Preschern, y no contestaron. Luego al 1.º-2.ª, tampoco. Llamé a los segundos, y lo mismo. Volví a llamar a los primeros y una voz dijo «¿Quién eres?». Me expliqué como pude, y con cierto éxito, ya que la voz me dijo que la vecina de Meri Laurencic aún vivía, pero que estaba muy mayor y muy sorda, y que apenas recordaba nada. De todas formas, la voz me dejó entrar y, entretanto, se fue a avisar a la señora que buscaba.

Subí los dos pisos como muchos años atrás, salvando los escalones de dos en dos hasta llegar al rellano del primero. Ahí me esperaban ambas: la vecina y antigua amiga de Meri, y la que me había permitido entrar: María Teresa Corbella, descendiente de los propietarios de la finca que ahora vive en el piso de nuestra antigua institutriz, lugar que pude entrever mientras hablábamos. Todo había desaparecido: los muebles cascados y no muy buenos, las antiguas baldosas hidráulicas descantilladas... Ahora estaba todo muy arreglado y también muy *kitsch*. Me pareció ver a Meri fumando un cigarrillo sentada cerca de la ventana, y mirándome. La amiga de Frau Preschern permanecía tiesa en su puerta sin dejarme avanzar ni un paso más; no se acordaba de nada. María Teresa Corbella la excusó por su edad, e

intentó ayudarme. Le dijo que estaba preguntando por Meri. Al final, durante unos minutos pareció recordar; me dijo que mi cara le sonaba.

—¿Cómo se llama, señora? —le pregunté con el objetivo de iniciar una conversación coherente. A eso contestó con rapidez—: Me llaman Sita, pero me llamo Felicidad Riaño Oller, para servirla.

Es lo único que dijo de carrerilla, como si yo fuera la policía. Luego, a modo de disculpa, me dijo que tenía noventa y tres años y que vivía sola en un piso con seis dormitorios. Los mismos de que disponía Meri. Al final, quien más la recordaba era María Teresa. Me contó que Meri apenas explicó nunca nada, salvo que los embarazos siempre se le malograban. Que a quien se confió fue a un vecino que había muerto muchos años atrás. Aunque todos los vecinos siempre supieron que estuvo en la cárcel; y que al marido lo fusilaron sin juicio ni nada. «Bueno —añadió María Teresa—, unos militares se lo quitaron de encima con cuatro preguntas. Pero poca cosa». Él no era culpable, les contó Meri, «y lo mismo decía su suegra». Al fin otro dato.

—¿Su suegra vivió aquí? —inquirí extrañada.

—Sí, aquí vivían las dos. Pero la suegra se iba todos los veranos a Alemania.

Hasta que un invierno todos se dieron cuenta de que, desde meses atrás, no veían a Melitta. Entonces le preguntaron a Meri por ella y esta les dijo, indiferente, con displicencia, que mientras estaba fuera tuvo un accidente y se murió. María Teresa calculaba que esto sucedió hacia final de 1950 (que debió de ser cuando empezó a venir a casa, deduje). Ni una ni otra recordaban a nadie del consulado, pero sí a mi familia y que Meri nos quería mucho. Sita me miraba, a veces semejaba que se le hacía la luz, pero solo eran ráfagas, porque tornaba a repetir que no sabía quién era Meri. María Teresa Corbella me contó que, muy al principio, veía rondar a alemanes, pero que jamás vio al cuñado por el que le preguntaba. «Como no fuera uno de aquellos...», añadió pensativa. En aquel momento pensé que, al salir de la cárcel, Eugenio bien pudo irse de Barcelona —y puede que de España, incluso—, pero ¿adónde?

—Y la suegra, ¿no tuvo más hijos?

—No, eso lo sé bien: solo tuvo dos hijos, y ninguna hija —afirmó María Teresa.

—¿Y no conocieron a ningún familiar de Meri?

—¡Ni uno! Es más, cuando murió, Sita, el doctor Alonso..., todos buscaron a alguien a quien avisar. Pero no encontraron a nadie. Ni un solo pariente. Y

ahora tampoco puedes hablar con el doctor: murió antes de la Navidad del 2000. Lo mató el disgusto cuando se incendió su casa —me siguió contando María Teresa—. Salió en la tele y en la prensa. Aquí enfrente, en la calle Alí-Bey. Un edificio modernista precioso. Una gran pérdida, para él, que tenía toda su vida familiar y profesional ahí, pero también para la ciudad.

—¿Y nadie pudo encontrar a Eugenio? —continué impertérrita.

—Tampoco. Y como Sita no se acuerda de nada... No sé si la hemos ayudado mucho —me dijo a modo de despedida.

—Todo ayuda. Gracias.

A manzana y media, en el número 88 de la calle Roger de Flor, estaba la casa donde consta que vivían Alfonso Laurencic y su mujer en Barcelona, en el momento en que los detuvieron a ambos en 1939. Giré por la calle Alí-Bey y, a medida que me acercaba a Roger de Flor, vislumbré que todo aquel lado de manzana era de reciente construcción. Salvo una casa, seguramente del final de la década de los años veinte, bien conservada. Era justo el número 88. No me aportaba nada aquella visita, pero la hice. Deseaba imaginar a una mujer feliz, y tal vez también algo alocada, ya que siguió fielmente a alguien que cuando menos era bohemio, inquieto y temerario. Desde la acera de enfrente miré el piso, iluminado por el sol de mediodía. Aprovechando la salida de un vecino, pude entrar en el rellano sin preguntas. Imaginé a Meri bajando la escalera, joven, hermosa y arreglada con esmero, hasta en exceso, para que Alfonso siempre la deseara. Con esta última impresión, imaginaria y tierna, me fui pitando a la estación; era hora de regresar a Figueras. ¿Y ahora qué?, pensé de camino en el tren: era necesario seguir la búsqueda de Meri como presa en la cárcel de Les Corts.

Ya en casa, tras una breve indagación, di con el siguiente paso: la orden religiosa las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, a quienes el régimen de Franco encomendó la administración de este centro penitenciario, entre otros, tras la guerra. Pero ¿con quién hablar? Y dónde, porque solo en Barcelona capital había dado con catorce centros. Sin contar con los del resto de esta comunidad más los de España entera. A punto de llamar a cualquiera de sus centralitas y soltarles un rollo persuasor para ver si conseguía algo, recordé a María Rosa Escriche, una gran amiga que tras su jubilación colabora en un centro de esta Orden en Barcelona, Llar de Pau, donde las religiosas

ayudan y dan cobijo a mujeres enfermas sin recursos o familia, así como a aquellas cuya situación es marginal, procurando en lo posible su reinserción social.

Tras una sonrisa melosa y modos de quien no ha roto nunca un plato, María Rosa es todo un carácter. (A mí, en cambio, se me debe de ver de lejos que he roto y quiero romper unos cuantos más.) Abogada, mujer hecha a sí misma con una carrera exitosa, está acostumbrada a organizar y mandar, con lo que chocamos con frecuencia porque me olvido de lo peleona que es y acabo jugando su juego, o sea, enzarzándome en una discusión —política— que no lleva a ningún lado. La ventaja es que luego seguimos viéndonos como si nada, con mucho afecto. Nos avalan —y defendemos— casi cuarenta años de amistad. Encuentros intensos, charlas unas veces lúdicas y otras sobre temas de más calado; así como paseos en los que antes le advierto que se ponga un calzado cómodo, adecuado para darnos un buen tute y en los que invariablemente María Rosa aparece con unos zapatos preciosos con taconcito porque «eso» que yo me pongo (botarras resistentes) «es poco femenino», arguye. Así que los paseos nunca son inmensos, lo inmenso es que, siendo tan distintas, mantengamos vigorosa nuestra amistad.

Al exponerle lo que andaba buscando, solo pudo prometerme que lo preguntaría. Apenas pasados dos días me llamó: «No sé si te servirá, pero tienes más suerte que la puñeta: la persona mejor cualificada para responder a tus preguntas la tienes a dos pasos de tu casa, en Figueras. Te doy su teléfono». Nada más colgar, llamé pitando a sor Rosa Mendoza, hija de la caridad de la Orden de San Vicente Paúl, historiadora que recopila documentos para la beatificación de alguna religiosa de la Orden. Quedamos para aquella misma tarde.

Entre las varias ventajas que ofrece vivir en una población que no llega a los cincuenta mil habitantes, me entusiasma la posibilidad de ir caminando prácticamente a todas partes. Nunca tardas más de veinte minutos en llegar a tu destino; y en el camino, palpás qué pasa en la calle, te topas con el relojero, la modista, tu profesor de gimnasia... Intercambias un saludo. Es menos trepidante que una gran ciudad, cierto; en compensación, es más humano.

Sor Rosa, persona cordial de enormes ojos claros y mirada aguda, me recibió amable pero cautelosa. Comprendí que pensaba que estaba ahí para hurgar en las condiciones en las que vivieron las presas en la cárcel

provincial de mujeres de Les Corts. Por ello, sin acosarla, la dejé hablar. Escuchar y ser paciente suele tranquilizar al entrevistado.

—Las hermanas que atendieron a las presas no lo tuvieron fácil. A raíz de la concesión del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia en 2005, no pocos protestaron. Y su queja, precisamente, la basaron en la conducta de nuestras religiosas en las cárceles; entre otras, Les Corts. Pero ¿cómo podían hacerlo mejor? —me señaló con expresión de impotencia—. Tras la guerra el país estaba arruinado, no había nada con que cubrir las necesidades más básicas porque las carencias fueron de todo tipo: agua, comida, medicinas, ropa... Incluso algo tan primordial como es la higiene, por ejemplo, fue imposible mantenerla, ya que apenas se encontraba jabón. Los piojos, las chinches, la sarna, la lepra, la tiña, las gastroenteritis, la tuberculosis... campaban por todas partes. A las mujeres se les rapó la cabeza al cero, no por sadismo, sino por higiene. Y si para estas mujeres sobrevivir fue difícil, no digamos para los niños que eran más débiles; muchos aún lactantes de madres que ya no tenían leche que dar. Niños que fueron cuidados por las hermanas, quienes también les enseñaron a leer y escribir. Además de atender la enfermería como podían, que era para lo que estaban preparadas porque forma parte del aprendizaje ineludible para entrar en nuestra Orden. Por eso, antes de la guerra, desarrollaron su labor en los hospitales militares. En Barcelona, en concreto, en el que estaba en la calle Tallers; si bien en Madrid dieron asimismo auxilio en el hospital psiquiátrico; y en el de Santa Cristina, atendían a las parturientas; en Jaén, en el hospital antituberculoso... Era un personal sanitario muy cualificado, porque atender a los pobres y el cuidado de los enfermos es la principal misión de todas nosotras. Porque este centro —me dijo refiriéndose a donde estábamos, unas dependencias muy parecidas a un modesto centro de acogida— es solo un minúsculo lugar donde asistimos los diversos problemas del día a día de personas sin recursos. Pero acudimos allá donde podamos hacer falta.

»En cuanto a Barcelona... ¿qué hacer en un espacio concebido para doscientas presas y donde en un año pasaron a vivir casi dos mil más cuarenta niños? Era un lugar de miseria, tristeza y dolor. Pero para todos: las presas y las hermanas. Y no fue la Orden quien escogió como destino esa cárcel; esa fue la plaza que se les encomendó administrar, pero sobre la que no mandaban. La represión la ejerció el régimen. ¿Que pudo haber alguna que no demostró la capacidad deseable para el auxilio moral, ya que apenas podían ofrecer otro?

Es posible. Eran personas, seres humanos con todas sus debilidades y, como te he dicho, sirviendo en la prisión de un país que no tenía nada. Asolado. Las presas salieron rebotadas. Pero tampoco hay que olvidar que, como todos los religiosos, las hermanas habían sido perseguidas, asesinadas, violadas. Con esto no estoy justificando nada, solo señalo que también pasaron por unos años de terror, escondidas en casas de familiares. Encubriendo sobre todo su condición de servicio a Dios; y las que se quedaron durante la guerra, trabajando en hospitales de campaña o en los hospitales militares, lo hicieron sin el hábito, porque los milicianos cobraban por matar, y por matarlas a ellas, también.

Al escucharla, recordé lo que había leído poco antes en el libro *Preventorio-D*, de Félix Ros. Lo busqué más tarde, al llegar a casa:

Manuel Campillo. Asturiano. Chillaba mucho, muchísimo, y tenía un ceño fruncido constantemente. Como, a pesar de todo, no adoptaba determinaciones nefastas y, de vez en vez, comparecía con ciertas bromas ruidosas de borrachín, se le tenía por hombre de buen fondo. Este hombre bueno se vanagloriaba de que, durante la revuelta del 34, en unión de otros probos, violó a casi todas las monjas de un convento, hecho delictivo purgado tan solo, según sus manifestaciones, con una paliza de la Guardia Civil.

—¿Tienen ustedes un registro de las presas? ¿No conservan nada? —le pregunté a sor Rosa.

—No, porque ese registro tampoco lo llevaban las hermanas, sino los militares.

—Busco a alguien... —expliqué—. El registro que usted me indica ya lo he visto en el Archivo Nacional de Cataluña. Y a esta persona la apresaron por ser la esposa de un encausado. A él lo fusilaron. Ella nunca fue juzgada.

—En aquellos tiempos, ser la esposa, el hermano, los padres incluso, era razón suficiente. La guerra fue durísima, pero la posguerra también.

Me despedí de sor Rosa tras dos horas de conversación. Salí de ese encuentro convencida de que mi madre no fue a buscar a Meri Laurencic a la puerta de la prisión. Tras lo hablado, me resultaba imposible imaginar que recurriera a las Hermanas de la Caridad en busca de una institutriz, y menos aún, justo cuando ella misma acababa de regresar del exilio. Lo que sí admití es que, como hizo Alfonso, Meri también pudo haber alegado: «Soy víctima de las circunstancias». Con razón, ya que no cometió más delito que casarse con él.

Había leído algún artículo sobre la prisión de Les Corts. Artículos que aparecieron, efectivamente, cuando a la Orden le fue concedido el Premio Príncipe de Asturias. Pero ahora se trataba de hallar testimonios de alguna presa. Saber en qué condiciones sobrevivió Meri en la prisión. El relato de Soledad Real López, perteneciente a Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya, aunque brutal era, sin duda, muy explícito. Soledad Real contaba veinticuatro años cuando ingresó en Les Corts, donde permaneció desde septiembre de 1941 hasta el verano de 1943.

Las Corts [sic] había sido anteriormente un colegio para unas trescientas niñas, como mucho, y llegaron a estar cinco mil mujeres. Cuando nosotras llegamos éramos unas pocas menos, pero aún se dormía en los patios, se dormía en las escaleras, se dormía en los váteres. A mí el sitio que me correspondió para dormir fue debajo de los fregaderos, donde se lavaban los platos, y por la noche tenía que esperar hasta las doce, hasta que acababan de fregar, y por la mañana me tenía que levantar a las cuatro, porque había tan pocos lavabos que ya la gente se levantaba a esa hora para poder lavarse. La cárcel estaba tan abarrotada de gente que, por la noche, cuando se desliaban los petates, no podías pasar por ningún sitio, Me acuerdo de una que dormía en el váter con la puerta abierta y la cabeza apoyada sobre el borde de la taza, y nosotras íbamos a hacer pipí y poníamos una pierna para allá y otra para el otro lado, y ella decía: coña, tener puntería, porque tenía la cabeza en el mismo borde.

Nos tocaban para dormir, pues, en aquellos tiempos, dos losetas y media, es decir, 50 centímetros, y estábamos tan apelmazadas que a veces decía alguien en medio de la noche: por favor, chicas, volvámonos, que no puedo más, que tengo muchos dolores. Y tú oías a alguien que dirigía la orquesta y decía: a la uuna, a las doooooos, a las treees, y bumm, dábamos la vuelta todas. Pero es que al volvernos siempre había alguna que se quedaba sin sitio, que se quedaba encima de las otras, y empezaba: dadme mi sitio, y había que reducirse otra vez, y había que quedarse de lado. La cárcel no daba más que las dos o tres losetas. Los colchones o jergones los mandaban las familias. Recuerdo que Isabel [Imbert] tenía un colchón de 60 centímetros en el que dormíamos las dos, pero era ya un colchón que había tenido su padre en la cárcel y era muy delgado. Durante la noche los piojos y las chinches te corrían por la cara, sobre todo las chinches, que estaban carcomidas las colañas de madera y yo recuerdo que mientras dormíamos nos caían a manadas. De vez en cuando, durante el día, sacudíamos las colañas y hacíamos una matanza de chinches, con una pestaza que asustaba. Y lo único posible era mucha limpieza, mucha ducha. Y como no nos daban jabón, lo que hacíamos era revender el chusco de pan para comprarnos jabón.

El relato de Soledad Real López explica con claridad palmaria las condiciones «higiénicas» en las que vivieron las presas de la cárcel de Les Corts. El día a día, desde el amanecer hasta el ocaso; las veinticuatro horas de

la convivencia con sus compañeras de infortunio —fueran presas políticas, ladronas, asesinas, prostitutas o drogadictas—, el lesbianismo proliferante... Lo explicó también con todo detalle la violinista británica Mavis Bacca Dowden en su libro *Acusada d'espia*. Como no es posible transcribir el texto completo, reproduzco unas pocas líneas sobre su impresión —su desolado estupor— acerca de las primeras horas en la cárcel (tras haber rechazado comer el rancho pestilente en una lata de sardinas con una valva de mejillón a modo de cuchara).

Las primeras impresiones de la prisión, de cualquier prisión, supongo, para no limitarnos a la variedad española, son inolvidables. Inesperadamente te encuentras que empiezas a vivir en un doble nivel de conciencia: el contingente y el real. El alivio de haber dejado atrás los interrogatorios, la brutalidad de los policías y el miedo de ver las manos mutiladas por la tortura, momentáneamente, habían sido sustituidos por la absoluta crudeza de aquel nuevo ambiente; pero mirando a mi alrededor reconocía el verdadero sentido de este respiro: era un asidero ilusorio para los nervios y el cuerpo cansado.

El patio estaba rebosante de mujeres. Pocas iban vestidas. La mayoría estaban desnudas encima de las mantas o las colchonetas de paja. Tomaban el suave sol de mediodía. Las miré fascinada, horrorizada, desconcertada.

Ví con sorpresa que algunas estaban sentadas en una hilera ordenada. Tenían un aire particular, incluso levemente divertido, de concentración. Enseguida comprendí que se estaban despiojando en fila india como lo hacen los monos. Otras lavaban los platos, o los harapos con los que se vestían, bajo el único grifo que debía dar abasto a las doscientas mujeres de las salas. [...] Una mujer, con la cabeza inclinada, estaba concentrada en la exploración de las áreas más privadas de su anatomía.

Bacca Dowden habla muy poco de las religiosas que gobernaban la cárcel. Destaca la humanidad de alguna de ellas (dos o tres, máximo); en general, transmite la impresión de que eran meras vigilantes, duras y poco afables, a quienes espantaba toda aquella inmundicia que eludían manteniendo a las presas apartadas y lejos de sus dependencias.

Meri Laurencic estuvo un año en Les Corts. Cuando recuperó la libertad, sin duda no era la misma que se casó con Alfonso Laurencic; ni tampoco la que vivió con él en Barcelona. Pero ¿por dónde buscar? Aún me faltaba hablar con Mita, mi otra hermana, que escuchó la historia con curiosidad. Ambas, mis dos hermanas, son grandes compañeras de viaje, de afecto sólido y acogedor. Unos años antes, no es imposible que también a Mita le hubiera costado hablar de nuestra institutriz y su marido, pero pasó por una tempestad que la llenó de heridas, una tormenta que la obligó a buscarse y recorrer mil caminos

inexplorados. Y ese trayecto arduo la ha hecho más libre, de forma que acogió la conversación con sorpresa pero sin recelo. Sin embargo, sobre Alfonso Laurencic sabía exactamente lo mismo que yo. En cuanto a Meri, la evocó como una persona muy atemorizada. «Id con cuidado», les decía siempre. Asimismo, mi hermana la recordaba muy obediente.

—Más que nada para no encontrarse en medio de un conflicto, por menor que fuera. —Como ejemplo, narró un día en que jugaron a colegios: Mita era la profesora que se atribuyó plenos poderes, y Ana y Meri las alumnas a las que no tardó en castigar a comerse un buen trozo de patata pelada pero cruda. Ana, la menor, que tendría unos seis años, se rebeló y la mandó a la porra. Meri, callada, se la comió. Una anécdota que quizá delata el temor de su pasado.

Le pregunté a Mita si, por casualidad, no conservaba una foto con ella.

—No con ella, pero tengo una de ella. Ahora mismo te la mando.

Observé la foto reconociendo su rostro, pero también el del dibujo de su marido, pese a que no quedaba nada de aquella mirada seductora. Meri posaba con mirada dócil y nostálgica. Mantenía, sin duda, los mismos rasgos delicados; no así el maquillaje, en la imagen muy discreto. Ni la vestimenta, propia de una modosa y sencilla mujer de los cuarenta en lugar de aquella sofisticada austríaca noucentista que había dibujado Laurencic. Sí, aquella mujer, tras pasar por el infierno de Les Corts, y perderlo todo, no podía ser la misma que llegó con su marido a Barcelona.

La foto la firmaba Sendra, de la calle Santa Ana de Barcelona; en el reverso estaba escrito «año 40». Meri Laurencic se la regaló a mi hermana en octubre de 1969 con una cálida dedicatoria:

Meiner lieben Mita Mi querida Mita
zur Erinnerung para tu recuerdo
Fr. Preschern Fr. Preschern

Unos días después busqué al fotógrafo Manel Sendra, autor de la foto de Meri. No creí que fuera posible dar con él, pero tal vez localizase algún libro de registros, algo que proporcionase una nueva pista. No me costó dar con Gabriel Sendra (por los pelos, pues unos meses después se jubiló), ya que los Sendra son una saga familiar de fotógrafos muy arraigada en Barcelona, donde el abuelo, Manel, fotografiaba por encargo acontecimientos familiares, fiestas

populares, retratos... Gabriel había continuado la tradición con su hermano en un establecimiento del barrio de Gràcia donde son muy apreciados. Le pregunté si conservaba algún archivo de los años posteriores a la guerra, a lo que me dijo que no, que había tanto material que no había sido posible. Solo pude averiguar que aquella fotografía, sin duda, era de la década de los cuarenta (no creo sin embargo que de 1940, el mismo año en que salió de la cárcel; como Meri —o quien fuera— puso en el dorso) pero a Gabriel Sendra le fue imposible precisar el año; incluso si era de su padre o abuelo. Y mucho menos los datos de la clienta.

Por mi parte, tampoco conseguía dilucidar —ni con la ayuda de mis hermanas— cómo llegó Meri a nuestra familia. Por más vueltas que le diéramos, nuestra memoria con ella empezaba a final de la década de los cincuenta.

—¿La vas a seguir buscando? ¿Qué más puedes encontrar? Pasara lo que pasara, los últimos veinticinco años estuvo con nosotros —señaló Ana más bien disuasoria.

Tocaba volverse algo sorda y no flaquear por el «nosotros».

—Ya te lo dije: no la busco a ella, lo busco a él. Saber quién era, cómo y por qué llegó. Pero, claro, ella es una de las vías que hay que investigar.

Cuanto había leído en el Archivo Nacional, mi visita al paseo San Juan, más mi conversación con sor Rosa Mendoza, también me llevaron a pensar en Eugenio, el hermano encarcelado y depurado. Pero que quedó libre. Para intentar saber qué pudo ser de él me puse a navegar un rato en busca de algún descendiente. Escribí a través de LinkedIn y Facebook a algunos Laurencic, un apellido esloveno bastante corriente. Nadie respondió, salvo un chico colombiano de Cali, David Gómez. El único que había puesto un «Me gusta» en la página de Alfonso Laurencic. Porque hubo una página en Facebook de Laurencic como «figura pública» (singular calificativo, sin duda). No sé quién la configuró. Es posible que el propio David, pero no había ningún post, no estaba activa. Solo remitía al *link* de Laurencic en Wikipedia (donde su biografía está llena de inexactitudes o, directamente, errores).

David me dijo que le encantaba su pintura. «¿Cómo la has conocido?», le pregunté sorprendida. «Por el grupo sueco Fucking Werewolf Asso; tienen una canción que se llama Alphonse Laurencic». Se hizo evidente que con David no llegaría a ninguna parte, pero, por pura curiosidad, busqué hasta dar con el disco *Why Do You Love Me Satan?* Era una canción *techno* con un ruido

espantoso. A David le gustaba mucho; bueno, es joven. «¿Y dónde has visto su obra pictórica?», le pregunté aún más asombrada. Como respuesta David me mandó un *link*; el del artículo de Victoria Combalía «Arte moderno para torturar».

Sin más demora, cogí la Causa General, el documento que me había mandado Sergio Campos, el contacto de *La Biblioteca Fantasma*.

Sabía el lugar y la fecha de nacimiento de Alfonso Laurencic; que fue detenido en el santuario de El Collell... A partir de ahí, el objetivo era despejar incógnitas y lo que intuía como inexactitudes. De hecho, como inicio, se trataba de analizar trece líneas. «Como se hacía pasar por austríaco, fue puesto a disposición de un oficial de la Legión Cóndor». ¿Por qué había de hacerse pasar por austríaco? Pero prosigamos.

Mi padre, Julio Laurencic, murió en Barcelona en 1923, mientras mi madre Melitta, nacida Jahn, vive todavía en Alemania, en Weihwasser (ß) (Oberlausitz), calle Hitler 32, en casa de Frank.

Pensé que el que su padre hubiera fallecido en Barcelona no era un dato banal; en cuanto a Melitta, parece lógico que durante la Guerra Civil viviera en Alemania.

En 1914, nos trasladamos a San Sebastián, calle Verdad n.º 2, y el año 1916 a Barcelona, paseo de la República, 511. Estudié en el colegio de La Bonanova hasta 1921. En 1921, me alisté al Tercio Extranjero, para poder así obtener la nacionalidad española. [...] En 1922, debido a las gestiones que hizo mi familia, fui despedido del Tercio, ya que cuando entré en la Legión, era todavía menor de edad. Desde junio de 1922 a marzo de 1923 estuve en Graz, en casa de una tía mía, serví desde abril de 1923, hasta diciembre del mismo año en el Cuerpo de ejército, n.º 4, de Zagreb. Me quedé en Graz hasta noviembre de 1926, y en este tiempo, conocí a mi actual mujer, Luisa Presher, con la cual me casé en septiembre de 1926. Desde 1926, hasta 1933, me quedé en Berlín, viviendo en las calles de Kant 8 y en la de Ausburgo, 35. Durante este tiempo hice por mi cuenta varios viajes comerciales, al mismo tiempo era decorador y director de orquesta y con ello me ganaba la vida. Después que como director de orquesta visité en 1933 Viena, Bélgica y Luxemburgo, regresé de nuevo a Barcelona ya que no pude obtener permiso de trabajar en Bélgica. En Barcelona ejercí de director de orquesta, actuando en Casa Llibre, La Buena Sombra, Changhai de Montjuich, Balerno, Bodega del Colón y hotel Ritz. En septiembre de 1933, entré en la CNT y en abril del 36 en la UGT. Al estallar la guerra...

Como iba a ciegas, decidí «limpiar» el texto. Corregir lo que estaba mal transcrito; examinar los datos más simples que había aportado. Dónde has estudiado es también un dato relevante. Y Alfonso Laurencic decía haberlo hecho en el colegio de La Bonanova hasta 1921. Templos, conventos de religiosos, fueron prácticamente arrasados en 1936. Pese a esta expectativa, llamé por teléfono y me pasaron con la memoria histórica del colegio: el hermano Joaquim Morató, con quien concerté una entrevista, si bien me advirtió —como me temía— que apenas tenía nada. Todo fue quemado o perdido, y el edificio situado en la zona de entrada del colegio —donde había estado el pabellón de los alumnos gratuitos— completamente arrasado. Sin embargo, tocaba visitar el colegio e intentar averiguar qué pudo llegar a estudiar Alfonso, saber qué disciplinas impartían; así como insistir en la búsqueda en algún archivo, seguir leyendo en la Biblioteca Nacional y analizar de nuevo el blog *La Biblioteca Fantasma*.

Mientras llegaba el día de mi cita con el hermano Morató, empecé por verificar el recorrido geográfico de Alfonso Laurencic.

En San Sebastián no encontré la calle Verdad. Empezamos bien —pensé—, ya que ahí, en principio, no cabía un error de transcripción. Sin embargo, el error estaba, pero era mío, ya que al buscar el nombre en euskera apareció: Egia Kalea. Cerca del río Urumea, de la preciosa residencia y jardines de los duques de Mandas —hoy parque de Cristina Enea—, del paseo de Francia, donde entonces se encontraba el consulado francés, la Cámara de Comercio francesa pero también las Escuelas Francesas. Muy conveniente para la educación de Alfonso y su hermano Eugenio Alberto, entonces dos muchachos de doce y siete años respectivamente, ambos nacidos en Francia. La razón más obvia era la que el propio Alfonso expuso en varias ocasiones: como austrohúngaros, tuvieron que salir de Francia al estallar la Primera Guerra Mundial, dejando allí las propiedades que pudieran tener, tal vez confiscadas. Ni por un segundo dudé de la veracidad de este episodio familiar. No solo porque esa fue la historia de tantos austrohúngaros en la Gran Guerra, sino porque entre los que dejaron París estaba mi abuelo Edmundo Frouchtman, que buscó refugio en Barcelona.

España, con su neutralidad frente al conflicto, fue un destino propicio para miles de refugiados, lo que contribuyó a que San Sebastián, lugar de veraneo de Alfonso XIII y su esposa, la reina Victoria Eugenia, así como varias personalidades del gobierno y cuerpo diplomático, deviniera asimismo en

destino de gentes cosmopolitas. Pero esta certeza no respondía a la pregunta de cómo y con qué sobrevivió la familia Laurencic. ¿Tuvieron que recurrir a las ayudas humanitarias que había dispuesto Alfonso XIII creando una oficina en dependencias del palacio real? Porque si bien el rey, con el decidido respaldo de Eduardo Dato, presidente del Gobierno, se mostró firme en mantener la neutralidad del país, no por ello se desentendió del conflicto. De forma que visitó los campos de prisioneros de ambos frentes, permitió la presencia de observadores militares en los campos de prisioneros de uno y otro bando, autorizó la asistencia humanitaria de refugiados en nuestro territorio y colaboró con la Cruz Roja internacional. Cooperación en la que también se involucró la reina (partidaria del bando aliado) como presidenta de la Cruz Roja española. Esta suposición, que mantuve unos días, no era imposible. Mi abuelo Edmundo Frouchtman no recurrió exactamente a la Cruz Roja, pero sí a su presidenta, la reina, a quien escribió una carta. En ella le exponía la difícil situación para él y su familia. La incipiente reputación que pudiera haber alcanzado como peletero en París no había llegado a España. La reina lo invitó a ir a palacio, simpatizó con aquel hombre encantador que hablaba varias lenguas, aunque todas mezcladas, y le encargó un abrigo de *renard* blanco, para lo que dispuso que se le facilitasen a mi abuelo medios con los que llevar a cabo el encargo. Y el abrigo resultó tan espectacular que no solo lo convirtió en su peletero —y proveedor de la Casa Real— sino que así pronto llegó a ser el peletero de moda en todo el país.

Pero ¿qué oficio, trabajo u ocupación había tenido Julio Laurencic para sacar adelante a su familia? ¿Dónde buscarlo? Si buscaba «Laurencic» en internet, al momento aparecía Alfonso. Decidí proseguir con los datos más básicos, seguir limpiando el texto. Lo cual no significaba dejar de lado a Julio Laurencic, ni a Melitta. Una referencia que me confundió fue que, como primer domicilio en Barcelona de la familia Laurencic, aparecía paseo de la República, 511. En mis minuciosas búsquedas no localizaba ningún paseo con ese nombre en 1916, y por otra parte el número 511 resultaba demasiado alto. Ni la avenida Diagonal, ni la Gran Vía de les Corts Catalanes tenían entonces esta dimensión. Otra posibilidad era que hubiese un error de transcripción, que la equivocación residiera en el número: que en lugar de 511, fuera número 5, 1.º-1.ª. En cuanto a la denominación de paseo de la República, podía ser consecuencia del momento en que fue apresado Alfonso, ya que, entre 1931 y hasta el fin de la guerra, con la Segunda República, todos los nombres de

calles y pueblos con el «santo» que fuera desaparecieron por «facciosos». Como fuente fidedigna me remito a la página 16 del libro de Alcalá, *Checas de Barcelona*.

El cambio revolucionario también afectó al nombre de calles y de los pueblos. Todas las calles que llevaban nombres de santos fueron cambiadas por el de personajes afines al ideario revolucionario. En Barcelona, por ejemplo, la calle Baja de San Pedro fue sustituida por la calle Santiago Salvador, nombre del anarquista que lanzó dos bombas en la platea del Liceo [que causaron veintidós muertos y treinta y cinco heridos, me permito añadir]; la plaza del Obispo Urquinaona pasó a llamarse plaza de Francisco Ferrer y Guardia [...]. Por lo que respecta a los pueblos, la lista sería muy larga, solo citaremos algunos ejemplos, Sant Cugat del Vallès pasó a llamarse Pins del Vallès; Sant Feliu de Llobregat pasó a llamarse Roses de Llobregat.

El mismo dato lo encontramos en la página 104 de *Los años rojos* de Manuel Tarín-Iglesias. También el Hospital de la Santa Cruz pasó a denominarse Hospital General de Cataluña. Por lo que se podría colegir que el paseo San Juan pasó a llamarse paseo de la República. Y, de hecho, navegando, di con una postal de 1933 que lo atestigua. Aun así, lo anoté para verificar en el Archivo Contemporáneo de Barcelona, donde tenía concertada una visita la mañana siguiente.

Finalizaba un marzo resplandeciente, preámbulo de una inminente primavera templada, cuando llegué a la sede del archivo ubicada en la minúscula calle Bisbe Caçador, junto al espléndido Palacio Requesens de estilo gótico, y detrás de la catedral. El archivo, de entrada amable pero nada espectacular, es uno de los centros de investigación con fondos documentales del municipio de Barcelona. Sin la grandiosidad de la salas de la Biblioteca de Cataluña, su única estancia de estudio está compuesta por una hilera de mesas funcionales de fórmica blanca, iluminadas con una ristra de tubos led. Previamente y por escrito, como se requiere, había solicitado los libros de empadronamiento desde 1916 —año de la llegada de la familia Laurencic a Barcelona, según la declaración de Alfonso— hasta 1930. Pronto vi que además de minúsculos y deteriorados, los libros no estaban completos, que faltaban páginas, pero de inmediato me puse a buscar el empadronamiento de la familia Laurencic por paseo San Juan y por paseo de la República. En vano. Me dijeron entonces que había muchos documentos extraviados, sobre todo, entre 1915 y 1920.

Empezaba a deprimirme cuando se me ocurrió pedir el registro de defunciones de 1923. No tardaron en entregarme un libro de registros de gran tamaño. Y ¡albricias! Ahí estaba la de Julio Laurencic Joka, el padre; registro 325. Entonces las personas solían morir en casa; buena prueba de ello es que, en el registro, al lado del nombre del difunto, en general, aparecía su domicilio, y solo, muy de tanto en tanto, un hospital. Pero para tener más datos de este fallecimiento, debía pedir el certificado de defunción en el registro civil en la plaza del Duque de Medinaceli, para lo que me extendieron una autorización.

En ello estaba cuando recordé la conversación con Michèle en París... En suma, no perdía nada y, sin duda, pese a lo inverosímil que me pareció que mi tío Roberto hubiera muerto en la lucha del bando republicano, solicité el registro de defunciones de 1936. No tardaron en entregarme un volumen mucho más grueso que el anterior. En julio de aquel año había estallado la guerra, el desorden y los asesinatos sin duda incrementaron el número de muertos. Busqué Frouchtman. No estaba. Persistí. Mi tío había muerto en el 36, en algún sitio tenía que estar. Recordé lo de mi apellido escrito de mil maneras —yo misma lo escribo con dos enes, algo que mis hermanos no hacen— y opté por empezar a buscar desde el principio de la letra F.

Lo encontré en Fratchmann, el 8 de octubre a los dieciséis años. El domicilio era el de mis abuelos: calle Lauria, 47. Sin embargo, ¿qué significaba que, al lado y entre paréntesis, figurara la calle Consejo de Ciento 333? En el mostrador pregunté qué había en esa dirección y a qué altura caía el número a una joven amable y atractiva, de envidiable melena rojiza —admití envidiosa pero sin rencor—, que poco antes se había petado de risa al ver el morrón que me había dado luchando por enchufar mi *tablet* bajo la mesa, a un palmo del suelo, cuando tenía una ristra de enchufes a la altura de mis narices. Pero aquella beldad no dio con nada en especial.

—Se trata de un bloque de pisos casi tocando con Rambla de Cataluña — fue la respuesta, por lo que le pedí otra autorización para tener también el certificado de defunción del tío Roberto. Luegosalí zumbando: solo disponía de media hora para llegar al registro antes de que cerraran.

El sol de mediodía refulgía abriéndose paso como una espada blanca entre casa y casa por las estrechas y preciosas callejuelas del Barrio Gótico. A paso veloz, llegué a tiempo. En condiciones normales, me hubiera parado en la tienda de un marroquí que vendía unas bolsas de cuero fantásticas; y en la de una chica que, vestida al modo hindú, expendía esencias y jabones. Me

hubiera tomado un zumo de frutas naturales en un chiringo que me venía de paso. Pero no tenía hambre ni sed. Lo único que deseaba era desentrañar la historia de Alfonso Laurencic, que, en aquel momento, ni siquiera sabía con seguridad si quería o podría escribir. En cuanto a Roberto, era pura anécdota. Simplemente quería el documento que acreditara de qué había muerto, y tal vez averiguar, asimismo, por qué como lugar de defunción figuraba la calle Consejo de Ciento.

Ya en el registro, esperé impaciente treinta y nueve números hasta llegar al mostrador. Ambos certificados estarían a mi disposición a partir de cinco días hábiles. Era hora de regresar al cuartel general de Figueras; ordenar mis ideas y notas para seguir investigando. Y estar con Antonio, mi marido, disfrutar de esta convivencia cómplice y lúdica que entre ambos hemos construido. Sin embargo, durante muchos meses, al verme siempre absorta, me preguntaba: «¿En qué piensas?». En Laurencic, era la invariable respuesta.

En el cineclub local ponían *Spotlight*.

—¿Vamos? —me propuso Antonio.

—Bueno —asentí mustia.

Por el camino le dije que me repudiara, que era una mema integral, que apenas avanzaba, por lo que podía hacer dos cosas: tirarme yo misma al contenedor de la basura, o la versión más suave, que tampoco era manca: tirar toda mi investigación al mismo sitio.

—Ni una cosa ni otra —me dijo riendo—. ¿No sabes bastante más que aquel día que encontraste el primer artículo? Avanzas, eso es lo que importa.

La película fue providencial. Todo aquel equipo de periodistas del *Boston Globe* hizo un trabajo fantástico sacando a la luz uno de los mayores escándalos a los que se ha tenido que enfrentar la Iglesia católica en Estados Unidos. Pero el camino hasta llegar a la verdad, aunque emocionante, no fue un camino de rosas, sino una exhaustiva investigación plagada de obstáculos.

Al llegar a casa, revisé minuciosamente todo lo encontrado. E hice un esquema, intentando vislumbrar por dónde debía continuar.

Tenía claro sobre quién debía indagar: sobre el padre, Julio Laurencic. Un muerto también puede explicar muchas cosas y la intuición me indicaba que en él se hallaban varias de las claves de cuanto andaba buscando.

Ahora que tenía la certeza de que la familia ya vivía en el paseo San Juan en 1923 (aunque sin duda, desde que llegaron en 1916), me preguntaba qué nivel socioeconómico tendrían los Laurencic. Busqué imágenes del paseo por

aquellos años y di con una de 1915 en la que se veía a gente con una vestimenta muy sencilla; de hecho, a campesinos con un rebaño de ovejas justo en la confluencia del paseo con la calle Ausiás March. Estaba en un blog y el autor, como subtítulo, había puesto «Venta ganado a la altura de la calle Ausiás March». Me vino a la memoria que Eugenio D'Ors, poco antes, en su época de recalcitrante patriotismo, se topó por el centro de Madrid con una recua de ovejas y cabras, pareciéndole una muestra del atraso de la capital y de España entera, en comparación con la moderna Barcelona, con la industrial y avanzada Cataluña. Algo que la imagen de la postal contradecía. Un tanto confundida, a fin de despejar esta duda, llamé a la mejor puerta: al periodista Lluís Permanyer, cronista de Barcelona, la más valiosa memoria de la ciudad. Creo que se rio bastante cuando le pregunté si por aquellos años vendían ganado lanar en aquella zona, que en definitiva pertenecía al casi recién inaugurado Ensanche derecho. Pero, con gran indulgencia, me proporcionó una amplia respuesta.

—Esa imagen la debieron de tomar cuando llevaban el ganado al matadero, ese era el camino.

—¿Y qué nivel social vivía en aquel tramo del paseo San Juan?

—Vivían familias acomodadas, no obreros. Esa postal no debe confundirte.

—¿Aunque fuera en piso de alquiler? —inquirí.

—Por supuesto —respondió Permanyer—; piensa que, entonces, el alquiler de vivienda era algo muy normal entre las familias pudientes; de hecho, el ansia de comprar una vivienda no empezó hasta bien entrada la década de los cincuenta, por lo que vivir en régimen de arrendamiento no determinaba la economía de una familia, si bien los precios de los pisos no eran altos y además podían pasar de padres a hijos. Y también es muy posible que lo alquilaran con muebles, entonces era muy frecuente. Mira, por acotar mucho, la mejor zona del Ensanche derecho estaba en el tramo que va de la calle Bailén al paseo de Gracia, pero el paseo San Juan era muy buen emplazamiento.

Tras la conversación, Permanyer quiso tirarme de la lengua al respecto de las singulares características de Alfonso Laurencic.

—Oye, y ahora que por lo que veo has leído bastante, dime, ¿qué tipo crees que era? —me preguntó.

—Un superviviente sin escrúpulos.

—Sin duda, fue un amoral —coincidió él conmigo—. Pero todo cuanto

sepas o leas sobre Laurencic, o cualquier otro, recuerda que aquellos eran tiempos de guerra. Y una guerra es muy dura. —Calló unos instantes antes de añadir—: ¿Y crees que fue arquitecto? ¿Y músico?

—Arquitecto, francamente no. Para estudiar cualquier carrera hay que estar años en una ciudad, la que sea. Y él, tras dejar Barcelona en 1923, primero fue a Graz, donde se casó. Luego el matrimonio se instaló en Berlín, ciudad en la que dijo haber trabajado como decorador, aunque su otro *modus vivendi* fue el mismo con el que luego se defendió en España: como director de orquestas de variedades. En suma, no veo dónde puede haber estudiado Arquitectura, y menos aún en Viena, como dijo en el juicio de forma algo imprecisa, para más tarde contradecirse. Sin embargo, en algún sitio aprendió a dibujar, eso me consta. En cuanto a lo de ser director de orquesta, como buen centroeuropeo debía de tener bastantes conocimientos de música. Con una base musical, oído y mucha cara, no creo que le costara dirigir orquestas de baile. ¿O tú y yo no lo podríamos hacer también?

Permanyer volvió a reír para acto seguido hacerme una pregunta más comprometida.

—Y ¿qué opinas de esos dibujos que hizo en las checas?, ¿crees que podían enloquecer a los presos?

—Tal vez no te guste mi opinión, pero no te engañaré. Sinceramente, no lo creo. Lo cual no es óbice para que sea cierto que colaboró con las gentes del SIM en las checas, a los que hizo creer, aprovechando su tremenda ignorancia, que debido al poder perturbador de aquellos dibujos los presos se verían muy trastornados.

—¿Has leído *Memoria personal* de Antoni Tàpies? —me preguntó.

—Creo que no; no.

—Bien, pues hay un momento en el que Tàpies habla de una visita que hizo tras la guerra a las checas con Paco Samaranch, hermano de Juan Antonio. Te lo mando; te vendrá bien leerlo.

Al día siguiente, nada más abrir el ordenador, encontré un correo de Lluís con el texto de Tàpies.

Aquí [Instituto Menéndez y Pelayo] volví a encontrar a Paco Samaranch, con el cual fui intimando más y más. Recuerdo que uno de aquellos primeros días, me llevó a visitar las famosas «chechas» de la calle Vallmajor, según decía, de inspiración soviética, las cuales conocía él, si no recuerdo mal, porque ahí habían tenido encerrado a un íntimo amigo de su hermano Juan Antonio. [...] El ambiente y las explicaciones que daba un guía que

había en las checas eran de un gran dramatismo y hacían destacar toda la crueldad y la sordidez terrible de aquellas instalaciones. En unas celdas me sorprendió ver las paredes llenas de pinturas parecidas a los Kandinski y Mondrian geométricos que yo conocía por *D'Ací i d'Allà*. Parece que aquel tiempo el poder de sugestión de la pintura abstracta y geométrica, así como los efectos «op» eran mucho más considerables y graves que en años posteriores, cuando se rebajó a una función decorativa de las cosas más triviales. Véase, si no, lo que decía de aquellas pinturas el fiscal que acusó a un tal Laurencic, quien, según parece, fue su creador: «Se torturaban las facultades morales y físicas de la víctima en la celda de los colores alucinantes, en la que figuras geométricas entretenían la atención del detenido, pues la vista no podía apartarse de aquellos diabólicos dibujos [...]. Entonces entraban en juego las figuras, las curvas, los ángulos siniestramente dibujados que, al conjuro de una potente luz, simulan que todos los colores se mueven, haciendo saltar en trizas los nervios de las víctimas, clavando en ellos los alfileres de la inquietud y asomando la fiebre de la locura en las celdas de los colores».

Respiré hondo. No era la única en dudar que con las burdas copias que Laurencic había hecho —inspiradas en artistas de la Bauhaus— se pudiera alterar las facultades mentales de alguien hasta incluso hacerlo enloquecer. Porque entonces sería preciso recomendar que no se mirase la obra de aquellos expuestas en lugares tan significativos como el Centro Pompidou de París o el MOMA de Nueva York. Nada de admirar a Kandinski, Klee, Mondrian y, sobre todo, Malévich. La cuestión es qué pretendió Laurencic introduciendo aquellos dibujos en las celdas. Indudablemente no quería alegrar a los presos. Y, si lo utilizó para un fin tan perverso, debía de apreciar poco el arte contemporáneo.

PESQUISAS SOBRE UN PERIODO IGNORADO: JULIO LAURENCIC

Aún faltaban tres días para visitar al hermano Morató. Tiempo suficiente para hacer alguna llamada, seguir rastreando... La primera, al Archivo de la Memoria Histórica de Salamanca.

—Tendrás que tener paciencia —me advirtió Sergio Campos, a quien desde entonces debo una invitación a caviar—. Pero tú llama y pide todo lo que necesitas.

—¿Incluida una fotografía?

—Por supuesto —repuso muy seguro, como si esa foto que yo ya había buscado por todas partes la repartiesen como rosquillas.

¿Y por qué nadie la ha publicado?, me volví a preguntar. ¿Sería una foto comprometedoras tras una buena paliza? Dos minutos después ya estaba hablando con la secretaria del archivo, que me explicó el protocolo que debía seguir para poder cursar la petición. Fuera, el ruido era espantoso. Las sillas, un jarrón, el tendedero, una mesa y unas cuantas cosas más volaban por la terraza, me avisó mi marido. La tramontana del Ampurdán, cuando se pone farruca, es capaz de tumbarlo todo. Pero no salí a ver el desaguisado hasta haber enviado el e-mail de solicitud. Para entonces Antonio, bastante cabreado, había puesto a buen recaudo el mobiliario; romperse, solo se había roto un jarrón que justamente había puesto fuera con la esperanza de que algo lo mandara a tomar viento (nunca mejor dicho). Vi que la tramontana seguía veloz su camino zarandeando los altos cipreses y limpiando el cielo; a lo lejos, cirros de un deslumbrante rosa pálido anunciaban el final de la tarde. Volví a entrar para escribir al Tribunal Militar de Barcelona —al que solicité

una cita—, al Tribunal Militar de Guadalajara, al de Ávila, al Archivo General del Ministerio del Interior de Madrid, así como al Archivo Central del Tribunal Superior de Justicia. Tal vez tengan algo de Alfonso que también me lleve a Eugenio, me decía a mí misma, alentándome sin mucha convicción. Luego cursé una solicitud al Instituto Químico de Sarriá para saber si Eugenio había estudiado allí; y la misma petición la recibió la Universidad de Barcelona. ¿O ambos hermanos decían ser lo que no eran? Alfonso, arquitecto; Eugenio, químico.

No tardé en obtener respuesta de los Tribunales Militares, de los archivos y de las universidades. Aunque quedaba pendiente mi visita al Tribunal de Barcelona, el resto me contestó que no tenía nada de los Laurencic, y las facultades tampoco habían dado con ningún expediente ni matrícula a nombre de Eugenio Laurencic. Estos tíos eran la pera, pensé.

Otros cabos sueltos eran la velada pugilística que *La Biblioteca Fantasma* mencionaba en su blog; Eugenio, director de un cursillo de alta montaña; así como la devolución del coche Fiat «Balilla», a nombre de M. L. Laurencic-Kohn.

En pocos segundos di con la reseña del combate en *La Vanguardia* del 19 de agosto de 1920: «Velada pugilista: Con un sugestivo programa, mañana jueves, dará la Sección Deportiva del AEP [Ateneo Enciclopédico Popular] su tercera velada pugilista en el Iris Park». En el orden de los combates, Alfonso Laurencic aparece el tercero, como independiente, nada menos que contra «Blind» del AEP, en una pelea de semifondo a ocho asaltos. El apelativo *independiente* le iba a Laurencic como anillo al dedo en todo en cuanto se embarcó. Pero no dejó de tener audacia al enfrentarse a Blind, apodo del boxeador Emilio Gil, quien un año más tarde consiguió el título de campeón de España del peso ligero. Laurencic llegó al segundo *round*, y hasta consiguió encajarle a su adversario un fuerte mamporro. Golpe al que Blind respondió con una tanda de fuertes golpes que dejaron a Laurencic seriamente tocado, si bien las reseñas coinciden que con gran entereza. Y que era fuerte. En el siguiente asalto, el juez decidió detener el combate y nombrar a Blind vencedor. Reseña de *La Vanguardia* del 21 de agosto de 1920:

Laurencic demostró ser un muchacho valiente y pundonoroso, pues a no parar el árbitro el combate, Blind le hubiese «nocautado», pero al segundo *round* después de haber colocado un bonito y fuerte *crochet* izquierdo a la cara de Blind, éste le alcanzó a su vez

con varios golpes que lo dejaron desamparado y que en otro boxeador menos fuerte que Laurencic hubiesen sido decisivos.

Como que si el árbitro no hubiese parado el combate Laurencic hubiese caído k.o., ya que en pie casi lo estaba.

Encontré otra reseña parecida en *El Correo Catalán*. Y también busqué otro combate; en vano. Sin embargo, era indiscutible que Alfonso se entrenaba en algún gimnasio, aunque me extrañó que un exalumno del colegio de La Bonanova boxeara y, aún más, que se subiera a un *ring* profesional. ¿O acaso unos y otros no se habían hartado de definirlo como refinado cosmopolita?

Respecto a su hermano Eugenio como monitor de alta montaña, también encontré dos reseñas sin dificultad. Aunque, sin duda, no es lo mismo boxear que dar clases de esquí. Lo que indicaba una notable diferencia de talante en los hermanos Laurencic. Extracto de la reseña de *El Mundo Deportivo*, 6 de diciembre de 1933:

Club Alpí Nuria. Ese club pone en conocimiento de sus socios que los profesores titulares de Austria, Sres. Eugenio A. Laurencic y Kurt Wallenfels, este último examinado por el profesor Hannes Schneider de la escuela de Alsberg, han empezado sus clases en el Valle de Nuria...

En marzo de 1934, anunciando el nuevo curso, aparecieron dos notas semejantes en *La Vanguardia* y *El Mundo Deportivo*. En cuanto al decomiso del coche de M. L. Laurencic, también fue fácil dar con la reseña el 9 de agosto de 1936. Lo que resulta llamativo es que el matrimonio dispusiera de un Fiat Balilla. El fabricante lo había lanzado para hacer del coche un producto más accesible, pero pese a ello, continuaba siendo un lujo. De hecho, en 1935 el número de vehículos matriculados en toda España ascendía a 26.089, y eso que cinco años atrás la población censada ya era de casi 24 millones de personas. Sin duda, tener uno propio era un signo de opulencia del que el matrimonio Laurencic tuvo que desprenderse a la fuerza con el estallido de la guerra.

En las primeras páginas del libro *Homenaje a Cataluña*, Orwell explica al respecto cómo encontró Barcelona en diciembre de 1936: «No quedaban automóviles privados, pues habían sido requisados, y los tranvías y taxis, además de buena parte del transporte restante, ostentaban los colores rojo y negro...». Cuando Orwell regresó a Barcelona en abril de 1937 para disfrutar

de su primer permiso tras tres meses en el frente de Aragón, algunas cosas habían cambiado mucho. Pero no la posesión de un vehículo propio.

El cambio en la apariencia de la gente era sorprendente. El uniforme de la milicia y los monos azules casi habían desaparecido; todo el mundo llevaba los elegantes trajes de verano que son la especialidad de los sastres españoles. Por todas partes había hombres gordos y prósperos, mujeres elegantes y coches llamativos. (Por lo visto no había coches particulares, pero cualquiera que fuese «importante» parecía tener uno a su disposición.)

Este segundo párrafo indica que Laurencic, en 1937, no era un importante agente del SIM, ni de ninguna parte. Pero en la búsqueda de reseñas, di con una tan inesperada como sorprendente. El domingo 26 de junio de 1921, en *La Vanguardia* —bajo un título ilegible— aparecía el siguiente anuncio:

19 años, encargado de secretaría y dirección de correspondencia hispano-francés-alemán, en redacción de Empresa Editorial, por cesación y traspaso de dicha Empresa, desea colocación. Ídem a la anterior, en despacho «importante, activo e inteligente». Dará serios informes. Dirigirse a J. Laurencic. Imprenta Tasso. Arco del Teatro 21 y 23.

En 1921 (año en que Alfonso dijo haber terminado sus estudios en La Bonanova), tenía diecinueve años y, sin ninguna duda, hablaba correctamente español, francés y alemán. Sí, era él. Aunque no menos significativo era que el anuncio remitiera para informes del demandante a su padre, y desde la Imprenta Tasso, la más prestigiosa imprenta-editorial de la época en Barcelona. Se imponía indagar sobre su padre sin demora.

Escribí «Julio Laurencic» en el navegador, y volvieron a aparecer diversos *links* que me llevaban a Alfonso. Cambié «Julio» por «Jules», y se abrió el pasado de Alfonso porque apareció todo un personaje: su progenitor. Mejor dicho, una publicación: la *Revue Internationale*, que ahora se vendía en librerías anticuarias; revistas de gran formato, con un diseño claramente *art nouveau*. La *Revue Internationale*, dirigida por Jules Laurencic, publicó ejemplares tales como: *Toute l'Italie*; *Connais-tu ce pays? Album Balnéaire*; *Riviera Souvenir*; *Les plages de l'Océan*; *Une excursion à travers la France...* Todas ellas editadas en París o Zúrich entre 1901 y 1905 con gran éxito de crítica. Y su buen hacer traspasó fronteras, de forma que en 1905 publicó un ejemplar especial: *Souvenir de Liège*, impreso en Lieja. Así como *Gand*, *La Ville des Fleurs et l'Exposition Universelle 1913*, catálogo que en

enero de 1912 le encargó el director general de la Exposición Universal de Gante mediante una carta repleta de encendidos elogios hacia la *Revue Internationale*, «el único periódico de lujo». La epístola nos permite saber, asimismo, que Julio, entre otros, publicó los catálogos de las exposiciones universales de San Luis, Misuri (1904), Milán (1906), Nancy (1909), Bruselas (1910) y Turín (1911).

El puzle, al fin, empezaba a encajar. Pero si me cabía alguna duda, esta se acabó cuando di con una serie de revistas de idéntico formato —fotografías, textos, lugares...— bajo el título genérico de *Las Maravillas de España*. Revista internacional publicada en tres lenguas, español, francés e inglés, entre 1915 y 1917, y editadas en Barcelona por «Vda. de Luis Tasso»; de la venta y distribución, se encargaba en exclusiva, tanto España como el extranjero, la no menos prestigiosa Librería Editorial Bailly-Baillièere de Madrid. En todas las publicaciones Jules Laurencic no solo figuraba como director, sino también como propietario.

La primera revista que hallé fue San Sebastián y Guipúzcoa. Luego, otra más: La Suiza Española. Galicia y Asturias. Y Madrid y Castilla la Nueva... Cuando di con Barcelona, la gran metrópoli del Mediterráneo y las provincias catalanas, ahí, me dije a mí misma: «¡Te tengo!». La correlación en el tiempo: Francia antes de la guerra; iniciada esta, España y la primera publicación dedicada a San Sebastián, no eran pruebas infundadas. Por tanto, uno de los deberes pendientes era buscar y estudiar algún ejemplar. O algún álbum recopilatorio. Como fuera, Julio Laurencic, tal vez recurriendo a la Cámara de Comercio francesa, a alguna ayuda destinada a los exiliados, aunque también es factible que pudiera traer dinero en efectivo al año de su llegada a España, publicaba una revista que ahora es patrimonio de coleccionistas y que también la prensa de la época destacó con elogiosas reseñas: *La Vanguardia*, *El Mundo Deportivo*, *El Defensor de Granada*... Cabe destacar la del diario *ABC* de Madrid del 1 de noviembre de 1917; tras un encendido elogio a la revista, leemos:

El Sr. Laurencic ha ofrecido una colección de *Las Maravillas de España* a su Majestad el Rey.

Es admirable que en esta época tan difícil, en que las primeras materias, particularmente el papel, han alcanzado precios considerables, realiza una gran publicación gráfica de España como no existe otra y de sumo interés.

La obra, compuesta de nueve tomos distintos, costó 200.000 pesetas y tres años de una labor ardua y pertinaz; se merece, pues, el concurso de la Prensa y de todo buen español.

Etcétera, etcétera.

Aunque pude encontrar por internet portadas y alguna página, era prematuro hacer un juicio sobre la revista hasta no tener un ejemplar en mis manos. Si bien alguna conjetura, sí, más allá de constatar la evidente pericia de Julio Laurencic al rodearse de las mejores firmas de cada ciudad para reportajes que ilustraba con fotografías muy vistosas. Dato relevante es que —cuando menos en el ejemplar de La Coruña—, recibió una subvención de 10.000 pesetas, lo que representaba el cinco por ciento del coste total, dato aportado por el diario *ABC*. Sin duda, fue un superviviente nato, muy hábil, y un trabajador infatigable.

Localicé y reservé un ejemplar en el Archivo Histórico de Barcelona, y sendos volúmenes recopilatorios en la Biblioteca de Cataluña y en la Biblioteca del Museo Nacional de Cataluña. Pero antes de ir a Barcelona, todavía disponía de día y medio para seguir rastreando a Julio, personaje clave en la historia de Alfonso. Si Julio fue Jules en Francia... ¿Cuántos más Julios habría? Por lo que me puse a hurgar en bibliotecas nacionales e internacionales, así como en libros de anticuario alemanes, austríacos, ingleses... con el nombre escrito como correspondiera a cada país. Pues no era difícil concluir que, fuera de donde fuera, Julio adaptaba su nombre al país en el que estaba. Busqué, por tanto, por Julius. Y en la biblioteca de la Universidad de Dresde, encontré un libro extraordinario: *Universal-Bibliothek für Musik-litteratur* —biblioteca fundada por Julius Laurencic, que en aquel momento tenía veinticinco años—. El ejemplar, impreso en Zúrich, estaba dedicado a los ciento cincuenta años de historia de la Gewandhaus, la más importante sala de conciertos de Leipzig. También di con otra espléndida revista: *Österreich in Wort und Bild*, una colección de magníficas reproducciones fotográficas de las ciudades más destacadas de Austria, impresa en Viena en 1898. Del mismo año y ciudad: *Unsere Monarchie*, las tierras de la corona de Austria con motivo del cincuenta aniversario de gobierno de su majestad Francisco José I. Y una anterior: *Az ezeréves Magyarország* (esta vez en húngaro) «El Milenio de Hungría y la Exposición Nacional». Impreso en Budapest, 1896. (Sobre esta revista

encontré una excelente reseña en la desaparecida revista literaria británica *The Athenaeum*, en el número de julio-diciembre de 1897). Otro volumen singular es *Szabadságharczunk emléke (1848-1898), nemzeti diszmü*. Editado en Budapest en 1898. Más otro álbum: *Mähren und Schlesien in Wort und Bild* (separata de la obra *Unsere Monarchie*). Editado en Brünn (actual Brno) en 1900. De todo, el director era Julio («Gyula») Laurencic.

El contenido de todas las revistas, de nuevo, era muy parecido al de todas las que había encontrado hasta ese momento, fueran las de Francia, Italia o España. Pero también localicé un libro particular: *The Pomp and Politics of Patriotism: Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*, del historiador Daniel Unowsky. En la página 135, el autor menciona una publicación de 1898 —*Kaiser, Jubilee, Poetry Book*— que recogió poemas, relatos cortos y canciones en honor de los cincuenta años de reinado del emperador Francisco José I. Entre los entusiastas profesionales colaboradores de este volumen aparece Julius Laurencic. ¿En qué país del Imperio austrohúngaro nació?, me pregunté otra vez. El apellido indicaba origen esloveno. Todo ello corroboraría la versión de Alfonso cuando —al ser apresado— alegó ser austrohúngaro y también yugoslavo, ya que, al dividirse el Imperio austrohúngaro, Laurencic pasó a ser súbdito yugoslavo. Causa por la que el entonces cónsul de la hoy extinta Yugoslavia asistió al juicio.

Aquella tarde me sentí fascinada y absorta. Sin darme cuenta, el día se desvanecía y yo continuaba hurgando, ya que aquella búsqueda, finalmente, no solo me había llevado al origen del padre sino que me aportaba mucha más información. Tal como la impresionante capacidad de trabajo de Julio Laurencic. Y también, tal vez, que su ambición le venía de familia.

Con fecha 14 de junio de 1883, en el *Diario Oficial de la República Francesa*, en la sección internacional de Leyes y Decretos, en las noticias de Austria-Hungría, hallé una nota de prensa de la Agencia Havas desde Laibach (actualmente Liubliana): «Las elecciones para la asamblea que acaban de desarrollarse en los campos han dado una victoria completa al partido nacional eslavo. De dieciséis candidatos del comité central, han sido elegidos catorce». La mayoría eran doctores en diversas disciplinas. J. Laurencic aparece sin ningún oficio ni licenciatura. (No dejaba de ser una constante en todos los Laurencic la carencia de titulación.) No por ello Julio Laurencic dejó de prosperar hasta el final de sus días con una sólida carrera como editor. Si bien la mencionada reseña supongo que se refiere a su padre, abuelo de

Alfonso, ya que en 1883 Julio tenía quince años. Lo que sí indicaba, ya sin ninguna duda, es que los Laurencic eran eslovenos de nacimiento, y húngaros por nacionalidad.

En un país controlado por la nobleza y los terratenientes magiares, los Laurencic, como eslavos, debieron de sufrir en Hungría discriminación política y cultural derivada del acuerdo austrohúngaro de 1867. Y si bien en la década de 1890 los partidos políticos eslovenos llegaron a consolidarse, sin dejar de ser fieles a Austria, los eslavos nacionalistas no solo eran contrarios a los Habsburgo, sino que aspiraban a tener un estado propio en el sur de los Balcanes, una zona que se disputaban Rusia y el Imperio austrohúngaro. Lo que revela que Julio Laurencic —pese a la implicación de su padre en el partido nacionalista esloveno— no tenía un credo político-étnico, ya que participó activamente en el enaltecimiento del emperador de la casa Habsburgo.

Julio, sin duda, tenía ambición. Y ambicionaba el mundo. De ahí presumo —a la vista de los hechos— que, entre 1896 y 1900, alternara su actividad periodístico-publicitaria entre la pujante Alemania —primera potencia económica en Europa, solo detrás de Estados Unidos a nivel internacional— y Hungría, que, superada la crisis que se desencadenó en 1873, pasaba por unos años prósperos: desde 1884 brillaba la Ópera Nacional de Hungría; deslumbraba el Parlamento, el más hermoso y emblemático edificio de Budapest —inaugurado con motivo del milenio de la fundación de Hungría—. Se erigía el Museo de Bellas Artes; se consolidaba la innovadora Universidad de Eötvös Loránd. También en 1896, el emperador Francisco José inauguraba la primera línea de metro de Budapest, la segunda de Europa tras la de Londres... Prosperidad que Julio Laurencic, dotado de una gran mano para las relaciones públicas, supo rentabilizar desplegando una gran actividad como editor.

Curioso, inquieto, precursor, viajero, no cuesta suponer que, una vez dejó Hungría, la vida de Julio Laurencic fue muy nómada. Aquellos no eran tiempos en los que se pudiera publicar tanto y en tan distintas ciudades y países sin pasar largas temporadas en ellas. Hasta final del XIX imprimió la *Revue Internationale*, indistintamente, en Hungría, Suiza, la República Checa y Alemania. Fue allí, en Dresde, donde conoció a Melitta, con la que se instaló en lo que era entonces la capital del mundo: París, sin duda atraído por la Exposición Universal de 1900 y por la propia ciudad. Finalizada la depresión

de 1873, París simbolizaba el progreso, la segunda revolución industrial, el arte más avanzado. El inicio de las vanguardias que convivían con la grácil belleza del *art nouveau* que se consolidó en todas las vertientes bajo la influencia de su gran referente: el arquitecto, diseñador, decorador e ilustrador checo Alfons Mucha. Julio adoptaría para sus publicaciones el grafismo *nouveau* (si bien era capaz de hacer unas revistas que todos elogiaban, pero en las que invertía lo mínimo en florituras). Como fuera, lo que ya resultaba una realidad indiscutiblees que entre 1900 y 1914 vivió en Francia, donde, una vez más, Julio empezó de nuevo y con gran éxito. Una etapa que forzosamente concluyó con el estallido de la Primera Guerra Mundial. La pieza del rompecabezas, la incógnita que parecía ser el pasado de Alfonso, había encajado. Era hora de volver a Barcelona.

Cuando llegué con Antonio a la estación de Figueras, el tiempo era apacible. La tramontana había propiciado un amanecer con el cielo claro y sereno. «Solo serán dos días, y puede que vuelva con las manos vacías; entonces me quedaré siempre en casa», le dije a mi marido en el andén. Nos despedimos con un «te conozco, no solo lo encontrarás sino que eres incapaz de hacer lo que me estás diciendo; eso de que ya no te moverás de casa, quiero decir», admitió risueño sin ánimo de reprocharme nada.

Me gustan los trayectos en tren. Procuran un rato óptimo para leer, revisar notas o simplemente estar con tus propios pensamientos. Por eso tiendo a buscar un asiento sin vecinos. Sin embargo, los domingos por la tarde suele haber un montón de ejecutivos y también estudiantes que van a Barcelona tras la pausa del fin de semana. Me pareció que una joven que tomaba notas en su ordenador sería una silenciosa y, por tanto, buena compañía. Pero, al poco, me hizo una pregunta relativa a la conexión con el aeropuerto y, cuando me di cuenta, ambas estábamos enfrascadas en una apasionante conversación gastronómica. La joven, de Puerto Rico, estaba haciendo un periodo de prácticas en un afamado restaurante de la Costa Brava con dos estrellas Michelin. Era una muchacha melosa, llena de encanto, que fue describiendo cómo utilizaban en su país las especias y plantas más frecuentes: el achiote, el ajonjolí, la alcaravea, el anís estrellado, el cilantro... El camino a Barcelona se me hizo corto, inmersa en el aroma de diez fogones exquisitos. Aún seguían aquellos multiplicándose cuando de pronto entramos en un túnel.

—¡Pero fíjate que llegamos! —anunció aquella alquimista—. Me bajo, o perderé el avión. Gusto en haberte conocido. A ver si coincidimos otro día, me encantó conversar contigo —se despidió apresurada.

Mi gran aportación culinaria había sido decirle que el boniato le da un toque delicioso a las legumbres guisadas sin ninguna proteína animal. Nada menos apropiado para un restaurante elegante, pero la joven me aseguró que lo probaría. Aquel rato entre aquellos fogones mágicos fue como un soplo de aire fresco que entró en el vagón para transportarme a los placeres de la vida. En el andén entreví a mi compañera de viaje corriendo hacia la salida mientras sorteaba el gentío. Yo la seguí no tanto apresurada, pero sí impaciente. Y me adentré en la ciudad.

En la plaza del Duque de Medinaceli me esperaba el acta de defunción de Julio, y la de mi tío Roberto. Me gustó cruzar La Rambla que el sol doraba, divisar el puerto, oler a mar (me encanta el aroma de las ciudades portuarias); recordar cuando a los dieciséis años descubrí aquel paisaje bullicioso y sus gentes, su algarabía... Un escenario tan distinto del de la avenida Diagonal, burgués, inalterable, monótono. Siempre que me he perdido por la ciudad, lo he hecho por La Rambla.

Según el acta, Julio Laurencic murió en Barcelona el 4 de marzo de 1923, en su domicilio: paseo San Juan número 5. Natural de una población ilegible, en Hungría; hijo de José y de una madre de nombre también indescifrable. En el momento de su defunción, tenía cincuenta y cinco años; estaba casado con Melitta Jahn, de cuarenta y seis años —dice; aunque en realidad eran cuarenta y siete—, natural de Dresde. «Con quien tuvo dos hijos, Alfonso y Eugenio». Causa de la muerte: hematuria (seguramente, síntoma de un cáncer). Fue enterrado en el cementerio Sudoeste de Barcelona (Montjuïc). Una vez más, encontré errores de transcripción: en lugar de Laurencic, escribieron Laurencio (como ya había sucedido con algunos documentos de su hijo Alfonso). Y si en el registro de defunciones, como segundo apellido, leemos Joka, en el acta consta Jolka. Escrito de una u otra manera, sin duda se trataba del padre de Alfonso.

En cuanto al acta del tío Roberto (registro n.º 2102), la causa de defunción inscrita era colitis ulcerosa. ¡Uf!, pensé aliviada. Aunque no tardé en alterarme de nuevo ya que, en este documento, como lugar de la muerte solo figuraba Consejo de Ciento y ni rastro del domicilio de mis abuelos. Todavía en Figueras, había verificado que en el número 333 ahora hay un edificio de

oficinas, muy anodino y relativamente nuevo. Sin embargo, juzgué cerrado el caso «Roberto». Si bien —tras mirar en algunos sitios web qué era la colitis ulcerosa— aún me rondaba la sombra de una duda.

Al salir del registro, tomé la calle Ample, y, nada más girar por la mágica calle Regomir, sonó mi móvil. Era Manuel, interesado en saber en qué diablos estaba metida su hermana.

—¿Por dónde andas husmeando?

—Por Barcelona. Esta mañana he estado en el Registro Civil. Luego te mandaré el acta del tío Roberto —respondí lacónica.

—¿Algo nuevo?

—No gran cosa: como causa de la muerte pone colitis ulcerosa.

—Claro, ¿qué podía ser si no? Michèle no debió de entender la historia.

—¿Y por qué no se murió en su casa, si tan enfermo estaba? ¿Qué hacía rondando por ahí? Porque en el acta ya ni aparece el domicilio de los abuelos. Solo consta la calle Consejo de Ciento. Además, he mirado qué tipo de enfermedad es la colitis ulcerosa, y no solo nunca fue infecciosa, sino que, tratada y operada, tampoco resultaba mortal.

—Bueno, eran otros tiempos. En plena guerra...

—El caso es que se murió en una acera.

—O en casa de alguien.

—Da igual, Manuel. Ya he abandonado esta búsqueda.

—De acuerdo. Espero el documento.

Caminaba como una bala, con ganas de llegar a la Casa del Arcediano, detrás de la catedral, sede del Archivo Histórico de Barcelona. Ahí me esperaba un ejemplar de *Las Maravillas de España*. ¡Al fin un ejemplar en mis manos! Se trataba de una revista de gran formato que «aparece en París, Londres, Buenos Aires y Madrid». Le faltaba la cubierta y bastantes páginas. Curiosamente, en ninguna de ellas ponía la fecha; ni tampoco estaban numeradas. Dado que en la reseña de *La Vanguardia* del 30 de abril de 1917 decía que entonces ya había publicado dos números sobre Barcelona, y que preparaba otro más, deduje que podía tratarse del primero, por la editorial y por un artículo sobre la futura Exposición de la Electricidad de 1917 del ingeniero y militar —colaborador entonces del diario *La Vanguardia*—, Marià Rubió i Bellver, prohombre de la ciudad. La exposición se pospuso a causa de la Primera Guerra Mundial, pero la perspectiva de este evento debió de ser muy alentadora para el emprendedor Julio Laurencic, que mientras

vivió en Francia encontró en las exposiciones un enorme filón. Pese a que el ejemplar estaba incompleto, vi claramente que se trataba de una revista muy publicitaria, aunque vestida con suficiente contenido cultural-turístico como para ser considerada una gran revista en honor y gloria de Barcelona. Conjeturé que Julio debió de ser un publicista nato. No hizo falta que elucubrara más al respecto, ya que no tardé en dar con el editorial de ese número, en el que él mismo se define como tal.

Amis estimados lectores en España y el Extranjero

¡Barcelona!... Al oír el nombre de esta ciudad, hace unos diez años, me figuraba una gran capital española, como muchas otras, y al leer en todos los periódicos y tan a menudo relatos de graves sublevaciones, en las cuales intervenían, en no pocos casos, bombas, navajas o armas de fuego, no tenía ni siquiera la curiosidad de visitarla...

¿Por qué emprender un viaje tan largo cuando se tiene de antemano la firme convicción de que el fin no lo merece, y que ha de procurarnos toda clase de impresiones tristes y desagradables? ¿Por qué?

Y, con menos pesimismo, ¿qué había de ofrecerme Barcelona que pueda superar o igualar a París, «la Ville Lumière»; a Londres, la gran capital de más intensa vida; a Bruselas, el estuche de tantas preciosidades; a Roma, el paraíso maravilloso; a Viena y Budapest, los más grandes centros de la música, de la danza, y de la alegría; a Dresde y Múnich, las maestras de las Bellas Artes, tan suntuosamente elegantes, y a tantas otras más que tuve ocasión de visitar durante los veinticinco años de vida de publicista?

En comparación de todo eso, ¿qué había de proporcionarme una estancia en Barcelona, pues?

Y ¡ahí está que la guerra cruel ocurrió para trastornar el mundo!

La casualidad lo quiso así, tuve que dirigir mis pasos hacia esta ciudad desconocida, de la que tan funesta propaganda hubo de hacer siempre la prensa europea.

Pero... ¡qué cosa más extraña!, ¡qué milagro extraordinario! Me hallo en una gran capital, magnífica, soberbia, de vida urbana activa y cosmopolita.

¡Qué industria más intensa!, ¡qué comercio más brillante! Tiene algo de Manchester esta ciudad, algo de París, y de Viena también... y mucho del Paraíso en sus alrededores...

Son sus avenidas rectas y espaciosas, sus plazas y jardines se ven llenos de frondosos arbolados de palmeras, igual que en Niza y Monte-Carlo...

También me sorprendió grandemente el clima incomparable de Barcelona, más sano y clemente aún que el de la renombrada «Cote d'Azur», y, a pesar del sol implacable del estío, la temperatura es siempre agradable y hasta muy fresca de noche, gracias a la brisa del mar y al viento fresco de los montes.

El invierno es agradabilísimo, apenas si se deja sentir. Durante seis meses tuve la curiosidad de contar los días lluviosos: apenas si alcanzan unos doce.

¡Siempre el sol, el sol eterno de «La Riviera» en un cielo sereno y sonriente como el de Italia!

¿Y los alrededores de Barcelona? ¡Cuán pintorescos los encontré con sus montañas y sus bosques! Son innumerables las excursiones que se pueden hacer.

En resumen, Barcelona no es únicamente una capital que proporciona al visitante estancia agradable; es una ciudad en la cual se tiene gusto de residir, y a la que jamás se quiere abandonar.

Al propio tiempo tengo que señalar el carácter hospitalario y amable de sus habitantes, pues gracias al precioso concurso de las personalidades cuyo detalle figura en la siguiente página, así como a las suscripciones de los primeros comerciantes e industriales de la región, me fue posible realizar semejante obra de propaganda a favor de Barcelona, ¡la gran Metrópoli del Mediterráneo!...

Jules Laurencic

Directeur-Propriétaire de la *Revue Internationale & Las Maravillas de España*

El ejemplar dedicado a Barcelona tenía por colaboradores a directores de diarios, altos cargos de diversas entidades públicas, historiadores, algunos prestigiosos periodistas... con artículos que recorrían todos los encantos de la ciudad, desde monumentos hasta palacios, pasando por jardines, avenidas o el puerto, así como sus teatros y conciertos, numerosas fotos de distintos parajes o edificios y mucha, mucha, muchísima publicidad de los mejores hoteles, restaurantes, casas de moda, firmas de cosméticos, muebles, curtidos, grandes almacenes, peleterías... Julio consiguió captar para su revista —como sin duda también sucedió en Alemania, Francia, Italia y demás destinos— lo mejor de la ciudad, de forma que figurar allí era un honor para colaboradores y anunciantes. Asimismo, encontré un anuncio a página completa de dos colegios de La Salle: La Bonanova en la parte superior, y del Condal —de la misma Orden— en el faldón. Hice una fotografía para el hermano Morató (pensé que no solo le interesaría, sino que tal vez nos podría ser útil), y salí muy estimulada; mi visita al Archivo había resultado enormemente valiosa y reveladora. Pero aún me quedaba un sitio por inspeccionar: la Librería Anticuaria Farré, en el 24 de la calle Canuda.

Estas librerías son un paraíso. Lo tocaría todo. Pero faltaban quince minutos para la hora de cierre y solo había una joven atendiendo. Le pedí algún ejemplar de *Las Maravillas de España*, y me trajo dos: uno de Barcelona y

otro de San Sebastián; este último, la librería lo había datado en 1915. Ambas revistas estaban en muy buen estado. La de San Sebastián tenía el mismo contenido que la que acababa de ver sobre Barcelona en la Casa del Arcediano. La publicidad también era enorme. Entre otros reportajes, destacaba el dedicado con varias páginas a la Casa Real, Alfonso XIII y su familia en San Sebastián. El ejemplar de Barcelona también estaba completo, aunque en este no conseguí desentrañar el año de su publicación. Sin embargo, encontré algo: una fotografía de Julio Laurencic con el gerente de Tasso, Alfonso Vilardell Portuondo, y otros miembros de la editorial rodeándolos. Por la descripción que Chacón hace de Alfonso Laurencic a su entrada en el juicio, deduje que este debió de ser parecido a su padre. Grande, rubio, con barba. El padre que vi en la foto ostentaba asimismo mostachos, entonces todavía a la moda. La barba de Alfonso en el juicio era propia de un fugitivo, o un preso (era ambas cosas). La de Julio —de aspecto imponente—, la de un centroeuropeo vigoroso, seguro de sí mismo, mundano y ataviado con esmero (era el único del grupo que llevaba pajarita en la camisa y polainas sobre los zapatos). Pero en aquellos escasos minutos di con algo más. Muy destacada se leía la siguiente noticia: Su Majestad el Rey nombraba a Julio Laurencic «Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica. Madrid 25 de abril de 1918».

Con el rabillo del ojo, entreví a la dependienta esperándome en la puerta, impaciente. Más lo estaba yo, así que no dudé en pedirle que me dejara hacer un par de fotos, a lo que accedió a regañadientes. Hice seis a toda pastilla, no fuera a ser que la diligente empleada que ya estaba más que mosca cambiase de opinión, y salí a la carrera. Tenía hambre, pero estaba demasiado nerviosa para entretenerme en buscar un lugar agradable. Notaba los latidos de mi corazón resonando a todo volumen por mi cuerpo.

A pocos metros, en la misma calle Canuda, di con un chiringo en el que venden cucuruchos de pasta italiana. Con salsa a escoger, por cinco euros y tenedor de plástico, te la puedes comer subido a un taburete. Me sentía desconcertada. Ignoro si Francisco José I también recompensó de alguna forma la devoción de Julio Laurencic —exiliado casi toda su vida—, pero ahora sabía que España lo había hecho a los cuatro años de su llegada honrándole con un premio muy codiciado. Fundada por el rey Fernando VII el 14 de marzo de 1815, la Real y Americana Orden de Isabel la Católica —todavía vigente con un reglamento adecuado a la actual coyuntura histórica—,

tenía como primera finalidad «premiar la lealtad acrisolada a España y los méritos de ciudadanos españoles y extranjeros en bien de la Nación y muy especialmente en aquellos servicios excepcionales prestados en favor de la prosperidad de los territorios americanos y ultramarinos». En 1918, aquel hombre no podría imaginar ni en sueños que su primogénito pasaría a la historia con deshonor, ni que moriría ajusticiado. De haber sobrevivido Julio, ¿hubiera sucedido todo de la misma manera? No lo creo. Más bien deduje que con su muerte, la familia perdió el fuerte pilar que la sostenía, y cayó en el desorden y en una vida precaria que Alfonso nunca logró superar. Todo lo que había leído sobre él ese día empezó a cobrar sentido, pero necesitaba procesarlo, así como releer libros y documentos.

Mientras engullía los últimos *fusilli* al pesto, de nuevo sonó mi móvil. Esta vez era mi hermana Mita, interesada también en el acta de defunción de nuestro tío Roberto.

—¿Y no sabemos qué había en la calle Consejo de Ciento? ¿No pone el piso o algo más? —me preguntó escamada.

—No hay nada. Así que solo podemos suponer que quizá le pegaron un tiro en la calle y luego quien fuera lo llevó a su casa.

—Pues podría ser... En plena guerra...

—En plena guerra puede pasar de todo, pero si realmente fue así, la pregunta es por qué. Por qué mataron a un adolescente que no creo que estuviera adherido a ningún bando. No se puede comparar con nuestro padre, que tenía catorce años más.

No estábamos muy convencidas, pero a falta de más respuestas y al ver que estábamos fabulando como dos lunáticas, zanjamos la conversación. En suma, era hora de abandonar la muerte del tío Roberto.

—Se acabó, Mita. Murió por una colitis ulcerosa —le dije tal como había hecho con nuestro hermano, poco dado a elucubrar.

Me costaba, me costaba mucho cerrar «el caso Roberto». Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Con los muertos no se puede hablar. Si no, me habría acercado al cementerio de Montjuïc para tener una bonita charla con mi extintos ancestros. Uno por uno; hasta que hartos me contasen cómo enfermó mi tío, o lo que realmente pasó. «A ti, Roberto, te hubiera dejado tranquilo. Bastante tuviste con encontrar la muerte cuando apenas empezabas a vivir.» Pero al resto...

Gwendoline Field me esperaba en su casa, sabedora de que, tanto si había

tenido una jornada provechosa como si no, llegaría como una moto y derrengada. Le debo mucho a su paciencia conmigo durante los meses de investigación. Gwen es una inglesa maravillosa por su original carácter, por su extrema amabilidad y por lo graciosa que es, ya que —pese a que adora vivir en Barcelona— sigue siendo una genuina inglesa. De forma que, entre otras originalidades, cuando habla de la compañía Movistar, dice «Muvistar», porque así se dice en Inglaterra, argumenta tan ancha. Dormí de un tirón aquella noche. A pesar de todo (al escollo del asunto Roberto), mis hallazgos habían resultado apasionantes.

ÚLTIMA BATIDA

Me levanté llena de energía y con muchas ganas de proseguir mis pasos tras Alfonso, segura de que mi siguiente visita también sería productiva. Con un tiempo espléndido, el hermano Joaquim Morató aguardaba mi llegada con una sonrisa en el pórtico de la entrada principal del colegio La Salle Bonanova, donde él es una institución. Hombre de mirada clara y viva, de talante cálido y cordial, Morató fue director del colegio durante tres lustros y ahora, con más de ochenta y nueve años y en plena forma, recopila, ordena y custodia todo cuanto se refiere a la historia del centro.

—Ese hombre que buscas, por lo que he averiguado, fue un pájaro de cuidado —me dijo con humor nada más meternos en el tema.

—No se lo puedo negar —le repliqué—, pero quiero saber quién fue Alfonso Laurencic más allá de lo que se ha escrito. Puesto que los libros de registros del colegio desaparecieron con la guerra, me sería muy útil que me explicara la enseñanza que se impartía por aquellos años, en concreto desde 1916 hasta 1921. Hacerme una idea de cuál fue la formación de Alfonso.

—Bueno, tengo una buena noticia: no tengo los expedientes escolares, pero sí las Memorias de esos años; un exalumno nos las regaló. La mala noticia es que ya las he revisado y no he encontrado a ningún Laurencic. Aunque si quieres revisarlas tú misma...

—Si no le importa...

—¡Claro que no! Haces bien. Se me puede haber escapado.

—De todas formas, esos libros no me explicarán qué educación recibían los alumnos.

—La enseñanza era muy francesa: abierta, avanzada, culta, plural y completa —me contó con entusiasmo Morató—, porque los hermanos eran gente muy competente y preparada. Por aquellos años, el ochenta por ciento del profesorado había llegado de Francia, de donde todos ellos salieron expulsados por la ley del ministro de Educación y Asuntos Religiosos Émile Combes. Bueno, para ser precisos, la historia viene de más atrás, ya que el principio del éxodo de los hermanos de Francia fue como consecuencia de las leyes seculares de 1881 de Jules Ferry, ministro de Educación, y los primeros hermanos se instalaron en Barcelona en 1885. Luego llegó la ley que impulsó Combes, quien, en 1905, convirtió la ley de su predecesor Waldeck-Rousseau —de control sobre las congregaciones religiosas en la enseñanza— en una ley de exclusión. Así salieron de Francia diez mil hermanos más que se dispersaron entre el sur de Bélgica, Canadá y España. En Barcelona en concreto —con la ayuda de la Orden francesa— se construyó el primer edificio en 1889. Los padres que inscribieron a sus hijos querían que estos recibieran una instrucción exigente y adelantada a su tiempo.

—Laurencic aseguraba que era arquitecto, pero no lo creo. Y director de orquesta. Eso era cierto, pero de orquestas muy menores. ¿Se impartían clases de música y dibujo?

—¡Y tanto! Además de las clases de dibujo como asignatura de Bachillerato, se daban clases especiales de dibujo lineal y artístico. Los más capacitados podían asimismo acceder a recibir clases particulares. En cuanto a la música, siempre ha sido muy importante en nuestra enseñanza, hasta el punto de que ahora es conservatorio. Si bien, ya entonces se impartía canto y solfeo, y como instrumentos, piano y violín. Pero estas disciplinas musicales eran optativas.

—Todo encaja con el tipo de enseñanza que supongo querían sus padres, austrohúngaros instalados en París. Sobre todo la música, siempre importante en la instrucción centroeuropea. Lo que no entiendo es que estudiara hasta 1921, lo que quiere decir que estuvo en el colegio hasta los dieciocho años a punto de cumplir diecinueve...

—Pues sí, es raro —coincidió Morató pensativo—. Especialmente porque entonces las carreras se empezaban a los dieciséis años... Bueno, te dejo las Memorias. Ojalá encuentres lo que yo no he alcanzado a ver —me dijo con mirada amable—; en la sala de visitas las puedes mirar con tranquilidad.

No di con nada, pese a que con todo detenimiento revisé las que abarcaban

desde 1915 hasta 1923. Más de dos horas repasando nombre por nombre sin dar con Alfonso, ni Eugenio (aunque de este no tenía ningún documento o comentario en el que constara como alumno). En la búsqueda encontré varios de los más ilustres apellidos de la ciudad, los de la más alta burguesía, y también de la nobleza. Como el archiduque Carlos Habsburgo y de Borbón (pretendiente carlista al trono de España entre 1943 y 1953); así como su hermano Francisco José. Ambos, como todos los estudiantes, aparecen en las Memorias con la denominación previa de «señorito». Y, sin excepción, todos van con traje, camisa y corbata desde temprana edad. Además de Bachillerato o Comercio, los alumnos recibían una gran formación musical, y, como me acababa de comentar el hermano Morató, también dibujo, lo que explicaría ya de forma determinante los conocimientos de Alfonso en ambas disciplinas, pero, aunque se tratara de una explicación plausible, no había nada que lo confirmase.

Antes de despedirme de Joaquim Morató, ambos le dimos mil vueltas a su afirmación de que había estudiado en La Salle, un dato que en modo alguno le podía salvar la vida (no hablamos de un currículo lucido con el que obtener un buen trabajo). Así que su manifiesto era baldío en la circunstancia en la que se hallaba; me volví a repetir que para qué hacerlo si no era cierto. Por otra parte, estaba aquel anuncio a página completa que había encontrado en *Las Maravillas de España* de los dos colegios de La Salle.

—¿Acaso no podía tratarse de un intercambio o una deferencia del colegio, dadas las circunstancias que impidieron que Alfonso realizara sus estudios con regularidad? —le pregunté a Morató.

—No lo sé. Pero sí, sería una buena explicación, claro...

—¿Qué hacía además un joven de casi diecinueve años todavía en el colegio; un joven que quizá todavía no hablaba tan bien el español como para seguir el Bachillerato con normalidad? En cambio, bien pudo asistir a las clases de música y dibujo. Para todo centroeuropeo una enseñanza sin música era y es impensable. A menos que estuviera con los gratuitos. Estudiar ya era un privilegio, los realmente pobres no estudiaban, trabajaban. Hablamos de la España de 1910, con un cincuenta y nueve por ciento de analfabetos sobre el total de la población.

—Eso me parece imposible. Si bien La Salle, siguiendo los preceptos de su fundador, acogió en otro edificio a hijos de familias con pocos medios, esas familias no eran como la de ese joven, se trataba de pequeños comerciantes

del barrio. Y, por lo que me cuentas, el padre consiguió una buena posición. No creo que necesitara este tipo de ayuda —declaró muy seguro Morató—. Además, solo estudiaban Primaria y Comercio.

—¿Y música, dibujo?

—Tampoco.

—Pues no sé Alfonso, pero su hermano Eugenio, aunque dijo ser químico, trabajó como representante... ¿No conserva ningún libro de registro de estos alumnos?

—Toda esta documentación se perdió. Recuerda que el pabellón de los alumnos gratuitos lo quemaron, y todo quedó arrasado. Al menos, el edificio principal quedó en pie, aunque primero lo ocuparon los anarquistas, luego pasó a manos de la Generalidad y más tarde acabó siendo hospital. Aun así, documentos, pocos. Pero insisto: Laurencic no da el perfil de un alumno gratuito.

—Tampoco lo tenía para subir a un *ring* en un combate de boxeo; ¿acaso los hijos de las familias acomodadas lo hacían? —repliqué a Morató para acto seguido contarle el combate de Alfonso con Blind en 1920 (cuando, según él mismo, todavía estaba escolarizado).

—Desde luego, menudo tipo —comentó con patente sarcasmo Joaquim Morató—. Pero como no se trate del intercambio que hemos comentado, no veo otra posibilidad.

—El intercambio es muy posible. Y en algún sitio aprendió dibujo y música instrumental, aunque fueran conocimientos muy básicos.

Sin más respuestas, ambos nos quedamos unos segundos pensativos. Se acercaba la hora del almuerzo, era hora de irme. Agradecí al hermano Morató el tiempo que me había dedicado, pidiéndole asimismo que, si recordaba algo que me fuera útil, por favor, me lo hiciera saber. Y él, con un gesto afectuoso, pero también de impotencia, asintió. No he relatado el extenso rato en el que hablamos sobre la importancia de la educación; ni tampoco el tiempo que dedicamos a la música, a los grandes compositores, a esos fragmentos que nos han dejado, de belleza infinita e incalculable valor. Ni tampoco he contado nada de cuanto hablamos sobre los tiempos de guerra, ni sobre Paul Claudel. Sobre esa España que no conoce el término medio. No formaba parte del trabajo sobre Alfonso Laurencic, pero fue un grato regalo que aquel día me llevé para siempre.

Al salir del colegio, me topé con alumnos. Chicos y chicas. Risueños y

hermosos, orgullosos de ese poderoso atributo que es la juventud. El cabello brillante, revuelto con estudiada destreza; y acicalados, en apariencia, con descuido; con un estilo entre el *hippie-chic* y el *hipster*. Por supuesto, no eran «señoritos», sino «tío» y «tía». Riendo, me acordé de los anuarios con alumnos de cien años antes (los tiempos de los bisabuelos de aquellos). Repeinados, estrictamente vestidos; de la época de cuando la mujer no pisaba un colegio de chicos como no fuera madre de alumno o empleada en la cocina de la escuela. Mi generación no ha pasado una guerra, pero sí una posguerra franquista, donde predominaba el «no» entre innumerables «está prohibido». Lo que nos obligó a crecer, reinventarnos, franquear los accesos vetados. Porque el «no» suele ser un gran estímulo. Cavilé que a esos jóvenes la guerra les debe de parecer un cuento del paleolítico que no les concierne en absoluto; además, nacieron con pocas privaciones, ya que se les proporciona mucho de todo. También son más libres de cuerpo y alma. Sobre todo, de cuerpo, con una vida sexual temprana y desinhibida. La pregunta que me vino a la cabeza observándolos fue: ¿y son más felices?

En un bar cercano me esperaba el historiador César Alcalá. Tras algunos meses de conocimiento virtual, de frecuente correspondencia, por fin nos conocíamos también en persona. Algo que resultó sumamente fácil, ya que, de hecho, de alguna forma, ambos sabíamos cómo era el otro y de qué íbamos a hablar (que no era sobre las checas de las que César es erudito). Se trataba de un encuentro de dos «letraheridos» para tratar la posibilidad de un proyecto conjunto, un libro a cuatro manos, aun cuando César sabía que en aquel momento yo estaba interesada en Laurencic.

Empezaba la primavera, los días más largos y luminosos, si bien yo llevaba algunos meses sumergida en un infierno de checas y guerra. Casi tres años en los que Ares condujo a los españoles al horror y a la crueldad. Con frecuencia me costaba evadirme, mirar aquel esplendor que inundaba a raudales cualquier rincón. Oler el lilo en flor. Charlando con César, durante un rato, salí de las checas, animada con la idea de un nuevo proyecto, pero al final de la conversación, tras no haber dado en La Salle ni con Alfonso ni con su hermano, le pregunté si se le ocurría dónde buscar a Eugenio. Por más que ya le había leído en alguno de sus libros que, tras ser depurado, el menor de los Laurencic desapareció en la noche de los tiempos, tal vez él tenía algo que por irrelevante nunca llegó a escribir, pensé.

—La verdad, no lo sé. Vete a saber. Tal vez se fue. Si quieres miro en

encontrar a la dueña de la tienda a la que iba a comprar la mujer de Laurencic —respondió.

No quería engañarle, así que le revelé que a Meri Laurencic la había conocido. Eso fue todo. Lo que ahora es un manuscrito, aquel día no era más que un diario en el que anotaba cómo iba siguiendo el rastro de Alfonso y su familia. Me despedí de César y continué la batida tras un almuerzo frugal.

Antes de las cuatro de la tarde, llegaba al Instituto de Estudios Fotográficos de Cataluña, ubicado en el mismo recinto de la Escuela Industrial. Allí suspiraba por encontrar alguna foto del juicio a Laurencic —o de él donde y como fuera—, dado que conserva el fondo de la colección de Alessandro Merletti, pionero del fotoperiodismo, que destacó por su audacia a la hora de obtener instantáneas clandestinas. Me atendió Mireia Alises, fotógrafa y responsable del archivo; una chica de unos treinta y tantos años, diligente y, sin duda, apasionada celadora de los tesoros que custodia y de los que me habló con entusiasmo. Entre estos, y sobre lo que yo andaba buscando, Mireia destacó las fotografías del controvertido consejo sumarísimo al pedagogo Francesc Ferrer Guàrdia —acusado de ser el impulsor de la Semana Trágica en Barcelona en julio de 1909—; consejo que tuvo lugar en la cárcel Modelo en octubre del mismo año.

—Pese a la prohibición del tribunal, Merletti se coló en el juicio con una minúscula máquina que él mismo armó y que ocultó bajo el abrigo —me explicó Mireia—. Y esas fotos se publicaron en toda la prensa internacional. Pero no tenemos imágenes de los juicios que se celebraron después de la guerra, porque hacer ese tipo de fotografías también estaba prohibido. Aunque tenemos una, que hemos fechado entre 1939 y 1940, también de Merletti, en la que se ve al público, pero ni al acusado ni al tribunal. ¿Le interesa? Se la puedo mandar.

Me interesaba, claro. Cuando la recibí, la encontré sorprendente. Hombres y mujeres (había muchas mujeres) muy trajeados, ellas con sombrero. Sin ninguna duda, no eran obreros vestidos de domingo, sino un público burgués. Burgueses que estuvieron muy perseguidos durante la guerra, me dije, y que, en primera fila, quisieron ser testigos del desagravio. La imagen me sorprendió tanto como las ejecuciones que se llevan a cabo en Estados Unidos, a las que asisten con júbilo los familiares de las víctimas. De hecho,

abogo por la defensa que hizo Victor Hugo contra la pena de muerte a la que calificó como signo peculiar de la barbarie. No obstante, admito que no sé qué haría si perdiera a algún ser querido en aquellas circunstancias.

Para terminar aquella jornada —no muy exitosa, todo sea dicho—, aún me quedó cuerda para ir a la actual sede del Ateneo Enciclopédico Popular.

Fundado en 1902 sin ningún tipo de filiación política, el Ateneo fue una importante asociación cultural constituida con la ambición de proporcionar orientación a la clase obrera, fomentar una cultura popular democrática, trabajar en pro de los derechos humanos... Con veinticinco mil socios y una sede de cuatro plantas ubicada en Ciudad Vieja, además de reunir una importante biblioteca, llegó a multiplicar sus actividades (entre las que estaba el boxeo), de forma que ampliaron sus dependencias con otro local en una calle vecina a la sede central, más un chalet en La Molina... Ahora el Ateneo aguanta, mal, en un piso que le ha cedido la Biblioteca Arús en el paseo San Juan, muy cerca de donde vivió Meri. Pese a su actual precariedad, está considerado el segundo archivo del movimiento obrero mundial, solo por detrás del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam.

Una semana antes, había enviado un formulario que emite la entidad en su web para concertar la entrevista. Sin respuesta durante días, también llamé por teléfono repetidas veces sin que nadie contestara. Ante esta tesitura, decidí presentarme. Sabía de la subsistencia a precario del Ateneo desde que en enero de 1939 las tropas de Franco embargaron la sede, así como todos sus bienes e inmuebles, además de quemar buena parte de la biblioteca. Y que, a finales de la década de los setenta, reemprendió su actividad como centro de documentación en condiciones de total descalabro. Lo que ignoraba era que esa subsistencia fuese del todo meritoria.

Me abrió la puerta un hombre amable pero que, ocupado, estaba para pocas puñetas. Me miró brevemente, con toda seguridad pensando qué cuerno hacía yo allí. Le expliqué que les había escrito y llamado. Buscaba un folleto, documentación o el cartel de un combate organizado por el Ateneo, que se había celebrado en agosto de 1920 en el Iris Park. El hombre solo respondió con un gesto: en estanterías, pero también sobre mesas, sillas, cajas, incluso en el suelo, se apilaban montones y montones de documentos, páginas de antiguos diarios, carteles...

—Buscas un combate de 1920..., pues de eso no hay nada. Cuando acabó la guerra, lo quemaron todo. De todas formas, déjame tu nombre y tu e-mail.

Preguntaré —me dijo tendiéndome su tarjeta y un par de ejemplares de la revista *Enciclopèdic*.

Era Manel Aisa, presidente del Ateneo, editor y librero con una parada emblemática en el mercado de Sant Antoni. Me acompañó a la puerta, esquivando un cubo y la fregona que custodiaban la entrada. Bajé las escaleras pensando en que aún quedan románticos, y, sobre todo, sin entender que ninguna institución pública hubiera conseguido una nueva ubicación para el Ateneo —como tantas veces han prometido unos y otros— donde conservar de manera adecuada y segura un fondo que atesora 37.000 documentos que forman parte de nuestra historia.

«No hemos encontrado nada de ese combate que buscas, ni tampoco una fotografía», me escribiría Aisa un par de semanas después. Terminaba mayo y, aunque entretanto iba recibiendo algún correo de Salamanca, aún no había visto ni documentos ni la tan codiciada foto de Laurencic.

Con la moral algo baja, escribí de nuevo a Lluís Permanyer con las últimas noticias: no había encontrado a Alfonso Laurencic en La Salle, ni tampoco me había llegado la foto que esperaba. Al poco, me llamó.

—¿Y es tan importante esa foto? —preguntó.

—De alguna forma, sí —repliqué desalentada—. Verás, llevo meses tras Laurencic, rastreando sus pasos, pero, físicamente, obligada a atenerme a cómo lo describió Chacón en el juicio. Y una foto, la imagen de una persona, proporciona muchos datos.

—Lo importante es la historia, y eso lo tienes con o sin foto. Ya te llegará. Escribe.

—Pero, Lluís, tampoco lo he encontrado en el colegio... Y el hermano Morató dice que no es posible que estuviera con los gratuitos.

—¡Claro que no! Eso descártalo y no le des más vueltas. Oye, con la guerra se perdió mucha documentación en La Salle y en todas partes. Haces bien en ser meticulosa, en certificar los hechos, pero ¿acaso es tan importante dar con sus calificaciones escolares? Céntrate en el personaje y su historia.

—Y ¿qué hacía un alumno de este nivel social boxeando?

—No te confundas. Por aquellos años, en los gimnasios más elitistas se practicaba tanto el boxeo como la esgrima, entre otros deportes de procedencia anglosajona. Lo que imperaba era el *sportman* a la inglesa.

¡Caramba!, ese sí que era un pormenor que encajaba con la personalidad de Alfonso que empezaba a vislumbrar. Nada que ver con los púgiles que, de 1920 en adelante, buscaron en este deporte una forma de salir de la pobreza y ganar un mundo al que por nacimiento jamás habrían tenido acceso. Boxeadores que alcanzaron la gloria y títulos tanto en España como en el resto de Europa y el mundo: el propio Emilio «Blind» Gil, su oponente en el combate del Iris; el vasco Paulino Uzcudun; el valenciano Baltasar «Sangchili» Belenguer; el santanderino Cecilio «Uco» Lastra; el bilbaíno Agustín Senín... Hurgar en la trayectoria de todos ellos me había llevado al equívoco, porque lo cierto es que ninguno salió de una familia ilustrada y burguesa, sino de hogares humildes, sin solvencia económica con la que poder escolarizar a sus hijos que crecieron analfabetos. Nada que ver, por tanto, con Laurencic.

Solo me quedaban veinticuatro horas en Barcelona. «Volveré a examinar los archivos», decidí resuelta a darme aliento. «¡Ánimo!, pues», me dije para no empezar el día vapuleada de antemano. A primera hora, me dirigí al Tribunal Militar Territorial Tercero de Barcelona, donde me esperaba con un dossier en blanco el responsable del archivo, Cristóbal Orozco González. No tenía ningún documento de Alfonso ni de su hermano. Ni una foto del juicio; ni sabía qué fue de Eugenio una vez salió de la cárcel, si bien me dijo que intentaría averiguar algo al respecto de esto último. (Pocos días después recibí un correo de Orozco; lamentaba comunicarme que no se había localizado ningún documento referente a Eugenio Laurencic Jahn.)

En toda pesquisa hay días buenos y otros muy desalentadores. En los buenos, un camino suele llevar a otro. No era el caso, así que respiré hondo y salí a la plaza Portal de la Pau. De nuevo estaba frente al mar y el Port Vell. Con ganas de pasear, notar la caricia del viento primaveral, aspirar la brisa marina y también olvidar las checas... Pero, tozuda, persistí en mi indagación yendo al Archivo de Población en busca del empadronamiento de Meri, y tal vez los de Melitta y Eugenio.

No fue difícil dar con todos ellos. Meri (que constaba como Maria Luisa Preschern) aparece por primera vez en 1940 (año en que salió de la cárcel), y luego, hasta su muerte, en todos los registros censados cada cinco años. La única rareza es que en 1940 como segundo apellido leí Fuerk, y en 1950, Tink. Pero como he comentado en otro momento, los apellidos de todos ellos —y de otros extranjeros— con frecuencia están mal transcritos; podría hacer un libro

con las diferentes versiones del mío. El último año en el que Melitta aparece registrada es 1950. Melitta Jahn Menzel, nacida el 13 de febrero de 1876. Pensé en lo inútil de ir a Dresde en busca de su acta de defunción. Lo hubiera hecho si el acta hablara. Aunque, rebuscando, di con la fecha de su muerte: 11 de septiembre de 1958, año en que nació mi hermana Mita. Sí, coincidía con el momento en que su nuera empezó a venir a casa. Aquí cerré, por tanto, la historia de Melitta.

En cuanto a Meri, busqué el apellido Preschern por las redes, escribiendo a todo aquel —o aquella— que se apellidara así, centrando al máximo esa búsqueda en Graz, consciente de la dificultad de dar con nadie de su familia, ya que solo tuvo una hermana, que al casarse perdió el apellido. Me respondieron con amabilidad un par de personas, solo para decirme que Meri no formaba parte de sus antepasados. Busqué en los registros de difuntos. Intenté dar con su familia en antiguos listines telefónicos; localizar en qué zona de Graz habían vivido sus padres. Si era hija de un comerciante, de un profesional liberal, de un intelectual... En qué entorno adquirió aquellos modales esmerados.

De Eugenio, el último registro de empadronamiento que encontré —no solo en el paseo San Juan, sino en Barcelona— era de 1945. Tras el mareo al que sometí al personal de este archivo (y al de otros, y varias veces, porque he sintetizado), no me cabe ni la menor duda de que todos deben de estar convalecientes, reponiéndose aún de mis visitas, y rezando para que no aparezca otra vez por la puerta.

Eran más de las tres de la tarde cuando llegué a la calle Lérida. Pausa del guerrero para comer con tres amigas extraordinarias, antiguas compañeras en el Museo Nacional de Arte de Cataluña. Verdura y un pescado riquísimo más una conversación siempre cómplice, me recordaron que, buscando a Alfonso, a menudo no solo comía rápido y poco, sino que apenas veía a nadie. Así que, mientras charlábamos y reíamos, mientras nos contábamos nuestras preocupaciones, pensé, una vez más, que éramos muy afortunadas. Por más que discrepemos políticamente —y que esa divergencia sea enorme—, vivimos en tiempos de paz, circunstancia que facilita que nuestra mutua lealtad no esté en peligro ni sea cuestionable.

Un rato después, ya en el tren de vuelta a Figueras, encontré este párrafo en el libro *Víctimas de la Guerra Civil*, del historiador y sociólogo Santos Juliá.

Lo que ocurrió a partir de 1936 fue, desde luego, una lucha de clases por las armas, pero no fue en menor medida guerra de religión, de nacionalismos, guerra entre dictadura militar y democracia republicana, entre revolución y contrarrevolución, guerra en la que por vez primera se enfrentó fascismo y comunismo. De ella se podría destacar su anacronismo, su inconfundible aire de guerra de otro tiempo, con tantos muertos en las cunetas como en las trincheras, con campesinos en alpargatas y fusil al hombro enfrentados a militares al mando de tropas mercenarias; pero también podría entenderse como prólogo de la guerra futura, guerra de tanques y aviones, de ciudades bombardeadas, con una coalición de democracias y comunismo enfrentada a las potencias fascistas, anuncio de los campos en que se dividiría Europa tres años después.

Recordé a mis padres, cavilando entristecida si debía seguir o dejar para siempre a Alfonso y Meri con los secretos de mi infancia. Abandonar esta historia definitivamente.

Y aun así, cuando empezó el verano seguía leyendo sobre la guerra, sobre las checas y sobre Laurencic. Solo a ratos, también me ocupaba de los últimos coletazos de la promoción de mi último libro. Así estaba cuando, una noche, llamó mi prima Sonia Frouchtman, quien además también es mi cuñada, para invitarnos a pasear en barco al día siguiente. Con alguna salida muy esporádica, más los días que nos acercábamos a una playa cercana a nadar, yo continuaba bastante recluida. «El tiempo es espléndido y nos conviene airearnos», pensé decidida. Se trataba de convencer a Antonio de que aceptara salir de su propio ostracismo unas horas, ya que a él no le hace falta que aparezca ningún Laurencic en su vida para encerrarse a leer y escribir.

—¿Así, de golpe? ¿De hoy para mañana? —fue su primera y predecible respuesta.

—¿Tenemos que fichar en algún sitio? —le respondí—. Las previsiones para navegar mañana son óptimas, algo que nadie puede asegurar la semana próxima, por ejemplo. Además, hace mucho que no ves a tu hermano.

Con un tiempo radiante y una suave brisa, salimos del puerto de Llançà. Pronto el pequeño grupo se dividió: Antonio se puso a hablar con su hermano Eugenio, y yo con mi prima; la familia, como en otras ocasiones, era el *leitmotiv* de nuestra conversación. Además, de niña Sonia sí prestó atención a lo que le contaron nuestros ancestros, por lo que suele aportar algún eslabón que al resto se nos escapó. Empezamos por recordar un clásico: la apasionada explicación que nos daba nuestro abuelo Edmundo sobre la que sería su mujer: «Ojos inmensos, cintura de avispa, un bonito pecho», nos

contaba suspirando mientras ilustraba la medida de estos atributos con las manos. Luego hablamos de la familia durante su época en París, de su llegada a España... Y no tardó en salir otro clásico: tía Lisette, el personaje más singular de nuestra mutua parentela.

Hermana de nuestros respectivos padres, nuestra tía, que murió longeva hará una década, siempre fue para todos los sobrinos una nota tan discordante como estrambótica. Al principio nos chirriaban sus constantes caprichos —en los que derrochaba dinero a manos llenas—, pero no menos sus estafalarios atuendos, que nos hacían ruborizar: maquillaje excesivo, peinados descomunales, abrigo de piel en agosto, manolinas con purpurina dorada... El final fue difícil: acabadas las exquisitas cenas con música en directo, la gracia y rumbo (todo hay que decirlo) con que organizaba veladas, la corte hizo mutis por el foro, y ella, que nunca tuvo hijos, que hacía mil años que se había divorciado de Pedro Bloch, sin querer volver a vivir con algún pretendiente (que alguno hubo), no solo se quedó muy sola, sino que fue perdiendo facultades al galope. La fiesta se había terminado, algo que llevó con rabia al vislumbrar su futuro, y desconfianza hacia los pocos que le quedamos; en suma, la familia. Al morir el tío Alberto, su hermano menor y el que administraba sus finanzas, mi prima Sonia heredó de su padre esta tarea, por lo que visitaba a nuestra tía con frecuencia. Y Lisette le contaba historias de sus padres, de sus hermanos, de la guerra...

—Pero lo que explicaba con más dramatismo fue lo que pasó con el tío Roberto cuando estalló la guerra —dijo mi prima.

—¿Con Roberto?, ¿qué te contó? —le respondí con el alma en un hilo.

—¡Uf! Una historia muy complicada. Tu padre estaba escondido. Eso lo sabías, ¿no?

—Sí, sí, claro —asentí apremiándola para que continuara.

—La tía Lisette entonces ya estaba casada y vivía con su marido en la Diagonal, y ahí mandaron los abuelos al tío Roberto, que había cogido algo, no lo sé, una gripe, un catarro..., a pasar unos días para que no contagiara a mi padre, que era el menor y enfermizo. Y mientras Roberto estaba allí, unos milicianos se presentaron en casa de la tía. Parece que registraron el piso hasta el último rincón porque buscaban a tu padre, pero como no lo encontraron, increparon a la tía para que les dijera dónde estaba, a lo que ella contestó repetidas veces que no lo sabía, aunque, como imaginarás, no era así. Entonces los milicianos le preguntaron que quién era aquel chico, y al saber

que era un hermano, se lo llevaron. Parece que ella y Pedro se pasaron dos días intentando localizar a Roberto a través de amigos. No sé quiénes podían ser.

—Es posible —repuse—. El tío Pedro, aunque sin participar en nada, como buen francés, se decantó por el bando republicano, donde contaba con importantes relaciones.

—El caso es que lo buscaron desesperados; hasta que, al cabo de cuarenta y ocho horas, les dijeron que lo encontrarían en una clínica que estaba por el Ensanche.

—¿En la calle Consejo de Ciento?

—Puede ser, porque estaba cerca de su casa.

—¿Y lo encontraron vivo?

—¡No! Le habían pegado un tiro. Ya llevaba por lo menos un día muerto.

—Oye, yo he visto el acta de defunción. Y pone que murió por una colitis ulcerosa.

—Lo taparon todo, así me lo contó la tía. A partir de este momento, organizaron la huida porque todos peligraban. La abuela y la tía Lisette juntas en un tren que salía de Irún; el abuelo y mi padre, en barco a Marsella. Luego, todos se reunieron en París.

—En ese barco también iba mi padre... Y esa huida, lo que son las cosas, la organizó el tío Pedro. ¿No sabes el nombre de la clínica donde dejaron a Roberto? Porque en Consejo de Ciento ahora no hay nada; es un edificio de oficinas.

—Ni idea. En realidad no sé si llegué a saberlo.

—Lo buscaré. Si en la dirección que consta en el acta hubo una clínica, el tío Roberto murió como te contó la tía.

Los cuatro nos lanzamos al agua. Comencé a nadar mar adentro, alejándome del barco y de todo ser vivo, una costumbre que mi marido no aprecia en absoluto. Dice que me puede pasar algo, y que nadie se dará cuenta ni podrá oírme por más que me ponga a gritar como una loca. Tampoco le hace gracia que le conteste que de algo la tengo que palmar; y la verdad es que no es mal final desaparecer en el mar. Mirando el horizonte infinito me prometí a mí misma que llegaría hasta el fondo del misterio del tío Roberto y también de Alfonso Laurencic. Del primero, ya solo me faltaba buscar un dato; del segundo, ordenar y volver a estudiar cuanto había encontrado.

Tan pronto llegamos a casa, empecé a indagar. Primero busqué y rebusqué el origen de lo que pudo ser el antiguo edificio de Consejo de Ciento, lo que me remitía a una clínica, pero instalada después de la guerra; me pareció mucha casualidad. ¿No habría otra antes? De nuevo se impuso consultar a Lluís Permanyer (de hecho, todos los *links* que encontraba me llevaban a él), quien pronto me dijo que había sido una prolongación de la casa principal y domicilio de Miguel Fargas, situada en la Rambla de Cataluña. Nueva búsqueda que me condujo a quién era el señor Fargas: cirujano y ginecólogo de gran prestigio que en 1892 había trasladado su antigua clínica de la calle Hospital al número 333 de la calle Consejo de Ciento: la Clínica Dr. Fargas, que en 1936 seguía operativa.

«Lo tengo. Efectivamente era una clínica», escribí a mi prima. Nunca más hemos vuelto a hablar sobre ello. Pero si bien muchos prefieren olvidar, creo que Sonia ha optado por esperar porque sabe que soy una rastreadora obstinada. Y, en este caso, azuzada por saber de qué soy consecuencia. Puesto que no deseo irme de vacío, para mi último viaje quiero el corazón lleno; y en mi equipaje, historias que contar a mis hijos, si es que quieren leerlas.

A primera hora del día siguiente, me llegó un pequeño sobre certificado. ¡Era un DVD remitido por el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca! Fue como si los hados, finalmente, se hubieran conjurado para conducirme a las verdades que buscaba. Me fui pitando a mi ordenador. Eran siete imágenes: seis de documentos y por fin la foto de Alfonso. Joven, elegante, refinado, atractivo; sin duda un dandi. La foto estaba en su acreditación del *Deutsche Allgemeine Zeitung* como corresponsal para el extranjero. Marzo de 1933. Alfonso tenía treinta y un años y poco después regresaba a Barcelona. Su último trayecto. Al mirarlo, me fue imposible caer en la banalidad de sobrevalorar su encanto. Había leído demasiado para ello. Y, justamente, lo que aún me asustaba, lo que me costaba, era enfrentarme al hecho demostrado de su participación en las checas. Lo que no impide que en verdad creyera, asimismo, que realmente acabó siendo víctima de las circunstancias, como proclamó en el juicio. Tras una niñez y adolescencia, se puede decir doradas, consentidas, privilegiadas, se encontró metido en una guerra a la que intentó sobrevivir valorando en exceso sus habilidades y sin pararse a contemplar dónde están los límites morales. Pero ¿de veras fue un aventurero internacional, el instrumento organizador del terror que describe

Rafael López Chacón (y tantos otros)? Lo observé de nuevo, regresé al pasado, a los tiempos de guerra, y empecé a escribir su historia.

ALFONSO LAURENCIC: EL RECuento

Lejos de ser «una barriada marginal» a las afueras de París, como señalan algunas fuentes al referirse a la procedencia de Alfonso Laurencic, Enghienles-Bains ha sido una localidad apreciada como un lugar elegante desde que la princesa Matilde Bonaparte la puso de moda durante el Segundo Imperio. Bien conectada, con pequeños trenes que hacían más de cien trayectos diarios, al inicio de 1900, sus aguas termales, el casino, los conciertos, los jardines, un hipódromo, el teatro, fueron valiosos alicientes para su expansión; asimismo se organizaban fiestas, sesiones de cine, partidas de billar, de bolos... Un lugar encantador donde residir, descansar algunos meses del año y al que los parisinos acudían incluso solo a pasar el día. Así era —y es— la villa francesa en la que el 2 de julio de 1902 llegaba al mundo Alfonso Laurencic, casi dos años después de que sus padres se instalaran en el país galo.

Para entonces, Julio ya había empezado a triunfar en Francia, donde, además de la revista que dirigía, no tardó en ser requerido para editar el catálogo de exposiciones universales y otras muestras de diversas ciudades europeas, de modo que los viajes y las largas estancias en otras ciudades debieron de ser una constante en la familia. En abril de 1907 nacía en Niza Eugenio, su segundo hijo. Dado que en enero de 1912 el director general de la Exposición Universal de Gante le dirigió una carta a un hermoso inmueble situado en el 16 de la rue de Pertinax, es muy factible que este fuera entonces el domicilio de los Laurencic, ya que otras direcciones que aparecen en sus publicaciones eran de la imprenta o editorial con las que puntualmente trabajaba. Otra opción eran las sedes de las entidades que le encargaban y patrocinaban algún ejemplar, lo que le suponía un enorme ahorro, sin cargas de

estructura. Esto indica que Julio Laurencic, además de competente, fue un hombre adelantado a su tiempo.

En el zénit de su carrera en Francia, estalló la Primera Guerra Mundial. Es probable que por entonces la familia continuase viviendo en Niza, ya que en el *Diario Oficial de la República Francesa* del 3 de febrero de 1921, a nombre de Mme. Laurencic (Jules), nacida Bertha-Melitha Jahn, aparece la solicitud de liquidación de bienes —valores de bolsa depositados en Niza— sujetos a una medida de secuestro por la guerra. Un conflicto que originó el éxodo masivo de los austrohúngaros.

Hasta 1914, Alfonso había disfrutado junto a sus padres de una niñez agradable, viajera, cosmopolita y con un alto nivel de vida. París, la Costa Azul, los Alpes... Francia de punta a punta, pero también diversas ciudades europeas fueron sus paisajes de infancia. Una existencia mundana, inquieta y cultivada, gracias a la exitosa actividad del padre; hasta que se vieron expulsados. Con doce años, llegaba con su familia a España, cuya neutralidad durante la Primera Guerra Mundial convirtió al país en un destino óptimo. Primero San Sebastián —donde pronto Julio Laurencic puso en marcha el equivalente a la *Revue Internationale: Las Maravillas de España*— y luego Barcelona, una ciudad que lejos de ser París, capital del mundo, era la capital económica de España. El ingenio, la capacidad de trabajo, la habilidad de Julio para entrar en los mejores círculos sociales, culturales y económicos no tardaron en dar sus frutos. En poco tiempo, conseguía en cada ciudad los más prestigiosos colaboradores para sus revistas. Por citar algunos, Salvador Cánovas Cervantes, fundador y director del diario *La Tribuna* de Madrid; el gallego Jaime Ozores de Prado, marqués de San Martín, presidente de la Real Academia Gallega de Bellas Artes; Eugenio García Nielfa, director del *Diario de Córdoba*; Maximino Alonso Miñón, propietario del *Heraldo de León*... En los ejemplares de Barcelona: Miguel de los Santos Oliver, director de *La Vanguardia*; Félix Escalas, vicesecretario de la Cámara de Comercio; Narciso Masferrer, director de *El Mundo Deportivo*; Francisco Carreras Candi, historiador, académico y político; o Enrique Gómez Carrillo, diplomático, escritor y periodista, corresponsal del diario *ABC*. Con tales compañeros de viaje, Julio captó muchísima publicidad, de hecho, de la práctica totalidad de los sectores comerciales. Aunque no menos significativa es la excelente vida que este tipo de publicación procura a sus directores: la cocina de los más reputados chefs, estancias en los mejores hoteles, entradas

para conciertos, ópera, teatros, cines... amenidades de las que disfrutar con grandes descuentos, si no gratuitamente como parte del acuerdo económico o, simplemente, por deferencia (práctica habitual en el periodismo). De modo que también se puede afirmar que —con inmenso arrojo, en un país que no era el suyo— Julio Laurencic logró que su familia no solo no pasara estrecheces en el exilio, sino que gozara de una excelente posición, una vida confortable y, de nuevo, largos viajes, estancias y veladas en los más elegantes lugares. Así creció Alfonso y, sospecho, de ahí provenía tanto el conocimiento de varios idiomas, como esa soberbia —e imprudencia— con las que circuló por la vida, incluso cuando ya no disponía de los medios que su padre procuró a la familia.

Julio tenía asimismo una enorme capacidad de adaptación (una cualidad que no heredó Alfonso). No creo que a aquel le gustara dejar Francia, pero, obligado, ya que estaba en juego su vida profesional y con ella el sustento de su esposa e hijos, no dudó en encontrar todas las gracias posibles a su nuevo destino. España entera lo acogió y honró, y de hecho fue recibido por el jefe del Gobierno, Eduardo Dato, a quien entregó un álbum recopilatorio de *Las Maravillas de España*, álbum que Julio remitió asimismo al rey Alfonso XIII. Entre las diversas personalidades que acudieron al banquete celebrado en Barcelona con motivo de la concesión de la Cruz de Isabel la Católica, *La Vanguardia* del 24 de mayo de 1918 señaló al oficial mayor del Gobierno civil, señor Azcárraga; el concejal señor Vinaixa; don Francisco Carreras Candi, entonces a su vez concejal, así como don Enrique Bailly, editor y copropietario de Librería Editorial Bailly-Baillièrre, y don Alfonso Vilardell, gerente de la imprenta Tasso. El evento tuvo lugar en un lugar emblemático por su exquisita y afrancesada cocina, el restaurante Casa Pince, merecedor de varios premios nacionales e internacionales al que acudía la más distinguida sociedad y el mismo rey, Alfonso XIII. Dicho de una manera llana, Julio Laurencic no pudo llegar más alto.

Otra cuestión es que Melitta y sus dos hijos llegaran a sentirse bien integrados, pese a que Julio puso todo su empeño, haciendo incluso que sus hijos fueran bautizados. De ello dependía que pudieran acceder a una escuela religiosa, cuestión que entonces no era en absoluto baladí. Aunque se toleraron otras religiones, España era un estado confesional católico y en la Barcelona de 1917 (ciudad en la que había el mayor número de colegios católicos de toda España; y también más conventos, 348 en Barcelona, frente a los 187 en

Madrid) dichas escuelas —como señala la historiadora Ana Yetano—, no solo se mostraron como eficaces colaboradoras en la tarea de configurar el horizonte ideológico de la sociedad urbana, sino que su influencia, así como la multiplicidad de su oferta educativa, posibilitó alcanzar a los distintos sectores sociales.

La variedad de órdenes permitía a estas adaptarse mejor que ninguna otra institución a los deseos de diferenciación social y enclasmiento, tan fuertemente sentidos en aquella sociedad burguesa barcelonesa. El enviar a los hijos a educarse a una u otra orden religiosa era en sí mismo uno de los signos más evidentes de la pertenencia social de la familia.

En suma, Julio Laurencic hizo todo cuanto estuvo en su mano para que su mujer e hijos no se sintieran discriminados en ningún aspecto. (Por su parte, no deja de ser sintomático que cuando Meri Laurencic declaró en el juicio sumarísimo de Alfonso, lo hiciera en un deficiente español, llevando como llevaba seis años viviendo en Barcelona, y los últimos cuatro meses en la cárcel de Les Corts.) Pero el exilio no debió facilitar que aquel pudiera llevar a cabo una vida escolar con toda regularidad, si bien su futuro quedaría resuelto trabajando con el padre, debieron de planear Julio y Melitta. Ciertamente que el combate de boxeo, pese a los nuevos usos y costumbres en España, me pareció que pudiera denotar un carácter algo excéntrico en el joven Alfonso, pero no tanto si tenemos en cuenta que hasta la adolescencia había vivido en Francia, donde el boxeo pasaba por un excelente momento. De «Así vivió San Sebastián la Primera Guerra Mundial», artículo del periodista Javier Sada, destaco el siguiente párrafo:

La llegada de extranjeros con nuevas culturas también afectaba a la idiosincrasia donostiarra que veía cómo se abandonaban los frontones y se dejaba de acudir a las romerías para asistir a «esos exóticos deportes ya afincados entre nosotros, llamados *foot ball*, polo y *law tennis*, a los que ahora deben añadirse el boxeo y la lucha greco-romana».

Una práctica que, como me había señalado Permanyer, adoptaron los más distinguidos deportistas españoles sin ánimo de percibir ningún tipo de recompensa económica, sino «por el simple placer de “ejercitar el músculo”», como se puede leer en la página de la Federación Española de Boxeo. Y los combates de boxeo aficionado prácticamente solo tuvieron lugar en Madrid y

Barcelona, que organizaron torneos en lugares tan elegantes como los hoteles Ritz y Palace de Madrid, ciudad esta última en la que encontramos combatientes tales como Eduardo Figuroa (conde de Yebes); Bernaldo de Quirós (marqués de Quirós); José Luis de Cárcer (barón de Cárcer), así como algunos de los futbolistas más famosos de la época. En Barcelona la práctica del boxeo es anterior, ya que tuvo sus inicios en 1904, cuando se instaló allí el francés de Perpiñán Joseph Vidal para impartir cursos a jóvenes alumnos de la aristocracia catalana. Una afición que pervivió con carácter de deporte de élite durante unos años.

Pero creo que hay más razones: cabe imaginar que Alfonso —que tenía un talante entre vividor y bohemio (así como chulesco y prepotente)— también quiso imitar a un personaje literario como Arthur Cravan, sobrino de Oscar Wilde, que, nacido en Lausana, vivía en París, donde ejerció como editor, poeta, periodista, escritor, boxeador y provocador permanente, de cuyos combates tuvo mucha resonancia uno celebrado en España el 23 de abril de 1916 en la plaza de toros Monumental de Barcelona, contra el campeón mundial de peso pesado Jack Johnson. Para entonces, los Laurencic ya estaban instalados en Barcelona. El combate fue un gran espectáculo que tuvo repercusión internacional. Lo que debió de seducir e incitar a Alfonso a ponerse unos guantes y entrenarse en *le noble art* según las reglas de boxeo que dictó el noble escocés John Sholto Douglas, marqués de Queensberry.

Tras la hipotética etapa salesiana, el 26 de junio de 1921 aparecía el anuncio de Alfonso en busca de trabajo en una empresa editorial, por cese del negocio de su padre. La única respuesta plausible al cese de actividad de *Las Maravillas de España* —que continuaba en pleno éxito y expansión— es que Julio ya hubiera enfermado. Una suposición que no creo equivocada, ya que su fallecimiento se produjo veinte meses después del anuncio publicado por su hijo. El mismo 1921, Alfonso se alistaba en el Tercio Extranjero, según él, para tener el honor de adquirir la nacionalidad española. No me engaño: pese a que desde la primera página he pretendido comprender qué llevó a Alfonso Laurencic al desafuero y la muerte, no me cabe ni la menor duda de que nunca tuvo en mucha consideración a los españoles, y, por lo tanto, que esa no fue la causa que lo llevó a la Legión, sino, una vez más, su talante entre la bohemia y la aventura, ya que tampoco corría riesgo alguno de ser expulsado de España: no era un malhechor; vivía en un domicilio fijo con sus padres, bien situados y reconocidos legalmente como extranjeros residentes, y además Alfonso era

menor de edad. Una circunstancia que no importaba a la Legión, que «admitía hombres entre dieciocho y cuarenta años, con una soldada de 4 pesetas y 10 céntimos diarios, con una prima de enganche de 350 pesetas». Alfonso cumplía los requisitos, y la soldada le facilitaba independizarse. Además era fuerte, deportista, resistente. (Recordemos de nuevo el combate con Blind en el que el árbitro decretó K.O. técnico de Laurencic al ver que este, hecho polvo, resistía de pie.) Justo el tipo de persona que buscaba el fundador de la Legión, el comandante José Millán-Astray, cuando proyectó crear un cuerpo militar equiparable al de la Legión Extranjera Francesa.

Con diecinueve años recién cumplidos, sin contar con la autorización de sus padres, Alfonso Laurencic se incorporaba al Tercio Extranjero después de la batalla de Annual, momento en el que la Legión alcanzaba un gran prestigio en la Península, algo que para él debió de suponer un aliciente importante. Otro incentivo —sin duda el mayor, de hecho, el gran argumento— es que así lograba escapar del trabajo que parecía buscar (sin duda obligado por su padre, preocupado por su porvenir) como secretario de dirección con idiomas en una editorial, pero ya sin el privilegio de ser el hijo del propietario; ni tampoco se vería como futuro amo y señor de la revista *Las Maravillas de España* (o de cualquier otra), porque Alfonso jamás tuvo el enorme potencial de superación de Julio Laurencic, aquel hombre que —siempre en el mismo oficio y con un proyecto propio—, primero se abrió camino en Hungría, luego en Alemania, Francia y España. Nada que ver con Alfonso, que quería vivir, viajar, divertirse, tener experiencias. Creo que durante toda su niñez y adolescencia Alfonso fue un mimado, sobreprotegido por el matrimonio Laurencic; padres embelesados por aquel retoño bravo y seductor.

Pero la aventura en el Tercio Extranjero duró poco, ya que su padre, recurriendo a las excelentes relaciones que había conseguido tejer en España, consiguió hacerlo regresar. Un regreso del que, con fecha 15 de diciembre de 1921, se hizo eco el diario *La Vanguardia* en las noticias sobre la campaña de Marruecos; y lo hizo con toda deferencia, como si se tratara de un héroe, hijo, asimismo, de un ilustre ciudadano: «Ha llegado de Melilla con licencia, el legionario don Alfonso Laurencio, hijo de nuestro estimado compañero don Julio».

Los últimos datos de la revista *Las Maravillas de España* los encontré en un álbum recopilatorio: de nuevo Madrid, Valencia, La Coruña, Barcelona... pero también Tánger, primer tomo de Marruecos. Una elección calculada ya

que, por su situación geográfica, la ciudad —que entonces pertenecía a la zona de protectorado internacional—, desde finales del XIX se había convertido en centro de la diplomacia europea, así como de la actividad comercial del país. ¿Hasta dónde aspiraba llegar Julio? El ejemplar de Barcelona tuvo que publicarse en octubre o noviembre de 1920, ya que, en el mismo, aparece un artículo sobre la primera Feria de Muestras (acontecimiento con el que Julio «se frotaría las manos» ya que se le abría una nueva veta, como antes sucediera en Hungría y Francia). Pero, a partir de este momento no hay más rastro de él. Enfermo, iría cayendo en el olvido. De hecho, me sorprendió no solo no encontrar una esquila en ningún diario cuando falleció, sino tampoco un artículo obituario. El que fuera «buen amigo» para los medios murió sin que nadie lo recordara, lo que confirma —una vez más— lo efímero del éxito. (Para caer en el olvido hace falta poco, muy poco.) Tampoco creo que Julio quisiera alcanzar la posteridad; le bastó con procurar a su familia —y a sí mismo— una vida amena, acomodada y respetable. Aun así, no deja de ser sorprendente, o cuando menos curioso, que al estudiar la implicación de Alfonso en las checas, nunca nadie relacionara a este con aquel hombre de trabajo meritorio en los nueve años que vivió en España hasta su fallecimiento, y se insistiera en que el primer viaje de Alfonso a Barcelona fue en 1923.

Tras el episodio en el Tercio Extranjero, en 1922 Alfonso se marchó (o sus padres lo enviaron) a Graz —la segunda población de Austria, tras Viena—, a casa de una tía materna. Dudo que su regreso en marzo de 1923 fuera para disfrutar de unos días de recreo, ni tampoco por ganas de volver a España. El fallecimiento de su padre se produjo el 4 de marzo. A su muerte, si bien Julio pudo dejar algún patrimonio, la familia debió de sentirse muy indefensa y con poco futuro, sobre todo porque con él se iba la fuerza que había sostenido a la familia, así como el alto nivel de vida, algo que Alfonso siempre toleró mal. Pero a lo que no pensaba renunciar, ya sin cortapisas, era a volar en libertad.

En abril regresó a Graz, de donde pronto partió para alistarse en la división de infantería del Real Ejército Yugoslavo del nuevo reino de los serbios, croatas y eslovenos formado en 1918. No hay constancia de que fuera expulsado de este ejército (como tampoco de que lo fuera de la Legión en España) pero la cuestión es que, ocho meses más tarde, Alfonso abandonaba la unidad de Zagreb. Tal vez insatisfecho ante la situación precaria en la que subsistía la población y el ejército, que contaba con pocas armas, munición y

equipo, sumado al constante enfrentamiento entre serbios y croatas. O quizá fue a causa de su mismo talante, poco dado a las privaciones, lo que le indujo a volver a Graz.

Un tiempo después, conocía a una hermosa joven de la localidad, Maria Luisa Preschern, con quien contrajo matrimonio en septiembre de 1926, antes de mudarse ambos a Berlín.

Pese a la belleza de la ciudad de Graz, al sello dejado por los Habsburgo, a sus muchos encantos, edificios, cafés, jardines, ópera..., como otras ciudades austríacas, arrastraba los efectos de la Primera Guerra Mundial y la consecuente crisis económica, que la había arrinconado como un reducto provinciano. Entretanto Berlín, capital de la República de Weimar, se había convertido en epicentro de las vanguardias artísticas por la revolución de los medios, por el auge de una nueva literatura, por su progreso en los derechos sociales, por una inesperada y atrevida libertad —que incluía la sexual hasta el desenfreno (*Zweig dixit*)—; así como el apogeo del cabaret, el cine de Fritz Lang... Pese al caos político y las adversas condiciones económicas que conllevaron una fuerte inflación, fue tal su esplendor y la reputación que adquirió, que en su libro *La cultura de Weimar* el historiador Peter Gay señala que «ir a Berlín era la aspiración de cualquier compositor, periodista, actor; por sus soberbias orquestas, sus más de cien periódicos, sus cuarenta teatros, Berlín era el lugar para los ambiciosos, los dinámicos y los genios». El nuevo mundo estaba en la capital de Weimar. Y el ávido Alfonso quiso vivir el Berlín de los *Goldene Zwanziger*, los felices años veinte. El niño de los ojos de Melitta, en lugar de regresar a Barcelona (donde ella, viuda, había quedado al cuidado de Eugenio), siguió planeando su futuro lejos de España y solo con Meri. Por la conversación que mantuve con las vecinas del paseo San Juan, deduje, creo, con poco margen de error, que Melitta no debió de apreciar mucho a Meri. Y viceversa.

El joven matrimonio empezó en Berlín una larga etapa encantadora y trepidante, porque lo único importante era vivir y vivir. Si en algo se parecía Alfonso a su padre, era en la astucia para ganarse la vida, aunque carecía de su ambición. Se trataba de subsistir, de comer, de vestir con la máxima elegancia posible, de adquirir caprichos superfluos, trabajando en lo que fuera. Sin duda, la vida y educación que recibió al lado de sus progenitores lo habían dotado de cualidades que suelen encandilar. Alfonso comenzó a trabajar como músico, pero también como decorador, lo que indica el ingenio

del que antes hablaba, ya que su técnica en el dibujo era correcta pero muy básica. Así la calificaron los artistas Xavier Serra de Rivera y Francesc Artigau tras examinar sus croquis y los retratos de Meri que les mostré, aun cuando era capaz de plasmar con propiedad medidas y volúmenes, señalaron ambos. La decoración pudo ser una salida en un Berlín que estaba en plena expansión inmobiliaria. En su libro *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, el historiador Eric D. Weitz, especializado en Historia Moderna de Alemania y Europa, destacó:

... los mejores arquitectos, y otros casi tan grandes como ellos, no daban abasto en cuanto a encargos y tenemos ocasión de contemplar algunos magníficos ejemplos de estilo modernista, de líneas rectas y depuradas, nada de adornos, con grandes ventanales. Sus detractores afirman que esas cajas modernas parecen cajas, que no son representativas. Otros, sin embargo, sostienen que es una forma de romper con el pasado, una apuesta por la modernidad.

Modernidad que impulsó la Escuela Bauhaus, la cual no solo se convirtió en la primera escuela de diseño del siglo XX, sino que devino referente mundial en la arquitectura, el arte y el diseño. De esa vanguardia bebió Alfonso en todas sus facetas (por desgracia, esto resulta muy evidente en las celdas psicotécnicas de las checas), de forma que encontró otro modo de ganarse la vida en Berlín, donde vivieron primero en el número 8 de la calle Kant, en el distrito de Charlottenburg, y luego a pocas manzanas, en el 35 de la calle Augsburg, epicentro, en la década de los veinte, de la cultura y el arte. Pese al rápido crecimiento de estudiantes de la Bauhaus, todavía hablamos de un mundo que estaba poco profesionalizado, por lo que con labia y buen gusto debió de encontrar oportunidades que supo aprovechar (ya que como arquitecto hubiera precisado acreditar una licenciatura que no poseía). Alfonso trabajó como decorador, pero también como director de orquestas de baile, y el *jazz* era sin duda la música de moda de aquellos tiempos. Jóvenes y ávidos de experiencias, el mundo, durante casi siete años debió de ser una gran fiesta para el matrimonio, con la sola pena de que todos los embarazos de Meri se malograban. Pese a aquella impresión de tristeza y miedo que transmitió a mis hermanas, a mí, que era algo mayor, no se me escapó la mirada de una mujer que había sabido exprimir la vida, cuando la fortuna le fue propicia.

El fin de esta etapa llegó con la gran crisis de 1929 desencadenada en Estados Unidos, que atacó con fuerza a una Alemania aún bajo los efectos de la Primera Guerra Mundial. Los préstamos americanos acordados en el Plan Dawes le fueron cancelados y dos años más tarde, el número de desempleados superaba los cinco millones de personas. La debacle económica conllevó que el gobierno de Paul von Hindenburg se debilitara, y que en enero de 1933 Adolf Hitler consiguiera ser nombrado canciller imperial. Terminaba la República de Weimar y empezaba el régimen totalitario del Tercer Reich. Berlín dejó de ser una ciudad libre y divertida para convertirse en convulsa y con las libertades muy restringidas tras el incendio del Reichstag en febrero del mismo año. El diseño, en cualquiera de sus vertientes, no estuvo en un principio entre las prioridades a «liquidar» por el nuevo régimen, aunque algunos miembros del partido ya se habían manifestado abiertamente contra la Bauhaus por su filosofía perversa y demasiado «innovadora», así como poco afín a la nueva Alemania que auspiciaban. Para más inri, Hitler detestaba el *jazz*, al que consideraba como una insidiosa propaganda enemiga interpretada por razas inferiores. «Música americana negrojudía de la selva», según el «sutil» Joseph Goebbels.

Con este panorama, Alfonso buscó suerte en Viena, Bélgica y Luxemburgo, donde trabajó como director de orquestas. En última instancia las oportunidades desaparecieron y, solo entonces, optó por dejar definitivamente Berlín. Pero antes consiguió que un diario tan prestigioso como el *Deutsche Allgemeine Zeitung* le proporcionara una acreditación como corresponsal y reportero gráfico para representar, con plenos poderes, los intereses del diario en el extranjero. En suma, obtuvo un carné de prensa, extendido el 18 de marzo de 1933, que, como bien sabía por la actividad de su padre, le podría ser de suma utilidad en cualquier lugar. Y el lugar fue Barcelona.

Pese a la inestabilidad política y la amenaza anarquista estimulada por la CNT y la FAI, la Gran Depresión no había afectado tanto a España, y la Ciudad Condal seguía siendo la más destacada del país. Por otra parte, la Segunda República auspiciaba una sociedad más avanzada. Y, finalmente, era la ciudad en la que continuaban viviendo su madre y Eugenio, el hermano menor en cualquier sentido, ya que no solo la orfandad tras la muerte de Julio lo dejó en una situación débil, sino que padecía una leve sordera. Cuando Alfonso regresó, aquel, además de los cursos de esquí que impartía en invierno para el Club Alpí, se defendía como representante de material

médico: instrumentos de cirugía, palanganas, orinales y artículos diversos de hierro esmaltado utilizados en los hospitales, así como películas y placas fotográficas para uso radiológico. En el listín telefónico de Barcelona en 1936, Eugenio aparece en el apartado de «representantes», en el paseo de la República número 5, lo que indica que, a los veintinueve años, seguía viviendo con su madre. En su conjunto, una vida y trabajo «apasionantes». Sin duda, el divertido, audaz y carismático era Alfonso, por lo que Eugenio recibiría a su hermano mayor como agua de mayo.

El joven matrimonio Laurencic se instaló en la calle Roger de Flor, su único y último domicilio en Barcelona, muy próximo al paseo San Juan donde seguían viviendo Melitta y Eugenio. Alfonso reemprendió su trabajo como director de orquestas de baile en un momento en el que la presencia de extranjeros hizo que aumentaran cabarés, salas de baile y clubes de *jazz*, tan en auge en las grandes capitales de Europa. Y no tardó en montar y dirigir una orquesta de *jazz*: Los 16 Artistas Unidos (si bien el primer nombre fue Los Artistas Reunidos), en la que también ejercía de promotor y mánager.

Tras siete años en los salones de Berlín, el elegante Alfonso y su conjunto fueron muy bien acogidos en la Barcelona más europea, es decir, en locales frecuentados por la clase alta. Tal es el caso de La Bodega Andaluza del hotel Colón, ubicada en los bajos del prestigioso hotel, donde acudía la burguesía de la ciudad, así como artistas e intelectuales de la talla de García Lorca, Santiago Rusiñol, Ana Pavlova, Carlos Soldevila, los hermanos Álvarez Quintero... Aún más exclusiva fue la sala de baile Dancing Oshima, propiedad de la confitería, salón de té y restaurante Casa Llibre (establecimiento favorito del rey Alfonso XIII y lugar frecuentado por la aristocracia de Barcelona), donde Alfonso Laurencic hizo su debut, del que se derivaron sucesivas actuaciones. El conjunto causó tal sensación que en el diario *La Vanguardia* aparecieron varias reseñas con encendidos elogios hacia Los 16 Artistas Unidos, entre otros: «solistas y virtuosos»; «conjunto incomparable y único». En otra reseña se anuncia su actuación la víspera de Reyes de 1935 «tras la tournée por Europa», etcétera. Reseñas que acreditan que no actuaba en tugurios, como se ha asegurado en muchos textos, sino en los locales más exclusivos de la ciudad. No obstante, las relaciones con Casa Llibre, propietaria del Oshima —donde Alfonso fue nombrado asimismo director artístico y profesor de la orquesta—, sufrieron un revés por un incidente que

acabó en una denuncia que Alfonso interpuso a la empresa ante el Sindicato Musical de Cataluña el 11 de diciembre de 1935.

Extracto de la denuncia:

... a puerta cerrada, los directores, señores Carbó y Arnau, le coaccionaron obligándole a suscribir un escrito que al efecto le presentaron, por el que se le conminaba a dimitir de su cargo de Director Artístico. Así mismo, el señor Laurens denunció que le advirtieron que no le serían devueltos sus instrumentos musicales que tenía depositados en el local de Casa Llibre. [...]

Aunque no he dado con el motivo del contencioso, el 12 de enero de 1936 la orquesta volvió a actuar, lo que —de alguna forma— parece dar la razón a Alfonso. Es fácil imaginárselo, seguro de sí mismo, sacando su lado bravucón.

Otro célebre salón donde también actuó fue el Shanghai, en la Rambla de Cataluña. Su ubicación, muy próxima al Dancing Oshima, ya indica que tampoco se trataba de uno de los cabarets del Paralelo. Menos distinguido —aunque muy concurrido como salón de baile— fue La Buena Sombra, en la calle Gínjol, junto a la plaza del Teatro, cerca de La Rambla. Del mismo ambiente y actividad, en la plaza del Teatro estaba el Palermo. En suma, ninguno de los locales en los que trabajó Alfonso fueron antros de mala muerte. En cuanto al hotel Ritz, que aún no he mencionado, no creo que sea necesaria más explicación.

Tras Berlín, la vida en Barcelona continuó agradable para Alfonso y Meri: su vivienda estaba en una buena zona, era amplia y luminosa y, cuando menos en 1935, disponían de un coche. Asimismo, no tener hijos facilitaba a la joven esposa acompañar a su marido en sus actuaciones. En el último dibujo que Alfonso le hizo a Meri, ya en la cárcel tras la guerra, no vemos a una recatada burguesa de Barcelona, sino a una mujer de mundo, sofisticada y maquillada, demasiado, sin duda, para las damas locales de la época. Pero ella hacía vida con Alfonso, de cafés y noche. Que no es lo mismo que ser una «mujer de la noche», aclaro. En suma, la misma que hacían en Berlín. Me cuesta conjeturar qué habría sido de ellos si no hubiera estallado la guerra. El caso es que el 20 de julio de 1936, horas después del golpe de Estado, empezó el fin. Alfonso se presentó voluntariamente en la Jefatura de Orden Público, según su declaración, porque «soy un ferviente defensor del orden». Ahí comenzó la debacle. Jamás tuvo la actitud de un héroe dispuesto a servir al país, sino la de oportunista y señorito. Sin embargo, también le debió de acuciar la pregunta

de cómo subsistirían él y Meri, ya que todos los espectáculos quedaron suspendidos. Aunque como músico estaba debidamente sindicado, también era un elegante dandi que tocaba *jazz*, una música demasiado elitista e intelectual para los nuevos tiempos, por lo que se encontraba de nuevo en la misma situación laboral que lo había obligado a dejar Alemania.

Tres semanas más tarde, en agosto, los locales reanudaron la actividad, si bien todos los músicos tuvieron que adaptar su repertorio a la nueva sociedad, y no todas las salas subsistieron de la misma manera. Oshima —donde Alfonso había reinado—, como todas las demás, fue colectivizada. Las actuaciones prosiguieron hasta finales de 1937, pero con bailes familiares. Y esta circunstancia, en todo caso, era la cara amable del ambiente, porque la vida en Barcelona se presentaba terrible: todo escaseaba y la ciudad era un polvorín de continuas tensiones entre anarquistas de la CNT-FAI, trotskistas del POUM y el PSUC, de caza hacia los que optaron por apoyar la sublevación militar, de quema de conventos, de matanzas a sacerdotes y religiosas, de pillaje, de venganzas y de solventar antiguos rencores con denuncias y asesinatos. Asimismo, a partir de julio del 36, vestir de manera atildada era peligroso, ya que podía indicar una identidad burguesa. ¿Cómo vistieron él y Meri, a quienes tanto gustaba acicalarse, en una ciudad en la que los burgueses que no habían huido camuflaban su condición? Aunque no es imposible que, siendo extranjeros, no fueran medidos por el mismo rasero, me cuesta imaginar al gran dandi que fue Alfonso vestido como un obrero (como hicieron muchísimos burgueses). «A juzgar por su apariencia exterior, aquella era una ciudad donde las clases acomodadas habían dejado de existir. A excepción de unas pocas mujeres y de algunos extranjeros, no había gente “bien vestida”. Casi todo el mundo llevaba ropa tosca de trabajo, monos azules o alguna variante del uniforme de la milicia», escribió Orwell. Alfonso y Meri carecían de un negocio susceptible de ser requisado; y él, un músico que a la fuerza tuvo que disolver su banda de *jazz*, sin perder un minuto optó por hacerse notar ante el nuevo poder y obtener así beneficios extras. (Lo que no impidió que veinte días después de presentarse en la jefatura les confiscaran el coche.) Como sea, en aquel momento emprendió la senda temeraria que lo llevaría a la muerte.

Extracto de su declaración en el juicio respecto a su comparecencia voluntaria en la Jefatura de Orden Público:

FISCAL: ¿Le requirió alguien para ello?

PROCESADO: No; fui espontáneamente.

FISCAL: ¿Le dieron a usted la graduación de sargento?

PROCESADO: Yo dije que había estado en la Legión; presenté un certificado en el que se me hacía pasar por sargento de la Legión, y como en aquellos días no se podía confirmar este extremo, me dejé dar ese título, que me otorgaba cierta importancia y era una justificación para no actuar, desde el primer momento, como un simple ordenanza.

FISCAL: ¿Qué graduación le dieron en la Jefatura de Orden Público? ¿Qué cargo concreto desempeñaba?...

PROCESADO: Al segundo día vieron mi capacidad, y al tercero me hicieron ordenanza. Pero al saber que yo hablo siete idiomas, me nombraron intérprete oficial de la Comisaría de Orden Público.

FISCAL: ¿Prestó usted servicios como intérprete?

PROCESADO: Eso mismo.

FISCAL: ¿Acompañaba usted a elementos extranjeros?

PROCESADO: Se me nombró escolta de extranjeros, y con este título iba yo de un consulado a otro, a acompañar a los extranjeros, y en la comisaría facilitarles salvoconductos y controlar documentos. [...]

Alfonso se presenta prepotente (no quiere ser un subalterno invisible); sin embargo, su actitud también demuestra inseguridad ya que necesita afirmar su «jerarquía». La que confirió su padre a la familia. Siendo como era tan distinto a aquel —que ganó su posición con esfuerzo y sin fingir ser quien no era—, el hijo se persona para ayudar a restablecer el orden, pero necesita que le otorguen cierta importancia, y no una labor de «simple ordenanza». Alfonso pronto se ocupó de ayudar a los extranjeros en un momento en que había más de lo habitual, ya que habían llegado muchos de los atletas que debían participar en la Olimpiada Popular que con la asonada naufragó. En pocas horas, Barcelona se convirtió en un caos: no había pan; de hecho, no se podían comprar los alimentos más básicos... Es mucho más fácil obtenerlos si trabajas en un organismo público. Asimismo, no creo que sea inadecuado sospechar que ahí empezó a percibir dinero extra por ayudar a personas a salir del país. Porque Alfonso, fuera cual fuera la situación, siempre quiso subsistir de la mejor manera posible. Y la guerra es un enorme escenario de desórdenes de todo tipo: los robos y saqueos suelen estar a la orden del día, no digamos en una Barcelona en la que no había ningún respeto por la propiedad privada y se requisaron viviendas —con los enseres más codiciados y las joyas—, así como todas las empresas y comercios.

La Policía de Barcelona, aparte de todas sus otras inmoralidades, tenía establecido un fantástico negocio que giraba alrededor de la evasión de personas y capitales. Muchos de los agentes decían estar agregados a los Consulados del Mediodía francés, cosa que no era cierta y que aprovechaban para dedicarse al contrabando de alhajas y capitales en provecho propio. Se calculaban en 2.000 millones de pesetas los valores sacados a Francia por este procedimiento. Alrededor de los pasaportes se estableció también un enorme negocio. Y el salir de Cataluña era cuestión de abonar una cantidad más o menos crecida... No siempre se lograron estas evasiones, porque frecuentemente cogían el dinero y luego asesinaban a las personas a las que habían desvalijado por este procedimiento. [...]

El extracto anterior aparece recogido en la página 256 de *Causa General*, otro documento tanto o más relevante que el libro de Rafael López Chacón, por más que fue escrito por el gobierno de Franco (Chacón, referente indiscutido de Laurencic, también era franquista). Y con ello no quiero decir que Alfonso llegara al asesinato. De hecho, creo que fue de lo único que no se le acusó.

Tampoco fue al frente, donde se hubiera jugado la vida. ¿Para qué? ¿Para ayudar a un país que nunca sintió realmente suyo o porque como otros —fuera cual fuera su ideología— creyó en la necesidad de una revolución? No. Por más que mi propósito al empezar este libro fue entender por qué actuó como lo hizo, de nuevo no me engaño. Alfonso no era un joven soñador dispuesto a luchar por España, fuera en un bando u otro. No fue el idealista Orwell; ni tampoco Ernest Hemingway, quien no tardó en implicarse en la lucha del bando republicano. Ni el escritor alemán Willi Bredel, ni el republicano irlandés Frank Ryan, que participó en la batalla del Jarama; ni el escritor británico Arthur Koestler, ni André Malraux... Ni tampoco un resuelto quintacolumnista, o uno de aquellos intelectuales europeos que asumieron el marxismo como el mejor sistema social (lo que Raymond Aron llamó el opio de los intelectuales). Era justo el polo opuesto del miliciano italiano con quien Orwell, el día antes de alistarse en la milicia, cruzó unas pocas palabras en el cuartel Lenin de Barcelona.

Algo en su rostro me conmovió profundamente. Era la cara de un hombre capaz de asesinar y sacrificar su vida por un amigo; la cara que uno esperaría ver en un anarquista, aunque lo más probable es que fuese comunista. Había en ella franqueza y ferocidad, y también la enternecedora reverencia que sienten los analfabetos por aquellos a quienes creen superiores. [...]

Tres semanas después de presentarse como voluntario en la Jefatura de Orden

Público, Alfonso solicitó, y obtuvo, un documento del consulado alemán en Barcelona que acreditaba su colaboración con la Comisaría General de Orden Público.

El súbdito yugoslavo, Sr. Alfonso J. Laurencic, bajo petición, se certifica por la presente, que trabajó durante los actuales disturbios en Barcelona con el Secretario del jefe de la Policía (Secretario del Comisario General de Orden Público) y que jugó un papel decisivo, siendo en esta ocasión de gran ayuda para los ciudadanos alemanes.

No creo que sea casualidad que solicitara este documento justo al día siguiente de aparecer la orden de confiscación del coche, pero asimismo parece que se cubriera las espaldas ante un futuro en aquel momento impredecible. Tres meses después, recibió el encargo de actuar como agente de contraespionaje n.º 29, nombramiento que le llegó del entonces director de los Servicios Secretos de la Generalidad, Marcelo de Argila. Durante el juicio Alfonso alegó que en realidad actuó para el bando nacional, algo que no pudo demostrar. Por el contrario, no extraña que Argila lo incluyera como uno de sus hombres. Ambos tenían un perfil tan parecido que uno parecía el *alter ego* del otro, cuando menos en su procedencia, educación y formas. Marcelo era hijo de Jaime de Argila, periodista español que vivió unos años en El Cairo hasta que, al enfrentarse a la política del poderoso cónsul inglés Evelyn Baring, fue expulsado del país.

Tras la expulsión, la carrera periodística de Jaime de Argila se movió entre Barcelona, en donde dirigió *El Día Gráfico* y *La Tribuna*, París y Ginebra. En la ciudad suiza trabajó como corresponsal ante la Sociedad de Naciones y colaboró personal y profesionalmente con el Comité Panislámico, que luchaba por el fin del colonialismo en los países árabes y el Magreb.

Gracias a los continuos cambios de residencia y a las amistades de su padre, Marcelo de Argila creció en un ambiente cosmopolita que lo convirtió en un políglota dotado de un notable don de gentes. Además, su aspecto físico le permitía moverse con soltura por Europa y destacar en España: era alto, de cabello rubio rojizo, piel blanca y ojos azules. Consciente del impacto que causaba en sus interlocutores, cultivó unos modales de *gentleman* y un buen gusto en el vestir...

... escribe en su blog el periodista José Luis Ibáñez Ridao, quien también señala que Argila hablaba catalán, castellano, italiano, francés, inglés y árabe. Igualmente era rubio y de ojos azules Laurencic, aunque nunca fue alto (como se señala en todas sus descripciones y como detalla Chacón al relatar su

entrada en la sala del Palacio de Justicia donde tuvo lugar el juicio): medía 1,72 centímetros. Aun así su presencia podía resultar imponente. Más por su empaque de hombre de mundo que por su talla física.

Creo que la única diferencia entre Marcelo y Alfonso residió en que aquel era un republicano radical, masón y con ambiciones políticas, y Alfonso ni siquiera se adscribió a ningún partido del Frente Popular, y tampoco tuvo nunca una filiación, más allá de la sindical por ser músico. Sin embargo, las cosas no le fueron mal (en lo posible, dentro de la terrible anarquía que reinaba) mientras Argila estuvo en Barcelona, ya que Laurencic señala como el principio de sus detenciones el momento en que aquel dejó su puesto tras los Hechos de Mayo de 1937, siendo sustituido por Fernando Meca Sánchez, nombrado jefe del Servicio de Información Militar (SIM). No deja de ser cierto que cuando el POUM perdió el poder y fue reemplazado por el PSUC, que tenía como aliado al sindicato UGT, cualesquiera de los anteriores colaboradores pasaron a ser adversarios del nuevo gobierno, y en consecuencia perseguidos.

A partir de julio de 1937 Alfonso Laurencic estuvo detenido en varias ocasiones y en distintas checas. Pero sus detenciones nunca se debieron a algún tipo de actuación política o subversiva, sino a que, aprovechándose de su posición como agente de contraespionaje, vendió pasaportes falsos cobrando importantes sumas. No obstante, la primera vez que fue arrestado y conducido a la checa de la Puerta del Ángel, declaró que la causa de su captura se debió a que él sospechaba que Paulino Gómez Sáiz, delegado de Orden Público de Cataluña, era el asesino de Mark Rein, hijo del dirigente menchevique Rafael Abramovitch, redactor en París del diario *Le Populaire*. Si en verdad le confió a alguien esta sospecha, Laurencic fue un insensato, ya que acusar a Gómez Sáiz, hombre de la total confianza de Negrín, era una tremenda imprudencia. Pero también lo era estafar al SIM, como luego haría una vez empezó a colaborar como «arquitecto». Es curioso, sin embargo, que el único documento hallado relativo a una estafa —supuestamente llevada a cabo por Laurencic, con fecha 13 de febrero de 1936— demuestre que el juez la sobreescribió. Pero esto sucedió antes de la guerra, cuando comprar víveres era posible. Al estallar la guerra, Barcelona se convirtió en una ciudad donde toda ley, moral y humana, se quebrantaría.

En la primera detención fueron apresados asimismo su hermano Eugenio y Meri (no fue ese un periodo en el que el gobierno se anduviera con remilgos

de ningún tipo, ni comparecencias previas, ni juicios). De hecho, desde el inicio de la guerra, el destino de Eugenio estuvo estrechamente ligado al de su hermano; por el relato de las declaraciones de ambos, siempre parece acompañar a Alfonso en sus quehaceres (o más bien, andanzas). Alfonso no solo era el mayor, sino su única familia en aquella Barcelona convulsa. A Melitta, que hasta el final de su vida pasó los veranos con su familia entre la tranquila y pequeñoburguesa ciudad alemana de Weihwasser y Dresden, el golpe de Estado en julio del 36 la debió de sorprender estando allí de vacaciones. Ante la nueva situación en España, todo indica que decidió no regresar hasta que acabara la contienda (momento que coincidió con una Alemania en los prolegómenos del inicio de la Segunda Guerra Mundial).

Tras los primeros interrogatorios en la checa de Puerta del Ángel, los tres fueron trasladados a la de Vallmajor, donde permanecieron hasta el 29 de diciembre de 1937, momento en que Alfonso y su hermano fueron trasladados a la de Santa Úrsula en Valencia, y un tiempo después a la cárcel de Segorbe. Durante esos primeros meses en prisión, no hay constancia de que Laurencic colaborara con sus cancheros, a los que sin duda despreciaba (de forma que solo les hizo el paripé cuando, más tarde, encontró la manera de obtener algunas prerrogativas). El nuevo poder había pasado a manos de la clase obrera y todos se trataban de tú a tú; de camarada a camarada. Lo que aguantó de mala gana, como con el tiempo manifestaría sin reparos.

Tampoco hay registrados incidentes en Valencia, pero ahí vio Alfonso por primera vez cómo eran y cómo se actuaba en las checas una vez que Negrín tomó el poder (mucho más atroces que las cárceles de los primeros tiempos de guerra). Con todo, no solo Chacón tergiversa la actuación de Laurencic, sino que también lo hacen otros textos relevantes, incurriendo además en argumentos imposibles y nunca demostrados. En la solapa del libro *La república del crimen*, de Francisco Gutiérrez Latorre, periodista y último director del diario *Solidaridad Nacional*, dice:

Con asombro y terror, el 30 de enero de 1939, se descubrieron las checas que la República del Crimen ha instalado en Barcelona para torturar a los presos. [...] La silla eléctrica que aparece en la portada era la auténtica, instalada en la checa de la calle Vallmajor. Las checas fueron diseñadas por un delincuente profesional yugoeslavo, Alfonso Larentic [sic], sobre planos muy similares a los de la checa que funcionó en la capital de Valencia con el nombre de Santa Úrsula...

Inaudita mezcolanza, pues solo hubo dos checas con «diseños» de Laurencic, el cual no se encargó, en cualquier caso, de proponer o instalar sillas eléctricas; pero a la verdad solo se llega siendo muy riguroso, y no puede ser ecuánime quien acusa «a bulto». Y el ejemplo de las checas de Valencia es flagrante, ya que estas precedieron a las de Barcelona, las cuales recrudecieron su actividad cuando el gobierno republicano trasladó su sede a la capital catalana en octubre de 1937, mientras el SIM se organizaba en las cuatro provincias catalanas, a imagen y semejanza de aquellas.

Si bien en la capital del Turia, bajo el mandato de Loreto Apellániz García (jefe de la policía del SIM), están certificadas seis checas, según documenta *Causa General*, el DEDIDE —Departamento Especial de Información del Estado, un organismo de represión que luego se extendió a toda la España roja —habilitó dos que destacaron por su extrema brutalidad: las checas de Bayla y Santa Úrsula (en la que estuvo preso Laurencic). En ambas se practicaron torturas que no se limitaban a feroces apaleamientos, sino al uso de torniquetes para descoyuntar los miembros, quemaduras en las extremidades, inserción de estaquillas entre las yemas de los dedos y las uñas, estrujamiento de los órganos genitales, colgamiento de los presos del techo con la cabeza abajo, reclusión de los mismos en celdas cuyo suelo tenía dos palmos de agua..., o algo peor —si ello era posible—: encerrarlos en cajones de un metro cuadrado de base y de poca altura donde, sin comer, permanecían encogidos durante varios días hasta que caían desvanecidos. El menor de los castigos era vivir en celdas sin luz e impregnadas de humedad de las que no se les permitía salir, por lo que los presos evacuaban sus necesidades en la misma mazmorra.

Resulta ilustrativa la descripción que aparece en *Causa General* acerca de las torturas que sufrió Federico Espinosa de los Monteros en 1936:

... fue maltratado durante tres meses, desde agosto a noviembre de 1936, en las checas del SIM de las calles de Sorní y Carniceros, de Valencia, bajo la dependencia de Loreto Apellániz, por los siguientes procedimientos: Atado al respaldo de una silla le fueron retorcidos los órganos genitales, martirio que le produjo una fortísima orquitis, de la que todavía —en junio de 1941— se resentía; en la mencionada checa de la calle de Carniceros permaneció encerrado en una habitación de techos bajísimos que le hacía permanecer en flexión casi continua durante los treinta y seis días que duró su encierro en dicha habitación, cuyo piso se encontraba cubierto por un palmo de agua, que le impedía sentarse.

Al ser trasladado a la cárcel de Segorbe, las condiciones de supervivencia empeoraron para Alfonso, ya que se trataba de un campo de trabajo. (Si bien no hay rastro de que nunca fuera torturado.) Y también pensaba en Meri, sola en Barcelona, ya que su preocupación y amor por ella, en cualquier situación, siempre permanecieron inquebrantables sin que aparezca sospecha alguna de otras relaciones. Como lo fue también la protección que, a su manera, ejerció sobre su hermano. Pero Alfonso encontró la forma de que ambos salieran de Segorbe, ya que, según su declaración, sobre él pesaban doce condenas de muerte y había oído que se le iba a ejecutar. Resulta difícil discernir qué versión es cierta: si la que aportó recién apresado, cuando declaró que en abril de 1938 él y su hermano fueron de nuevo trasladados a la checa de Vallmajor en Barcelona, o la que explicó en el juicio:

PROCESADO: [...] Entonces utilizando nombre supuesto y mi segundo apellido logré llegar a Barcelona. [...] me interesaba hacer el mayor número de cosas posibles para salir de aquella situación.

DEFENSOR: De manera que usted vino de arquitecto; pero no sabía que era para construir esas celdas. [...]

PROCESADO: Yo padecí, durante veinte meses, una avitaminosis, y quería, en ese trance, hacer lo que fuera para salvar la vida.

DEFENSOR: Cuando se le propusieron a usted estos trabajos, ¿se sintió usted coaccionado de tal forma que no pudo negarse a ellos?

PROCESADO: [...] Tengo que decir, primero, que, como simple detenido del SIM, cuando me hice pasar por arquitecto, yo podía, en efecto, estar coaccionado. Yo estuve trabajando en la carretera de Teruel, quitando piedra. Nadie sabe lo que yo sufrí.

El profesor de Geografía e Historia, Jordi Nistal i Refart en su libro *El camp de treball de la falç i el martell*, relata que los campos de trabajo fueron instituidos por el ministro de Justicia Juan García Oliver, en diciembre de 1936, a fin de reformar el régimen penitenciario y regenerar a los reclusos haciéndoles realizar trabajos en favor de la colectividad. Campos que en 1938 se instalaron en Cataluña bajo el control del SIM, al avanzar el ejército de Franco e instalarse el gobierno en Barcelona. En estas cárceles «al aire libre» se obligaba a los presos a trabajar catorce horas diarias a las que había que sumarle la larga caminata de ida y vuelta. Entre las pésimas condiciones de vida, además de un único plato al día y un panecillo de doscientos gramos por todo alimento, los presos jamás se cambiaban de ropa, con el consecuente deterioro de la misma, andrajosa y hecha jirones, por no hablar de los zapatos,

que enseguida quedaban inservibles. Llegado este punto —y llegaba pronto—, los presos se apañaban un nuevo calzado con trozos de goma de viejos neumáticos que sujetaban a sus pies con alambres y correas. Asimismo, carecían de toda higiene; la falta de agua y la insalubridad de los corrales y barracas donde estaban instalados facilitaban la proliferación de todo tipo de insectos, parásitos y roedores. En estas condiciones, abundaban la colitis y la disentería como enfermedades más comunes, pero algunos también padecieron ceguera temporal, llagas y forúnculos en pies y manos, inflamaciones de piernas, pies y cara, tuberculosis, pérdida de oído... Solo los más graves pasaban por el hospital.

Sin duda el campo de trabajo de Segorbe no debió de ser un centro de salud, pero, aunque la declaración de Alfonso pueda revelar más dramatismo, si en verdad hubiera escapado, ¿lo hizo para llegar a Barcelona y una vez allí, cual cordero, ir, *motu proprio*, derecho al «paraíso» que era la checa de Vallmajor? Entiendo que es más fiable la primera declaración. Luego, a la espera del juicio, tuvo tiempo de preparar respuestas menos comprometidas y también más dramáticas. Pero para faltar a la verdad hay que tener una memoria extraordinaria, algo difícil (mucho más en una situación de extrema tensión como es un juicio). Lo que lleva a contradicciones. Buena prueba es que habiendo declarado poco antes que se había graduado como arquitecto en Viena, luego, en este contexto, dice «cuando me hice pasar por arquitecto». Un ofrecimiento profesional que dijo haber hecho «coaccionado», cuando, de hecho, nadie solicitó un arquitecto. Podía temer por su vida, como todos los presos, pero no se hizo pasar por arquitecto por coacción alguna, sino porque decidió servir a sus captores. Habían transcurrido nueve meses desde su detención; para entonces alcanzó a comprender que, si quería sobrevivir en mejores condiciones (incluso solo sobrevivir, se puede admitir), una vez más era necesario congraciarse con el nuevo poder, el SIM, y quizá, asimismo, llegar a conseguir la libertad. Porque Alfonso no se hundía fácilmente, y, además, era audaz e imaginativo.

Tan pronto Eugenio y él llegaron a la checa de Vallmajor en Barcelona, se presentaron como voluntarios. Era el primer paso, y estaba dispuesto a dar todos los necesarios. Desde la muerte de su padre, no había hecho otra cosa más que encontrar formas de supervivencia. Y esos no eran tiempos en los que mostrar sus habilidades con la batuta, eran tiempos en los que convenía olvidar la música, los encantadores salones de baile de la Alemania de

Weimar, el placer en cualquiera de sus formas. También los amaneceres con Meri, si quería recuperarlos.

¿En verdad hubiera estado en juego su vida de no haber colaborado? En una guerra tan atroz, nada, absolutamente nada, es imposible. Para conservar la dignidad hay que ser muy valiente o tener unos ideales muy arraigados, y ese no era su caso. Obviamente estar preso en una checa era vivir en una situación de alto riesgo y, además, inmunda. Cooperando a su manera, que no era ensuciándose las manos —era demasiado elegante para cometidos tales como aporrear o torturar a un detenido—, Alfonso se dijo que podía mejorar su vida en aquel infierno. No era tan complicado: siempre hizo lo imposible por sobresalir, hacer valer su esmerada formación, sus modos exquisitos, su talante mundano, no ser confundido con la plebe. Por ello decidió ser arquitecto para aquella panda de asesinos catetos, sin vislumbrar la perspectiva de que no lo sería para nadie cuando acabara la guerra. Ni tampoco músico, ni pintor, ni decorador. Ni marido de Meri. Sino simplemente un cadáver más al que pronto el mundo olvidaría, para quedar solo mencionado en libros y artículos como el ideólogo e impulsor de checas, así como estalinista al frente del SIM. Sin embargo, entre los datos que aporta *Preventorio-D, ocho meses en la checa* —libro del falangista Félix Ros, detenido y conducido a la checa de Vallmajor en junio de 1938—, tenemos el nombre de todos los jefes y celadores, cómo eran y cuál fue su cometido. Ningún Alfonso, ningún Laurencic. Tampoco aparece en los exhaustivos informes que Erno Gerö, bajo el pseudónimo de Pedro, mandó a la Unión Soviética sobre España. Informes recopilados en las 768 páginas del libro *España traicionada*. Ni rastro, asimismo, en *El caso Orlov. Los servicios secretos soviéticos en la Guerra Civil de España, 1936-1939*, del historiador ruso y exagente de los servicios de inteligencia rusos Boris Volodarsky.

En Vallmajor, como Alfonso anhelaba, no tardó en «llamar la atención» del jefe supremo del SIM: Santiago Garcés. Léase: hizo todo tipo de piruetas meritorias y varias demostraciones de sus muchas habilidades para que este se fijara en que no era un preso cualquiera, ni tampoco un copartícipe de la quinta columna. Y Garcés lo nombró arquitecto de la secretaría particular. Pero el SIM no planeaba una expansión inmobiliaria en Barcelona, sino construir nuevas celdas de castigo como las que ya había hecho en Valencia, y antes en Madrid, a imagen y semejanza de las originales: las cárceles rusas de la represión estalinista. Lo que no hizo Laurencic fue construir todas las

checas de Barcelona (cuarenta y cinco). Ya lo estaban. Se impone aclarar asimismo que nadie erigió ningún edificio con este fin, ya que el SIM, simplemente, se apoderó de los mejores inmuebles, colegios y templos de Barcelona donde o bien se instalaron a vivir utilizando todo el ajuar de los antiguos propietarios, o los transformaron en centros de investigación e interrogatorios; y también en cárceles, checas.

Una vez que Pedro Garrigós, gobernador del Banco de España, aprobó los planos que Alfonso le presentó, entre mayo y junio de 1938, se construyeron las mazmorras de Vallmajor. Así consiguió Laurencic, para él y para su hermano, la condición de «libertad vigilada». De nuevo pudo asearse, vestir con elegancia, ir a su casa... Y, o bien le fue devuelto el coche que al principio de la guerra le había sido confiscado, o bien le fue adjudicado otro. No era la vida que llevaba antes de 1936 —por no mencionar la que disfrutó en vida de su padre—, pero era una manera de sobrevivir menos dura, mucho más llevadera, aunque para ello tuviese que codearse amigablemente con agentes del SIM a los que despreciaba por su tosquedad, y de los que además no desconocía su brutalidad con los presos, su extrema crueldad en general. En suma, él nunca formó parte del grupo de interrogadores; solo —y nada menos— se trataba de ayudar a las gentes del SIM a construir celdas como las que había visto en Valencia, incluso algo peores. Del trabajo sucio se encargaban ellos.

Tras las celdas de Vallmajor, bajo las indicaciones de Urdueña, miembro del servicio policíaco del SIM, Laurencic prosiguió cumpliendo encargos. En julio iniciaba la construcción de las celdas en el antiguo convento de religiosas Sanjuanistas, en la calle Zaragoza. No obstante, a mediados de mes fue requerido por el tal Urdueña para que construyese tres armarios de castigo en Vallmajor. Urdueña quería empeorar las condiciones físicas de los presos para que, en el momento de ser interrogados, estuvieran agotados, física y moralmente. Y Laurencic no solo cumplió el encargo (una vez iniciada la colaboración no tenía otra alternativa a menos que estuviera dispuesto a perder los privilegios conseguidos), sino que hizo méritos proponiendo nuevos elementos «escenográficos» para las mismas. La guerra le había arrebatado una vida amable; buscando mantener un tipo de estatus, perdió todo sentido de los límites morales. Y si bien puede ser cierto que, como declaró, propuso más servicios higiénicos, duchas, enfermería, barbería... eso no exculpa a quien se «vendió» como arquitecto para deteriorar las condiciones

de vida de los presos, aunque no fuera esta su primera intención. Porque se puede perdonar una traición ante el horror a ser torturado de la forma más cruel, tal como sucedía en las checas. Lo que no tiene justificación —ni siquiera en tiempos de guerra— es prestarse a colaborar con tus canchales con el solo fin de mejorar tu propia condición de preso, empeorando la de los otros reclusos. Acabada la contienda, Laurencic no podía esperar comprensión. A quien falló y traicionó fue a todo ser humano.

Sin embargo, también afirmo que lo que en realidad temían aquellos presos eran los interrogatorios. De no ser por esta amenaza, permanecer unos días en unas celdas cuya cama era de cemento inclinado, no poder caminar porque había unos ladrillos de canto que lo impedían, oír el metrónomo, soportar día y noche un potente foco, el techo graduable, los dibujos «psicotécnicos»..., todo ello, aunque les aturdió, mareaba, agotaba, abatía en su desnudez (así los metían sus carceleros para vejarnos más si cabe), los presos lo hubieran soportado. No eran mejores las condiciones de las celdas «normales», donde apenas comían y en las que tampoco podían lavarse; donde cabeceaban hacinados soportando piojos, chinches, sarna, ratas, excrementos... vestidos siempre con la misma ropa que llevaban en el momento de su detención. Y siempre, sobre todo, con la amenaza de ser interrogados. Los que «cantaron» lo hicieron porque no soportaron las terribles torturas. En realidad, no hay ningún testigo de cuantos sobrevivieron —y además escribieron sobre este pasaje de sus vidas— que no exculpe a quien, vencido, acabó revelando lo que sus interrogadores querían saber.

Alfonso nunca formó parte del equipo de estos, y nadie en el juicio lo señaló como tal, pero en ninguna fase de la declaración manifiesta ningún tipo de empatía hacia el sufrimiento de los presos. Más bien al contrario. «Debo confesar con toda franqueza que, si bien en estos momentos la suerte de los detenidos me preocupaba bien poco de si quedarían impresionadísimos o no, tuve una gran alegría personal, pues veía la posibilidad de lucirme en una decoración sui géneris que halagaba profundamente mi personalidad de artista», declaró (sorprendentemente) al relatar cómo se sintió cuando le encargaron que diseñara unas celdas especiales tanto para los incomunicados como para los interrogatorios más duros. En consecuencia, tampoco confraternizó con ninguno en aquel entorno. Por lo que no extraña que, acabada la guerra, nadie se prestara a apoyar su defensa en el juicio. Ni siquiera aquellos a los que Alfonso aseguró haber ayudado al trabajar estos

bajo sus órdenes como albañiles. Presos que él mismo escogió; y escogió los que le parecieran menos rudimentarios, más afines a su educación y cuna (entre los nombres que menciona, consta un médico). No por ello el trabajo era menos duro, y además la jornada era de sol a sol, pero el SIM les premiaba con doble ración de rancho y pan. Un regalo considerable en aquel infierno. A pesar de este favor, que algo les reconfortaba, Laurencic no dejó de comportarse nunca con gran prepotencia y actuando antes de nada en su propio beneficio. De hecho, fueran presos o miembros del SIM, Alfonso los trataba con desdén. Nada que ver con ninguno de cuantos testimonios de otros detenidos he encontrado, ya que todos ellos hablan con humanidad de sus compañeros de infortunio, sin distinguir quién era obrero o burgués.

Su carácter arrogante, el uso y reparto que hacía de los fondos destinados a la realización de las obras, así como los bienes que sacó de edificios expropiados, lo pusieron en varios aprietos y le supusieron nuevas detenciones, porque si bien disfrutaba de una cierta libertad, nunca dejó de ser un prisionero del SIM. Sobre su estilo resulta muy ilustrativo el siguiente párrafo de la página 3 de su Causa General.

El 2 de julio de 1938, día de mi cumpleaños, y en el que había pedido al Jefe Principal de Prisiones, López, permitiese el que los dos agentes me acompañasen a mi casa, y si bien estuviesen presentes, nos permitiesen efectuar una pequeña fiesta familiar, este día, por contra, nos fue confiscado el coche, derogados todos los privilegios, confinados en Misiones como todos los demás, y obligados a pasar lista, formar y tomar rancho, así como dormir entre los otros reclusos, que hasta ahora había dirigido de día como Arquitecto. Moralmente el golpe fue enorme. Nos fue difícil reducirnos a ello y, solicitada la autorización de hablar con el Director, le dije en nombre mío y de mi hermano, que si bien como recluso no podía el rehusar el pasar lista, formar y dormir allí como los demás, que lo único que me quedaba libre y que era bien mío, la comida, que rehusábamos tomarla en aquellas condiciones y que antes reventaríamos de hambre que formar a rancho como los demás. [...] no queríamos exponernos a las vejaciones y regocijo de los otros reclusos, si bien contamos entre ellos con la sincera amistad de los conocidos blancos [Alfonso se refiere a los nacionales] [...] quedaba aún una parte simpatizante de los trabajadores míos [...] y la otra parte, rencorosa, por no haber contado con ellos. En fin, la diferencia de clases era patente, ya que ellos todos como calificados, peones o paletas, etc. eran reconocidos proletarios.

Y no es este el único testimonio de su desprecio a la clase proletaria. En la página 18 de su Causa, consta el siguiente comentario al respecto del sargento Mendoza, director de la checa de la calle Zaragoza: «Él y su guardia de corps,

de nueve maños, se instalaron en Zaragoza, en donde como director, quiso tenerlo todo a su servicio, oficinas, despacho, dormitorios, baño, garaje, etc. Mi hermano (así como las copias de los oficios dirigidos a la sección técnica) podrá comprobar que ningún mueble, ningún cortinaje, ninguna alfombra era demasiado cara para este *parvenu*». En términos coloquiales, creo que es lícito decir que solo a un rematado pijo se le podía ocurrir soltar esta parida en su primera declaración ante el fiscal secretario.

Pese a las nuevas irregularidades detectadas por el SIM, Alfonso les era útil, y no tardó en ser requerido para que continuara con las obras. Instalado en la checa de Misiones —uno de los edificios de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 donde tenía su centro de operaciones como arquitecto—, acabó las celdas de la checa de la calle Zaragoza, decoró las dependencias de Mendoza y sus gentes, se le llamaba para diversas reparaciones en otros centros, recibió el encargo de hacer un informe para acondicionar como prisión el monasterio de El Collell... Aunque, crecido en sus nuevas atribuciones, y sus «aportaciones psicotécnicas» (que contaban con el beneplácito de Garcés), tuvo un nuevo altercado con Mendoza; según Laurencic, porque estaba celoso de su entendimiento con el jefe supremo, pero también porque protegía demasiado a los presos con las mejoras que proponía para estos en las checas. A lo que se puede añadir: y porque lo trataba como a un idiota. «Si surgía alguna dificultad, y como intermediario, yo le proponía a Mendoza de solventarla, sea por incapacidad o de mala gana, nunca quiso resolver nada, y si yo, con un particular cinismo que me es personal, y que sabe exasperar al más estoico, lo sacaba de sus casillas». Sacando a Mendoza de sus casillas, el 31 de agosto de 1938, tras una riña con este, él y su hermano fueron detenidos nuevamente. Meri quedó en libertad, pero le fue prohibido visitar a Alfonso. Sin más dilación, el mismo día ambos hermanos fueron llevados a El Collell. El último destino de Alfonso Laurencic como preso del SIM. Nunca más volvió a ser libre.

A finales de 1938, llegaron a vivir en El Collell más de dos mil personas amontonadas. La mayoría eran presos del SIM trasladados desde diversas checas, pero también brigadistas internacionales, así como algunos soldados desertores del ejército republicano. El 24 de enero de 1939, llegó un autocar de Barcelona con más presos. Entre ellos estaba José María Poblador, con quien Laurencic, según su declaración, «tuvo el gusto» de organizar las guardias e imaginarias de retiro, así como el servicio de agua, luz y abasto,

abandonado por los rojos en los días que siguieron a la huida de estos últimos hacia Francia.

... las circunstancias me llevaron a conocer el llamado Poblador (y su esposa), excapitán profesional detenido en El Collell. [...] Poblador, enterado de que yo había sido el «constructor» de estas celdas, me contó haber permanecido cuarenta y ocho horas en una de ellas; aclarándome: que al entrar y ver el «decorado» supuso inmediatamente el efecto que con el mismo se quería producir, que a tal efecto se hizo fuerte y no se dejó impresionar y que las cuarenta y ocho horas le dejaron tan tranquilo. (Lo que a mí me parece es posible en un Poblador que es todo un carácter, pero que no es forzosamente idéntico sobre todos los otros temperamentos).

Algunas fuentes señalan a Poblador como el que delató a Laurencic. Bien podría ser. Activista de derecha, abogado, falangista, miembro de las milicias nacionales que prepararon el alzamiento en Barcelona, enlace de la UME... ¿Cómo no lo iba a delatar? Pero Alfonso, cuya soberbia era tan infinita que nunca vislumbró las posibles consecuencias de su carácter, no solo no tuvo reparos en admitir su participación en las celdas, sino que se prestó a comentarlas con aquel al que, como máximo, pudo eventualmente tratar solo dos semanas. Ambos estaban entre los últimos que se quedaron en el santuario. El hambre, la escasez en todo, así como el frío de aquel duro invierno habían dejado a todos aquellos hombres enfermos o, como poco, extenuados. Sin embargo, ¿por qué Laurencic no se fue a tiempo con todos sus compañeros del SIM? No huyó porque él nunca fue uno de ellos; y porque, en su insolente inconsciencia, creyó que sería tratado como un preso nacional, ya que había trabajado para las gentes del SIM, pero como recluso y víctima (cuando menos a su parecer). Y además estaba Meri, a la que jamás pensó abandonar a su suerte en Barcelona.

Con el ejército del Frente Popular diezmado y en retirada, las tropas nacionales avanzaron sobre Cataluña, tomaron Barcelona y finalmente Gerona y Figueras, así como los pueblos adyacentes. El 7 de febrero Alfonso era detenido por las tropas nacionales a las que solicitó, siendo él austríaco, ser puesto a disposición de los oficiales alemanes «para quienes tenía importantes datos». (Una vez más, se hacía notar. ¿Cómo fue posible tanta fatuidad?) Entregado a un oficial de la Legión Cóndor, once días más tarde, ingresaba en la cárcel Modelo de Barcelona «rigurosamente incomunicado». Una Barcelona no menos fría que El Collell, y además asolada y sin víveres, y con las tropas

franquistas con ganas de una revancha extrema. Meri, su mujer, ingresó en la cárcel de Les Corts el 12 de febrero, y Eugenio, que se había quedado con los demás presos en el monasterio, al día siguiente fue puesto a disposición del SIPM y conducido a la Modelo, donde permaneció también incomunicado hasta el juicio de su hermano.

El consejo sumarísimo, esperado con gran expectación, tuvo lugar cuatro meses después: el lunes 12 de junio. Pasadas las cinco de la tarde, con la sala llena a rebosar, el presidente anunció que había quedado constituido el consejo de guerra sumarísimo para ver y fallar la causa instruida contra Alfonso Laurencic, acusado del delito de rebelión militar. Todos los miembros del tribunal, así como el fiscal, el abogado defensor y el secretario, eran militares de alta graduación. Si bien era un juicio contra Alfonso Laurencic, en realidad —me atrevo a afirmar— fue contra todos los republicanos. Por lo que su condena a muerte estaba decidida de antemano. Pero Alfonso llegó al Palacio de Justicia probablemente convencido de que también saldría de aquel «apuro». De ahí su entrada con apariencia segura y tranquila, su saludo elegante al tribunal con una inclinación de cabeza. Solo muy adelantada la sesión comprendió que estaba irremisiblemente perdido. Lo estaba de antemano, pero todas sus respuestas no pudieron causar más que rechazo. Porque Alfonso supo defender su vida en el contexto del bienestar placentero que fueron los tiempos de paz; en tiempos de guerra, y de una guerra que nunca sintió suya, apareció esa parte más oscura que habita en todo ser humano.

La declaración de Alfonso ante Eusebio Rams Català, fiscal secretario de la pieza n.º 4 (checas) de la Causa General de Madrid, expuesta y comentada, ya es sumamente ilustrativa. No solo porque explica con todo detalle cuál fue su cometido e intervención en las celdas, sino porque no oculta su chulería en cualquier situación. No lo podía evitar, era así: soberbio y narciso hasta las últimas consecuencias. De modo que así se condujo en su interrogatorio en el consejo sumarísimo, del que extraigo algunos momentos.

PONENTE: ¿Usted compareció más de una vez ante las autoridades rojas?

PROCESADO: Sufrí sesenta y dos interrogatorios.

PONENTE: ¿Y les engañó todas las veces?

PROCESADO: Lo hice bastante bien, porque salí de aquellos apuros desmintiendo más de la mitad de los cargos.

Alfonso, siempre tan convencido de que podía manipular a cualquier interlocutor que tuviera delante, ¿creyó tal vez que se podría ventilar igual aquel juicio, que podría refutar los cargos que ahí se le imputaban? Creo sinceramente que sí.

Extracto de la declaración en el juicio sobre su turbia intervención en los Hechos de Mayo de 1937:

EL SR. PRESIDENTE: ¿Usted intervino en los sucesos de mayo de 1937? Concrete: sí o no.

PROCESADO: Yo intervine con una intención, con mi propia intención.

FISCAL: ¿A favor de quién?

PROCESADO: A mí me interesaba sabotear la causa roja, y me he dedicado a sembrar el desconcierto. Pasé tres días haciendo kilómetros de unas barricadas a otras. Pude permitirme este lujo porque llevaba pasaporte extranjero. Lo único que me pedían era el carnet, y entonces me dejaban pasar. ¡Aún me parece imposible cómo yo iba de una barricada a otra! Animaba a los individuos de un bando contra los del otro, y hablaba mal de cada grupo y de cada individuo.

FISCAL: ¿Le detuvieron a usted por esa intervención suya?

PROCESADO: ¡No, señor! A mí me detuvieron en julio de 1937 por otras causas.

Otro momento en verdad alucinante fue cuando Alfonso alegó que su colaboración con el SIM en realidad era para obtener información y así ayudar a la causa nacional. Pero cuando fue interrogado al respecto, solo pudo declarar que había conocido a un falangista con el que nunca intercambió información.

FISCAL: Diga usted los nombres de los jefes españoles de la Zona Nacional con quienes se relacionaba.

PROCESADO: He de advertir que el espionaje lo hice, primero, por cuenta propia. Por ello no pude mantener relación absolutamente con nadie, porque estaba vigilado por todo el mundo, y todo el mundo sabía que estaba al servicio de los rojos. [...]

FISCAL: De suerte que no tuvo usted ninguna relación con ningún jefe del Ejército nacional.

PROCESADO: No pude tenerla.

FISCAL: ¿Y con algún grupo de Falange?

PROCESADO: Sí; tenía una amistad. Había estado tres veces en la cárcel y era mi confidente.

FISCAL: ¿Cómo se llamaba el falangista?

PROCESADO: Santiago Rives Queralt.

FISCAL: ¿Pero no mantenía usted contacto con algún grupo de Falange de Barcelona? Porque usted sabe que actuaba la quinta columna...

PROCESADO: Debo advertir que no tengo idea de lo que es la Falange; no lo he sabido nunca.

Si lo que Laurencic pretendió demostrar fue que había saboteado la causa roja espionando para los nacionales, resulta insólito que no supiera qué era la Falange, ni la quinta columna, ni que nunca pasase información siquiera a una persona. Es más, cuando le preguntaron si le confió al falangista Rives Queralt que era espía, Laurencic respondió que el que hace espionaje no lo dice. Y para reforzar su tesis de que en realidad quería ayudar a la causa nacional, intentó convencer al tribunal de que, con la sola ayuda de su hermano, urdió volar la central del SIM con explosivos que había sustraído en la checa de Misiones. Una temeridad tan difícil de sacar adelante que más parece una fantasía concebida para reforzar aquel argumento. Y si en verdad llegó a maquinar este atentado, más debió de ser para escapar —para salir cortando en medio del revuelo— que para llevar a cabo un acto heroico en favor de los nacionales. De Alfonso Laurencic se puede admitir, a la vista de los hechos, que fue un sujeto atípico, distinto, independiente en la vida y en el caos que fueron los casi tres años de guerra, pero ante tales declaraciones, cualquiera puede preguntarse, además, si estaba en sus cabales. O si llegó a entender en algún momento aquella guerra en la que, a su manera, participó.

A partir del libro de Rafael López Chacón, se ha ido repitiendo no solo el relato del juicio, sino las opiniones tendenciosas del autor. En la primera descripción de Laurencic, el autor lo compara con Joseph Fouché: «Laurencic es el genio tenebroso al igual que Fouché, el político de la época de la Revolución francesa, el Consulado y el Imperio, que implantó en Nantes el dominio del terror y el ateísmo». Sin embargo, Laurencic jamás fue un político, ni ocupó ninguna cartera siquiera eventualmente, ni tuvo ningún poder; ni influencia alguna. En absoluto. Tampoco organizó ni implantó el terror y el ateísmo en Cataluña. De las iglesias se ocuparon con diligencia las gentes del POUM, de forma que Andreu Nin diría: «La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillamente, no dejando en pie ni siquiera una». Al margen de los delitos que se le imputaban a Laurencic, la manipulación del relato de Chacón me parece muy evidente. «Habría hecho

cien checas más», afirma que dijo el reo, no solo consiguiendo que su participación en las mismas parezca aún más atroz, sino que saca la frase del contexto. Porque Laurencic lo dijo, pero añadiendo que sin su intervención hubieran sido mil veces peores, ya que aseguró haber porfiado para dotarlas, entre otras mejoras, de más letrinas para los presos. Comparado con la dimensión de su colaboración con el SIM, es una pequeñez, pero no lo es sacar la frase de contexto. Como tampoco lo es el título con el que Chacón da cuenta del inicio del interrogatorio: «Expulsado de Francia. En la Legión. Músico de varietés. Dos veces sindicado».

Obviamente es cierto que fue expulsado de Francia. Como lo fueron todos los centroeuropeos, sin olvidar el nada nimio detalle de que Alfonso tenía entonces doce años. Tampoco parece un delito alistarse en la Legión, ni ser músico de variedades. En cuanto a que estuvo sindicado dos veces (CNT y UGT), no se debe olvidar que, para ejercer cualquier profesión, hasta el final de la guerra, era necesario estar sindicado, y el ramo del espectáculo estuvo requisado por la CNT y la FAI; luego por una renacida UGT, tras las insurrecciones de 1933 de la CNT —provocadas por los sectores más beligerantes—, que debilitaron y fraccionaron el sindicato. Y casi por último, ¿por qué y con qué base Chacón lo califica de delincuente internacional si ningún otro país lo reclamó o acusó como tal? Aunque más sorprendente me parece que, uno tras otro, a lo largo de los ochenta años transcurridos, hayan ido repitiendo esta afirmación sin intentar averiguar por qué vino Alfonso Laurencic a España, o sin poner en tela de juicio la intención de Chacón, el cual, en suma, escribió sobre Laurencic en 1939, apenas acabada la guerra y en plena efervescencia franquista. Un momento en el que se buscaba —y necesitaba— hallar culpables.

Con el manuscrito casi terminado, pensé que mi tesis sobre Laurencic —dándole la razón en que, de alguna forma, fue víctima de las circunstancias— podía tomarse como la de una cándida voz en el desierto, influida por un nostálgico recuerdo de infancia. Cuando de hecho fue al revés: cuanto más supe de Laurencic, más llegué a entender (no he dicho comprender) qué le llevó a servir al SIM. Hasta que el 15 de julio de 2016, cuando prácticamente había dado por concluida la investigación, en el apasionante blog *Hidden Persuaders*, que encabeza el británico Daniel Pick, prestigioso profesor de Historia, encontré el primer artículo que no solo cuestiona el juicio contra Laurencic, sino la eficacia de las celdas psicotécnicas, y además analiza su

actuación, al fin, desde otra perspectiva. Por ello doy voz a *'Enhanced Interrogation' in the Spanish Civil War: the Curious Case of Alfonso Laurencic*. Extraigo algunos fragmentos del largo texto, escrito por la historiadora Katie Joice a partir de una conversación que tuvo lugar a principios de 2016 entre Pick y Paul Preston:

Mientras que los experimentos de Laurencic son un caso extraño en la historia de la guerra psicológica, la forma en que las fuerzas franquistas llegó a documentarlos nos dice aún más sobre la coerción y la propaganda dentro de la Guerra Civil española. [...]

En el contexto de la España moderna, las extrañas celdas de la cárcel de Laurencic eran ciertamente únicas. Al describir el diseño de las celdas, Paul Preston llama la atención sobre los ladrillos cementados al suelo en un patrón en zigzag diseñado para impedir caminar en la celda [...]. Los prisioneros también se vieron obligados a escuchar un metrónomo amplificado a diferentes velocidades —una innovación probablemente relacionada con los antecedentes de Laurencic como músico—, y tenían siempre a la vista un reloj que corría demasiado rápido.

[...] la característica que capturó la atención de los periodistas [...] no fue el intento de manipular el sentido del tiempo de los presos, sino las formas y patrones aparentemente psicodélicos pintados en las paredes de la prisión. Esta obsesión derivaba de un vínculo percibido entre los diseños de Laurencic y el arte moderno: parecía como si el lenguaje visual ideado por artistas como Vasili Kandinski y Paul Klee, fundadores y universalmente venerados innovadores de la historia del arte contemporáneo, se hubiera convertido con sorprendente facilidad en un instrumento de tortura psicológica. Entre los escritores más serios había la sensación de que los diseños de Laurencic pueden no solo hablar de las crueldades de la Guerra Civil sino también de un potencial oscuro inherente en las visiones utópicas que dan forma a nuestra herencia artística moderna.

Sin embargo, este punto de vista es problemático de varias maneras, como mostraré más adelante en mi reflexión. Lo que es más importante, excluye de los informes del caso de Laurencic su significado contemporáneo más evidente. Como subraya Paul Preston, la historia de Laurencic necesita situarse en su contexto sociopolítico adecuado. Una vez hecho esto, queda claro que no es una historia sobre arte moderno, sino más bien una historia sobre la Guerra Civil española y sus consecuencias inmediatas.

En esta delicada situación, es quizás notable que Alfonso Laurencic, pianista de music hall y arquitecto autodidacta, [...] terminase trabajando para los servicios de inteligencia estatales republicanos. Pero visto desde otra perspectiva, quizá fuese solo que tenía las habilidades necesarias en tiempos tan desesperados. [...]

Sin embargo, cuando se estudian con atención los detalles del juicio de Laurencic, los aspectos psicológicos de su espantoso trabajo parecen menos importantes de lo que se suponía. Las técnicas de tortura utilizadas en las células de Barcelona que él diseñó eran predominantemente físicas. [...] Lo que se cuestionaba y juzgaba en la sala de audiencias era, fundamentalmente, la legitimidad de la República que había empleado sus servicios.

Esto queda claro una vez que consideramos el contexto sociopolítico del juicio de Laurencic y nos centramos en la fuente principal de la historia Laurencic: un relato contemporáneo de los procedimientos judiciales, escrito por R. L. Chacón.

Conforme el juicio avanzaba, Alfonso fue perdiendo la serenidad con la que había entrado en la sala. Al final le fue concedida la palabra. Una hora y media de argumentos confusos, divagantes, y nada que no hubiera explicado ya en las doscientas diecisiete cuartillas manuscritas adjuntas al sumario. No creo que le sirviera un nuevo argumento, ni siquiera el hecho de que empezó a colaborar en las checas de Barcelona en abril de 1938, casi al final de la guerra, cuando estas, todas, las cuarenta y cinco, llevaban un año de crueles procedimientos. Desde que el SIM se hizo con el poder. Aunque el horror, la anarquía, los asesinatos sin sentido y fraticidas, las violaciones, las torturas, las expropiaciones, los saqueos, los robos, las cárceles, los paseos, las sacas, empezaron con el estallido de la guerra española el 18 de julio de 1936.

Dudo que cuantos asistieron al juicio deseando presenciar la condena de Alfonso Laurencic albergaran ni la menor duda de que no saldrían defraudados. Aunque hubo muchos otros consejos sumarísimos como el suyo, Franco no había podido juzgar a Lev Nikolski, alias de Alexander Orlov, general soviético y miembro destacado de la policía secreta del Kremlin (la NKVD) que huyó a Canadá en 1938. Ni al espía y político húngaro Erno Gerö, responsable de la NKVD en Cataluña, principal promotor de las checas de Barcelona, evacuado a la Unión Soviética al final de la guerra. Ni a Santiago Garcés, afiliado al PSOE, que fue pistolero de Indalecio Prieto, luego jefe supremo del SIM, que dirigió la construcción de todas las celdas de tortura de las checas de Barcelona, porque huyó a Francia y luego a México. Ni a su antecesor hasta abril de 1938, Manuel Uribarri, que se exilió en Cuba. Ni a Paulino Gómez Sáiz, nombrado director general de Seguridad cuando Negrín trasladó el gobierno a Barcelona y que logró escapar primero a Francia y luego a Colombia, donde vivió tranquilamente hasta el final de sus días. Ni a Walter, jefe de los terribles interrogatorios, del cual ni siquiera se sabe quién era. Ni al anarcosindicalista Manuel Escorza, máximo responsable de los Servicios de Investigación de la CNT-FAI, quien, desde su cuartel general situado en la checa de San Elías (citada siempre como la más cruel), ejerció una brutal represión hasta los Hechos de Mayo, momento en que perdió poder; en 1939, Escorza se exilió en Chile, donde vivió apaciblemente como crítico

de arte. Y, por supuesto, tampoco había podido juzgar a Juan Negrín, que murió en París. Sin embargo, tenía a Laurencic. Y así, Franco proclamó: «¡Tenemos al responsable de las checas de Barcelona!».

Apenas he hablado de Eugenio, su hermano menor, al que Alfonso menciona constantemente en su Causa como testigo necesario, y del que señala su predisposición natural para ayudar a los presos. Durante el juicio —al que Eugenio llegó como testigo de la defensa, pero no imputado— se le preguntó si había colaborado con su hermano, a lo que respondió que, aunque aquel le había propuesto trabajar como espía para el consulado de Italia, no lo hizo porque para aquello no servía. (De hecho, si analizamos el perfil de Eugenio, nos devuelve la personalidad de alguien débil —en cualquier sentido—, apocada y dependiente). En su lugar le pidió a su hermano que «lo enchufara» en algún otro servicio. Parece que Alfonso intentó colocarlo en la Consejería de Defensa, pero —según la declaración de Eugenio— no lo consiguió. No se especifica la fecha de esta propuesta de trabajo (y tal vez pudo ser factible en los primeros meses de guerra), pero desde el instante en que detuvieron a Alfonso en julio de 1937, no parece viable que pudiera conseguir nada. Eugenio, finalmente, solo admitió haberse puesto al servicio del Consulado de Austria, colaborando en la evacuación de extranjeros y de algunas familias españolas que salieron bajo bandera austríaca y su propia responsabilidad. Y que lo hizo sin sueldo, como voluntario.

Cuesta creer que prestara tal servicio sin ninguna contraprestación, habiendo tenido, además, que cesar forzosamente su actividad como representante y con un hermano que le debió de enseñar cómo funcionaba «el negocio». Sea como fuere, se mantuvo todo este tiempo junto o, más bien, bajo el amparo de Alfonso, lo que le costó también su detención, tanto por el SIM, como luego por los nacionales hasta febrero de 1940. Una vez liberado, Eugenio regresó a la vivienda familiar del paseo San Juan, donde, cuando menos hasta 1945 —fecha de su último censo en Barcelona—, vivió con su madre y con Meri. Tampoco hay constancia de que contrajera matrimonio en España.

Obstinada, busqué por todas partes qué fue de él tras la guerra; en todos los archivos y registros; entre los vivos y entre los muertos. Sin respuesta, porque no la había, o porque la ley de protección de datos de las embajadas de

Alemania y Eslovenia impide obtenerla. Asimismo, volví a rastrear LinkedIn y Facebook, donde para mi sorpresa había desaparecido la página Alfonso Laurencic; en su lugar hay varias personas o asociaciones que hablan de él. Destacan «Familiares y amigos de los represaliados por la 2.^a República» y «El complot contra la Iglesia»... Pero nada nuevo, los mismos errores repetidos una y otra vez extraídos de las primeras fuentes que yo misma encontré al inicio de mi investigación. Volví a escribir a cuantos Laurencic encontré con la esperanza de dar con el rastro de Eugenio. Sin resultado. Es como si la tierra lo hubiera engullido; como si, participando del pacto de silencio de su familia (y la mía), literalmente se hubiese evaporado.

Cualquiera en su lugar nada más salir de prisión se habría ido lejos, muy lejos. Aunque ¿cómo ir a Alemania, donde estaba la familia de su madre, si cinco meses antes había invadido Polonia iniciándose la Segunda Guerra Mundial que afectó a toda Europa? De haber tenido el talante de Alfonso, se hubiera ido a Estados Unidos, país al que este habría llegado dispuesto a emular a Benny Goodman o a Woody Herman; a la banda de Artie Shaw o la de Stan Kenton, y, además, lo hubiera conseguido. Porque la capacidad de aventura, supervivencia y liderazgo no se le puede negar a Alfonso Laurencic. La falta de humanidad, tampoco.

Empezaba la edición de este libro, cuando decidí persistir; dar una última oportunidad a la búsqueda de Eugenio haciendo una visita al Museu Memorial de l'Exili. El MUME, situado en la fronteriza población de La Jonquera, entre otras competencias, estudia, busca y conserva documentación sobre los exiliados republicanos tras la Guerra Civil, pero también los desplazamientos forzosos provocados por la Segunda Guerra Mundial, y la persecución de personas por su ideología, cultura y origen étnico. En ningún momento pensé que Eugenio pudiera estar perseguido, pero la vida en la España de la posguerra franquista —llamándose Laurencic—, forzosamente, no podía ser muy amable.

Nati Vilanova, amiga y directora de la Biblioteca de Figueras —una de las personas más eficientes y entusiastas que he conocido en su cometido—, me había facilitado una entrevista con el director, Jordi Font. Así, una mañana de octubre, salimos ambas hacia La Junquera. Rojos y dorados por el ya cercano otoño, los campos del Alto Ampurdán resplandecían de tal forma que ni me

fijé en las prostitutas que han hecho de la carretera su cuartel general, hasta que Nati comentó que ahora —apenas cubiertas por escuetos *shorts* y un sostén— iban vestidas, ya que en verano iban prácticamente en cueros, solo tapadas por un tanga.

—Y son chicas jóvenes y, en general, muy guapas —añadió circunspecta, como para sí misma—; ¿cómo pueden haber acabado así?

—Dinero fácil, o no tanto, según se mire —le respondí pensando en los tipos de toda calaña y pelaje que debían de recurrir a sus servicios. Lo cierto es que gracias a este «negocio» se está olvidando la esencia del antiguo pueblo y su hermoso patrimonio cultural.

Apenas nos adentramos en la población, que en concreto es una calle, dimos con el edificio del MUME. De bella arquitectura moderna y racional, nada más cruzar la puerta penetras en ese mundo fascinante que es la investigación y el estudio, que para mí excluye todo lo demás para conducirte, cuando menos ahí, por los caminos más recientes y también dolorosos de nuestra historia.

Jordi Font me escuchó con atenta cordialidad. En sus archivos hay constancia, sobre todo, de los exiliados que fueron a parar a los campos de refugiados franceses. Y no todos, me advirtió. Pero no, ahí no pudo ir Eugenio porque, como le expliqué a Font, tras salir de la cárcel vivió en Barcelona cuando menos hasta 1945. Pero a algún sitio debió de ir, ya que no constaba un registro de defunción en ningún lugar de España, insistí.

—Solo se me ocurre una persona que tal vez te pueda ayudar: el historiador Josep Calvet. Le escribiré.

Poco después, Font me mandaba el contacto de Calvet: doctor en Historia, prestigioso investigador miembro del Servicio de Historia, Patrimonio y Documentación de la Universidad de Lleida, así como autor de numerosos libros y documentales. Le escribí, aunque era domingo; Calvet era mi último recurso. Dormí tranquila, había buscado hasta donde me era posible. Si no lo encontraba, daría por terminado este libro aunque fuera con esta espina clavada. Al levantarme me esperaba este correo:

Estimada Susana:

Sí, Jordi Font me habló de su consulta. Estoy encantado de poder ayudarla. Le envío un documento que podría ser de la persona que busca. Se trata de la emigración de Eugenio Laurencic, nacido en 1907 y, entonces (1948) residente en Zúrich (Suiza). Como verá se dirigía a Argentina desde el puerto francés de Le Havre. El año de nacimiento que usted

me ha facilitado es el mismo que consta en el documento, y también cuadra con su desaparición de Barcelona. ¿Cree que puede ser la persona que busca?

Leí el documento con estremecimiento y alegría. Era él. Químico, ponía de nuevo. Soltero. Había dejado Suiza en febrero de 1948 a los cuarenta y un años embarcándose en el vapor *Groix* con destino a Buenos Aires.

Así que al fin se fue. ¿Siguió representando material sanitario, se casó, tuvo hijos, qué fue de su vida? Porque también había escrito a unos cuantos Laurencic argentinos y nadie se dio por aludido. Tal vez algún día consiga saber más. Pero en aquel momento pude cerrar la historia de Alfonso Laurencic. Si bien todo cuanto os he contado sucedió en «tiempos tan desesperados».

EPÍLOGO

«LO SIENTO, MERI, CRÉEME QUE LO SIENTO»

Durante sus años en el ayuntamiento, mi padre ayudó a no pocos «perdedores» de la contienda a recuperar su vida y su trabajo; y a otros tantos judíos, acorralados en Francia, a llegar y residir en España. No se puede proscribir a nadie por el mero hecho de que no piense como tú, y él no lo hizo. Fuera cual fuera su ideología, respetar la de los demás es un síntoma de honestidad y talante democrático. Algo que en pleno siglo XXI no pocos ven cuestionado, intimidados, asimismo, por nuevas y solapadas formas de fascismo. Imbuidos ahora también de una verdad irrefutable: no es políticamente correcto ni aceptable ser de derecha o conservador, cuando lo que no debería ser aceptable es ser inmoral de cualquier forma. Creo que, si nos consideramos verdaderamente demócratas, debemos aceptar el amplio abanico que va de la derecha a la izquierda con todos los matices.

En 1949 mi padre dejó la política para siempre, y desde entonces se dedicó solo al ejercicio y estudio de la medicina con toda entrega, acompañado del apoyo y ayuda de nuestra madre. Con frecuencia, nos hablaba con pasión de la guerra. Pero jamás de la muerte de su hermano. De no ser que como lugar de defunción constaba una dirección que me extrañó, tal vez nunca hubiera dudado, y menos aún rebuscado hasta conocer la verdad. De haber sabido cómo sucedió todo, alguno de mis hijos se hubiera llamado como aquel joven del que nadie hablaba nunca, más allá de que tocaba el violín y que tenía una personalidad que lo hacía especial. Sin embargo, Roberto siempre fue un silencio más. Las fotos de familia nos devuelven la imagen de un joven delgado, de cabello claro y algo revuelto, de mirada soñadora y expresión triste, aunque es muy posible que no lo fuera. Entonces, antes de disparar una

foto nadie decía «patata» para que todos rieran; nadie recreaba ese *flash* como muestra de una vida en permanente fiesta.

Yo tendría poco más de veinte años cuando una noche de verano que estaba con mis padres y hermanos viendo los fuegos artificiales de la fiesta mayor del pueblo resplandeciendo sobre el mar, mi padre comentó cuán hermosos eran. «Me recuerdan el frente de guerra, la explosión de las bombas, la luz fulgurante que causaba el estallido», añadió. ¡Cuánto me sorprendió el comentario! ¿Cómo podía recordar la guerra con nostalgia, él, que, como médico militar en el hospital de campaña, debió de asistir impotente a la muerte de tantos jóvenes? Hasta que, unos años después, leí *Homenaje a Cataluña*, donde al final del capítulo 12 Orwell escribió:

Supongo que solo hasta cierto punto he logrado transmitir lo que supusieron para mí esos meses que pasé en España. He narrado algunos sucesos, pero no puedo explicar la huella que dejaron en mí. Está mezclado de imágenes, olores y sonidos que no pueden reproducirse por escrito: el olor de las trincheras; los amaneceres en las montañas que se divisaban a gran distancia; el gélido chasquido de las balas; el rugido y el resplandor de las bombas; la luz clara y fría de las mañanas barcelonesas, y el ruido de las botas en el cuarto del cuartel allá por diciembre, cuando la gente aún creía en la revolución [...]. Esta guerra en la que desempeñé un papel tan irrelevante me ha dejado sobre todo malos recuerdos, y sin embargo no me hubiera gustado perdérmela.

Me he pasado años juzgando a mi padre, ignorando que no soy nadie para hacerlo. Desconociendo qué haría yo de haber estado en su lugar; yo, que nunca viví una guerra, ni perdí en ella a un hermano que murió en mi lugar. Olvidando lo que tantas veces hago mío, aunque sea de Voltaire: «No comparto tu opinión, pero daría mi vida por defender tu derecho a expresarla». Daría mi vida, pero no mataría, porque estoy contra todo tipo de violencia. También la verbal. La violencia nunca ha sido ni será un argumento. Aunque lo que siento más profundamente es no haber hablado de toda esta historia con mi padre. No poder ya decirle que sus hijos hemos ido desentrañando, poco a poco, varios de los secretos que él y mi madre quisieron llevarse a la tumba. Y que nos ha dejado la obligación de aceptarlo todo. Sin más y algo atónitos. «Padre, me debes una larga charla.»

En su declaración ante el jurado, como testigo de la defensa, Meri Laurencic no aportó ningún dato que pudiera auxiliar a su marido. Como es obvio, a las pocas preguntas que se le hicieron sobre si era conocedora de las

actividades de Alfonso, dijo no estar al tanto de nada, y si bien señaló que estuvo detenido por los rojos acusado de hacer espionaje para los nacionales, Meri no facilitó pruebas al respecto. Su interrogatorio fue muy breve; pronto desistieron de hacerle más preguntas. Pienso que es muy probable que Meri confiara, como otras veces, en que Alfonso encontraría la forma de superar aquella difícil coyuntura. Es más, creo que si ella llegó a recibir alguna consigna para el juicio, fue «tú no sabes nada, ni nunca viste nada. Déjalo en mis manos. Calla y confía». Una vez libres, ambos dejarían aquella ciudad devastada, para volver a empezar como lo hicieron en Berlín, y como lo intentaron en Viena, Bélgica y Luxemburgo. Lejos de España y de aquellos tres años de guerra. Como no puedo evitar pensar —hiciera él lo que hiciera— que nunca más se volvieron a ver, a excepción de aquellos escasos segundos en el juicio en que pudieron cruzar sus miradas sin saber que aquel instante era el de su adiós.

Meri fue devuelta a la cárcel, donde debió de recibir la sentencia de pena de muerte dictada contra su marido el 12 de junio. Y si bien el documento contempla la posibilidad de una conmutación, el tribunal recomienda que se ordene la ejecución de la pena «para la debida ejemplaridad en el castigo de hechos tan trascendentes y perversos como los que se imputan al condenado». Tres semanas después, Alfonso Laurencic entraba en capilla. En aquellos tiempos expeditivos, la demora entre sentencia y cumplimiento de la misma hizo que no pocos españoles —a la espera de ver resuelto cuanto antes el «caso Laurencic»— llegaran a especular, incrédulos, sobre un posible indulto, relata López Chacón. Cabe por lo mismo imaginar que Alfonso y Meri también llegaron a albergar esperanzas. Y, pese a que no fue así, creo que ella volvería a repetir, minuto a minuto, todo lo vivido con Alfonso.

Me cuesta imaginar a Meri siempre tan pulcra, tan educada, comedida y delicada, hacinada en la cárcel de Les Corts. Cuando recuperó la libertad, aún tuvo que vivir casi cincuenta años más, obligada a hacerlo como si nada hubiera pasado, pero recordándolo todo. De ahí su honda tristeza. Su persistente silencio.

Hasta el final de sus días, Meri Laurencic permaneció con mi familia, que procuró que nunca le faltara nada en ningún aspecto. Me he preguntado un sinnúmero de veces por qué mis padres la acogieron. ¿Por ser una viuda de guerra? ¿Por qué optaron por borrar de la memoria, como ellos habían hecho, episodios del pasado que a todos dolían? ¿O simplemente pasaron esta página

de la vida de Meri con la sola condición de que jamás nos hablara de ella? Si fue así, y debió de ser así (cualquiera que fuera la causa), ella la cumplió a rajatabla, de forma que estoy llegando al final de esta crónica biográfica sin saber cómo apareció realmente Meri en nuestra casa. Tampoco mis hermanas, quienes, una vez aceptada mi obstinada búsqueda, intentaron ayudarme, ahondando y ahondando en vano en su memoria. No pocas veces me he preguntado también por qué Meri parecía sorda. En una casa tan musical como la nuestra —y siendo ella esposa de un músico— sonara lo que sonara, se mostraba impávida, como si no oyera. Como si la música hubiera muerto (con Alfonso) para ella. Tampoco se sentó nunca al piano en que las hermanas practicábamos. Ni una nota en el teclado, ni un acorde, nada. Ni una canción. El silencio de una persona anestesiada para la música que debió de ser tanto para ella.

En algún momento de mis pesquisas, barrunté la posibilidad de que Julio Laurencic y mi abuelo, Edmundo Frouchtman, se hubieran conocido. Austrohúngaros y coetáneos, los dos llegaron a España desde Francia el mismo año y en las mismas circunstancias, como exiliados de la Gran Guerra. Los dos vivieron en la misma ciudad, separados sus respectivos domicilios por pocas manzanas. Uno y otro fueron hombres fuertes, vitales, viajeros, triunfantes en su vida profesional... Y ambos obtuvieron de la Casa Real un gran apoyo. Sí, es posible que se conocieran y que ahí empezara todo. Pero no tengo esa certeza porque no he dado con un documento que lo acredite, o que cuando menos lo señale como posible. De hecho, salvo fotos familiares, no tengo nada de nada. Tal vez, al morir mis abuelos, sus hijos se deshicieron de cartas y documentos. La familia Frouchtman empezó en España una nueva vida, dejándonos muy pocos rastros del ayer.

«Somos un pueblo que no quiere mantener gran parte del pasado en nuestras cabezas», decía Lillian Hellman.

Cuando mis hermanas se casaron, Meri siguió yendo a casa de mis padres a comer, a pasar la tarde... Momentos que alternaba con visitas a mi hermana Ana, quien se ocupó de ella hasta el último instante, sobre todo porque Meri, cumplidos los ochenta años, quiso mantener una independencia que gestionaba mal, y ya con poca salud. En consecuencia, se hizo necesario controlarla, y poner orden. Y esta hermana mía, que es tan generosa como organizada, distribuyó las funciones entre las personas más allegadas, incluida ella misma. Así se consiguió cierta mesura en todo. También en su economía. Porque Meri,

al menos desde la guerra, nunca vivió en la abundancia, al contrario. Pero en los últimos años —cuando ya no quedaba ni rastro de aquella hermosa austríaca que había sido—, se volvió caprichosa, y le dio por adquirir ropa y quincalla sin ton ni son. Aunque caprichosa siempre lo fue. Mis hermanas cuentan que cuando ellas se compraban algo así como unas gafas, una colonia, un pañuelo, cualquier capricho que les gustara, Meri volvía a ser la Meri que debió de ser con Alfonso: lo quería. Y, en un segundo, sin darles tiempo a reaccionar, se las arreglaba para que se lo entregaran.

En una foto de grupo hecha delante de la catedral con motivo de la comunión de Ana, muy al fondo —apartada, medio oculta—, se puede intuir a Meri. La última fotografía que tengo de ella es en la boda de esta hermana. En un primer instante, no detecté nada que no hubiera visto durante años por casa. Hasta que, con asombro, vi que para el acontecimiento se había hecho un vestido aderezado en el cuello con unos volantes despampanantes; de hecho, idénticos a los que aparecen en el último dibujo que le hizo Alfonso, más de cuarenta años antes. Para vestirse de gala, Frau Preschern volvió a ser Meri.

A final de la década de los setenta, nuestro padre ayudó a que el gobierno alemán le asignase una pensión vitalicia; en consecuencia, en los últimos tiempos una oficial del consulado aparecía por su casa de tanto en tanto. Intenté averiguar el porqué de la pensión, ya que —de todos ellos— solo Melitta era alemana, pero la embajada, de nuevo, adujo la preservación de datos como respuesta. Una pensión parecida le concedió Alemania a Carme Ballester, viuda de Lluís Companys, como viuda de guerra. ¿Compensó así el Estado alemán la detención de aquel por la Gestapo en la Francia ocupada y su posterior fusilamiento en España tras un brevísimo consejo de guerra? Lo que me lleva a reflexionar —caso de haber sobrevivido—: ¿hubiera a su vez reconocido y compensado Companys («presidente mártir», como algunos lo califican) a todas las víctimas de las checas que actuaron mientras él miraba hacia otro lado?

Mi madre me llamó un día de finales de noviembre de 1988: «Frau Preschern está en el hospital, no saldrá; tiene un cáncer, se acaba. ¿Te quieres despedir?». Claro. Aunque nunca mantuve una relación estrecha con ella, como la que sí tuvieron mis hermanas menores, formaba parte del paisaje

familiar, era una presencia más entre nosotros. Y acompañé a mi madre al Hospital del Mar.

Meri, que siempre me pareció huraña, y muy retraída, ese día sacó fuerzas para sonreírnos. Ahora pienso que no le pidió un pitillo a mi madre porque ahí no podía fumar, porque agallas no le faltaban a aquella mujer silenciosa. Siento no haberle mostrado más que un tibio afecto, o no haberla llevado a un bonito café, o a caminar por las calles nevadas de Graz, refulgentes por los rayos que el sol irradia en cada partícula de nieve. Y, sobre todo, a pasear por Berlín y sentarme con ella en la terraza del Kranzler, frente al número 8 de la calle Kant. «Lo siento, Meri, créeme que lo siento.»

Murió el 3 de diciembre, pocos días después de aquella visita que le hicimos en el hospital. Unas semanas antes, le había regalado a Ana su reloj de pulsera de oro, y a Mita un antiguo anillo en forma de sello, hecho de oro y lapislázuli grabado. El séquito que acompañó sus restos desde el tanatorio de Sancho de Ávila a Montjuïc fue escueto: mis hermanas y Sita, la vecina, ya que mi madre nunca quiso ir a ningún sepelio. Ana, Sita y los dos alumnos de Meri sacaron poca cosa del piso. Ningún mueble era suyo, no había nada de valor... ¡Qué lástima! Porque el consulado alemán, que entró después, debió de sacar parte de esta historia que ahora leéis. Mi hermana Ana se encontró pagado y resuelto todo lo relacionado con su entierro. El último rastro de Meri apareció en la sección de avisos oficiales de *La Vanguardia*, el 17 de diciembre de 2013. El anuncio notificaba que un difunto pasaba provisionalmente al nicho de M. Luisa Preschern, viuda Laurencic. Probablemente por vez primera tras la guerra, Meri, que durante años para el censo y para la Barcelona de la posguerra fue Maria Luisa Preschern, quiso dejar constancia de que su vida siempre perteneció a Alfonso. Como la de Alfonso a ella hasta su último segundo de vida.

Cuando le fue comunicada la sentencia, Laurencic exclamó: «Aunque sé que voy a morir, ¡viva el Generalísimo Franco!». Imposible explicar por qué lo hizo. ¿Albergó aún la insensata esperanza de que la pena le podía ser conmutada? ¿De que volvería a reunirse con Meri?

El día antes de ser ajusticiado, no quiso cenar, se confesó, comulgó y escribió a su mujer una carta que nadie ha encontrado. Ya nunca volvería a despertarse a su lado, ni tendrían aquellos hijos que ella tanto deseó; ni pasearían su amor, risueños. A él solo le esperaba la nada. A ella, el resto de su vida sin él. La madrugada del 9 de julio de 1939, fue conducido al Campo

de la Bota, donde lo fusilaron sin haber dejado que le vendasen los ojos y haciendo el saludo nacional: brazo en alto. Sus restos fueron llevados a la fosa común del Fossar de la Pedrera en Montjuïc. Las últimas líneas de las que hay constancia son aquellas que le envió a su esposa con el dibujo hecho en la cárcel. La dedicatoria, aunque breve, la escribe un hombre que en las peores condiciones no pide consuelo, sino solo se muestra aún enamorado.

<i>Meri: Aus den Augen</i>	<i>Meri: Lejos de los ojos</i>
<i>Aus dem Sinn...</i>	<i>Lejos del corazón...</i>
<i>Die grosse Ausnahme</i>	<i>La gran excepción</i>
<i>Ich binn...</i>	<i>Soy yo...</i>

Alfonso
Cárcel Modelo, 17 de mayo de 1939

Tras muchos meses con Meri y Alfonso, de checa en checa, de lectura en lectura, a cada cual más atroz, a veces mi ánimo decaía y, aunque no llegué a desfallecer, esta búsqueda me costó vivir en una suerte de limbo en el que no quedó lugar ni tiempo para nada más. Libros que podían haberme distraído se amontonaban sin ser leídos; tampoco —siguiendo una antigua costumbre— leía un poema cada día, ni un verso, ni un liviano haiku. Nada. Sentía, eso sí, una profunda pena por todos los que vivieron esa guerra. Y por mis padres, que tantas cosas habían silenciado. Era un peso excesivo para desprenderse de él sin más.

Y fui consciente de que cada día, cada acto en el que estemos comprometidos, deben ser para dejar un mundo mejor a nuestros hijos.

En momentos de división y enfrentamiento siempre me pregunto si los que los promueven ignoran acaso hasta qué punto puede todo hundirse. ¿O debemos asumir resignadamente que el necio destino del ser humano es repetir errores cometidos?

ANEXO

LAS CHECAS, INTRODUCCIÓN Y LISTA

¿Qué era una checa?

Fueron cárceles controladas por los partidos del Frente Popular en las que miles de personas civiles fueron torturadas y asesinadas de la forma más brutal posible. Aunque no se las puede llamar propiamente checas hasta mayo de 1937, cuando Stalin instauró en España la misma policía secreta bolchevique que —bajo el mandato de Lenin— fundó el revolucionario comunista Félix Dzerzhinski en los primeros momentos de la Revolución soviética —la Chrezvichàinaia Komissia (Comisión Extraordinaria)—. Policía política que sembró el terror durante la represión soviética de 1917 en la URSS, como luego lo haría en España bajo las directrices del militar y espía soviético Alexander Orlov, enlace de la NKVD.

Según el historiador César Alcalá, hubo más de trescientas checas en España, con una mayor concentración en Madrid, Valencia y Barcelona. A las que hay que sumar los barcos-prisión amarrados en los puertos de Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia, Alicante, Bilbao, Santander e Islas Baleares.

Descripción y recuento de César Alcalá sobre las checas establecidas en Barcelona

En el listado de estas —actualizado por Alcalá—, me he permitido separar las dos en las que intervino Laurencic, a quien, generalizando, se suele señalar como el «ideólogo de las checas de Barcelona».

Las 45 checas de Barcelona

«En el momento de hablar de los centros que actuaron como cárcel durante la Guerra Civil en Barcelona, tenemos que diferenciar entre las que fueron de la CNT-FAI y las del SIM. La tradición popular las ha denominado a todas checas, pero la realidad es otra. Las cárceles anarquistas eran conocidas como centros de detención o aislamiento. Los anarquistas no sabían qué eran las checas, pues eran de invención soviética. En cambio, las del SIM sí que son checas de pleno derecho. Por eso, muchas de ellas, después de los Hechos de Mayo de 1937, desaparecieron, mientras que otras fueron tomadas por el SIM. Además se implantaron nuevas. En total hubo cuarenta y cinco instaladas en Barcelona. Las hemos ordenado alfabéticamente, comentando en cada una de ellas si eran de la CNT-FAI o del SIM. Asimismo, queda explicado las que se reconvirtieron y pasaron a manos del SIM».

Checas en las que colaboró Alfonso Laurencic

1. Vallmajor. Situada en la calle Vallmajor 29, entre las calles Ravella, Modolell y Copérnico. También llamada Preventorio-D. Estaba dirigida por militantes de la CNT-FAI. Después de los Hechos de Mayo de 1937, pasó a ser del SIM.
2. Zaragoza. Situada entre las calles Vallirana, Francolí, Sanjuanistas y Zaragoza. Controlada por el SIM.

Las otras 43 checas de Barcelona

1. Anglí. Situada en la calle Anglí, esquina con el paseo de la Bonanova. Era de la CNT-FAI. Después de los Hechos de Mayo de 1937, pasó a ser del SIM.
2. Avenida del Tibidabo 32. Conocida como Torre del Terror, fue tribunal revolucionario y cuartel general de Aurelio Fernández, de la CNT-FAI. Desapareció en mayo de 1937.
3. Banco de España. Situada en la Vía Layetana esquina plaza Nova. Era de la Agrupación y Sindicato del Transporte y de los milicianos de Barcelona.
4. Bar Términus. Situada en el paseo de Gracia 54, principal 1.^a. Dependía de miembros del PSOE venidos de Madrid. Estaba bajo el mando del director general de Seguridad.
5. Barco *Argentina*. Amarrado en el puerto de Barcelona. Perteneecía al SIM.

6. Barco *Uruguay*. Amarrado en el puerto de Barcelona. Del SIM y del PCE. En 1934 fue apartado de su destino en las líneas de América, requisado por el Gobierno republicano y amarrado en Barcelona para servir como cárcel. En 1939 resultó hundido por un bombardeo.
7. Barco *Villa de Madrid*. Amarrado en el puerto de Barcelona. Del SIM.
8. Bonanova. Situada en el paseo de la Bonanova 45, esquina con la calle Vilana. Era de la UGT y de las patrullas de control de la sección 6.^a. Desapareció en mayo de 1937.
9. Bonavista. Situada en la calle Bonavista. De la CNT-FAI. Después de los Hechos de Mayo de 1937 pasó a ser del SIM.
10. Busutil. Situada en la plaza de Ramón Berenguer el Grande 1, en la Vía Layetana. Estaba dirigida por afiliados tanto al PCE como al PSOE de Madrid. Después de los Hechos de Mayo de 1937 pasó a ser del SIM.
11. Campoamor. Situada en la calle Campoamor 49, en un convento de Madres Dominicas. De la CNT-FAI.
12. Canet. Situada en la calle Canet 1 y 3. Fue de la CNT-FAI y de las patrullas de control de los barrios de Sarriá y Bonanova. Desapareció en mayo de 1937.
13. Carolinas. Situada en la calle Carolinas 18, colegio de San Vicente de Paúl. Dirigida por las patrullas de control de la sección 7.^a, con militantes de ERC y la CNT. Desapareció en mayo de 1937.
14. Círculo Ecuéstre. Situado en el paseo de Gracia, 36-40. Convertido en Casal de Carlos Marx, donde se instaló la sede del PSUC.
15. Claris. Situada en la calle Pau Claris 110. Era de la CNT-FAI.
16. Córcega. Situada en la calle Córcega 304, 4.^o-2.^a y terraza. Fue dirigida por la CNT-FAI. Después de los Hechos de Mayo de 1937 pasó a ser de los carabineros.
17. Deu i Mata. Situada en la calle Deu i Mata 55. Controlada por la CNT-FAI. Desapareció en mayo de 1937.
18. Diputación. Situada en la calle Diputación 321, 2.^o, esquina con la calle Bruc. Era de la CNT-FAI, relacionada con la sección 3.^a de las patrullas de control. Desapareció en mayo de 1937.
19. Ganduxer. Situada en las calles Ganduxer, Vía Augusta, Modolell y Mariana Pineda. De la CNT-FAI y del SIM.
20. Gran Vía. Situada en la Gran Vía 621. De la CNT-FAI y de las

- patrullas de control sección 12. La central estaba en la Gran Vía 617. Desapareció en mayo de 1937.
21. Hermanos Maristas. Situada en la calle San Olegario 10. De la CNT-FAI.
 22. Horta. De la CNT-FAI. Desapareció en 1937.
 23. Hotel Colón. Situado en la plaza de Cataluña. Sus sótanos se utilizaron como checa. Era la sucursal de la checa de la Puerta del Ángel.
 24. Hotel Falcón. Situada en la plaza del Teatro, en las Ramblas. Inicialmente fue del POUM. Posteriormente, del cuartel general de los Guardias de Asalto, pasando a ser residencia de funcionarios trasladados de otras regiones españolas.
 25. La Pedrera. Situada en el paseo de Gracia, esquina con la calle Provenza. En ella vivía Joan Comorera y Erno Gerö «Pedro», quien tenía allí su despacho.
 26. La Tamarita. Situada entre las calles de San Gervasio, avenida del Tibidabo y Nueva Belén. Era clave en la estructura del SIM. Estuvo dirigida por estalinistas de nacionalidad rusa.
 27. Maristas. Situada cerca de La Rambla. De la CNT-FAI, desapareció en mayo de 1937.
 28. Mas Pujó. Situada en la calle Mas Pujó 35, entre las calles Anglesola y Crisantemo. De la CNT-FAI. Desapareció en mayo de 1937.
 29. Mercè. Situada en la calle de la Mercè 8, 1.º. De la CNT-FAI. Desapareció en mayo de 1937.
 30. Muntaner. Situada en la calle Muntaner 321. Prefectura del SIM y del jefe de la Brigada Criminal del Gobierno de la República.
 31. El Molino. En la calle Vila i Vilà, 99. De la CNT-FAI. Desapareció en mayo de 1937.
 32. Padre Claret. Situada entre las calles San Antonio María Claret y la Rambla Volart. Central de la CNT-FAI. Después de los Hechos de Mayo de 1937 pasó a ser del SIM.
 33. Palacio de Arte Moderno. Situada en la montaña de Montjuïc, en uno de los edificios de la Exposición de 1929. Del SIM.
 34. Palacio de las Misiones. Situada en la montaña de Montjuïc, en uno de los edificios de la Exposición de 1929. Del SIM.
 35. Paseo de San Juan. Situado en Casa Macaya, paseo de San Juan 108,

donde se instalaron los Servicios de Aviación del SIM.

36. Provenza. Situada en la calle Provenza 389, entre las calles Nápoles y Sicilia. Inicialmente fue de las Juventudes Libertarias. Después de los Hechos de Mayo de 1937 pasó a ser cuartel de los Guardias de Asalto.
37. Puerta del Ángel. Situada en Puerta del Ángel 24. En un primer momento fue un centro de detención de los miembros del Centro Federal (el primero al que fueron conducidos Alfonso Laurencic, su esposa y su hermano), después de agentes soviéticos y, finalmente, de carabineros.
38. Rambla de Cataluña. Situada en la Rambla de Cataluña 26, esquina con la calle Diputación. Fue centro de detención del Estat Català.
39. Ronda de San Pedro. Situada en la Ronda de San Pedro 52. De la FAI. Después de los Hechos de Mayo de 1937 pasó a ser del SIM.
40. San Elías. Situada entre las calles Tavern, Vía Augusta, Alfonso XII y San Elías. Lugar donde eran encerrados los detenidos por las patrullas de control. En mayo de 1937 pasó a ser del SIM, quedando a las órdenes de la Dirección General de Seguridad.
41. Seminario. Situada en la calle Diputación 231. De la FAI En el año 1937 pasó a ser del SIM y del Gobierno central.
42. Unión 3. De la CNT. Entre 1936-1937.
43. Vallvidrera. Situada en la avenida de Vallvidrera 10. Controlada por el SIM.

ACRÓNIMOS

AEP: Ateneo Enciclopédico Popular.

CNT: Confederación Nacional del Trabajo, central sindical anarcosindicalista.

DEDIDE: Departamento Especial de Información del Estado.

FAI: Federación Anarquista Ibérica.

FFF: Fundación Francisco Franco.

MUME: Museu Memorial de l'Exili.

NKVD: Narodny Komissariat Vnutrennij Del (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos); policía secreta soviética precursora de la KGB.

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista.

PSOE: Partido Socialista Obrero Español.

PSUC: Partido Socialista Unificado de Cataluña.

UGT: Unión General de Trabajadores: central sindical dominada por socialistas y comunistas.

UME: Unión Militar Española.

SIM: Servicio de Información Militar.

SIPM: Servicio de Información y Policía Militar.

BIBLIOGRAFÍA

- AIZPURU, Miquel. *Retornos forzados. La expulsión de extranjeros residentes en España 1919-1935*. Universidad del País Vasco, 2010.
- ALCALÁ, César. *Checas de Barcelona. El terror y la represión estalinista en Cataluña durante la Guerra Civil al descubierto*. Editorial Belacqua, Barcelona, 2005.
- *Les presons de la República. Les txeques a Catalunya*. Editorial Base, Barcelona, 2009.
- BACCA DOWDEN, Mavis. *Acusada d'espia*. Editorial Pòrtic, Barcelona, 1994.
- ČAPO, Hrvoje. *Former austro-hungarian officers in the army of the kingdom of serbs, croats and slovenes/Yugoslavia*. Zagreb, Instituto de Historia de Croacia (Zagreb), Departamento de Historia contemporánea, 2009.
- Cómo funcionaban las Chekas de Barcelona*. C.I.A.S., Barcelona, 1939.
- FLAQUER, Alberto. *Checas de Madrid y Barcelona*. Ediciones Rodegar, Barcelona, 1962.
- FONTOVA, Rosario. *La Model de Barcelona. Històries de la presó*. Laia Libros, Barcelona, 2010.
- GAY, Peter. *La cultura de Weimar*. Editorial Paidós, Barcelona, 2011.
- GUTIÉRREZ LATORRE, Francisco. *La república del crimen*. Editorial Mare Nostrum, Barcelona, 1989.
- JULIÁ, Santos (coordinador); Casanova, Julián; Solé i Sabaté, Josep Maria; Villarroya, Joan; Moreno, Francisco. *Víctimas de la Guerra Civil*. Temas de Hoy, Madrid, 2004.
- LÓPEZ CHACÓN, Rafael. *Por qué hice las chekas de Barcelona: Laurencic ante el consejo de guerra*. Editorial Solidaridad Nacional, Barcelona, 1939.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo; Martínez Ruiz, Elena. *Economía de la Guerra Civil* («Transportes y Comunicaciones», página 229. Cayón García, Francisco; Muñoz Rubio, Miguel). Editorial Marcial Pons, Barcelona, 2006.
- MINISTERIO DE JUSTICIA, 1943. *Causa General. La dominación roja en España*. Editorial Akrón Historia, León, 2008.
- NISTAL I REFART, Jordi. *El camp de treball de la falç i el martell. De L'Hospitalet de l'Infant a Montferrer: març de 1938-febrer de 1939*. Edicions Salòria, La Seo

- de Urgel, 2016.
- ORWELL, George. *Homenaje a Cataluña*. Debate, Barcelona, 2011.
- RADOSH, Ronald; Habeck, Mary R. y Sevostianov, Grigory. *España traicionada*, Editorial Planeta, Barcelona, 2002.
- ROS, Félix. *Preventorio-D, ocho meses en la checa*. Editorial Prensa Española, Madrid, 1974.
- SADA, Javier. *San Sebastián en la Primera Guerra Mundial*. Editorial Txerxoa, San Sebastián, 2014.
- SAINZ DE BARANDA ANDÚJAR, Clara. *Orígenes de la prensa diaria deportiva: El Mundo Deportivo*. Universidad Carlos III, Madrid, 1913.
- SIERRA BLAS, Verónica. «La información como resistencia. Periódicos manuscritos en las cárceles de Franco», páginas 438-439. Del libro *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*. Coordinación: Jean-Michel Desvois. Edición Universidad Michel de Montaigne, Burdeos, 2005.
- TÀPIES, Antoni. *Memoria personal*. Seix Barral, Barcelona, 2003.
- TARÍN-IGLESIAS, Manuel. *Los años rojos*. Editorial Planeta, Barcelona, 1985.
- TENA ARTIGAS, Joaquín. «El analfabetismo en España, hoy». *Revista de Educación*, n.º 268. Secretaría de Estado de Educación, Formación Profesional y Universidades, Madrid, 1981.
- TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio. *Historia de la Legión española: La infantería legendaria. De África a Afganistán*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
- UNOWSKY, Daniel. *The Pomp and Politics of Patriotism: Imperial Celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916*. Departamento de Prensa de la Universidad Perdue, West Lafayette (Indiana), 2005.
- VOLODARSKY, Boris. *El caso Orlov. Los servicios secretos soviéticos en la Guerra Civil de España, 1936-1939*. Editorial Crítica, Barcelona, 2013.
- WEITZ, Eric D. *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*. Editorial Turner, Madrid, 2009.
- YETANO, Ana. *La enseñanza religiosa en la España de la Restauración (1900-1920)*. Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.

ARTÍCULOS Y RESEÑAS EN PRENSA

- COMBALÍA, Victoria. «Arte moderno para torturar», *El País*, 26 de enero de 2003.
- Journal officiel de la République française*. Leyes y Decretos. 3 de febrero de 1921. Melitta Laurencic.
- SADA, Javier. «Así vivió San Sebastián la Primera Guerra Mundial», 2 de julio de 2014.
- ZAVALA, José María. «¿Quién fue el arquitecto de las checas?», *La Razón.es*, 10 de agosto de 2015.
- www.euskonews.com

<http://www.larazon.es/lifestyle/la-razon-del-verano/deconstruyendo-dietas/quien-fue-el-arquitecto-de-las-checas-FN10485550>

BLOGS

Cuadernos de Memoria Histórica. Manel Carbó.

<http://cuadernosmemoriahistorica.blogspot.com.es/>

La Biblioteca Fantasma. Sergio Campos.

<https://bremaneur.wordpress.com/2010/12/15/no-tenemos-escapatoria/>

Biblioteca de la Dirección General de Tráfico

<http://www.dgt.es/es/la-dgt/centro-de-documentacion/biblioteca/>

Generalísimo Franco

www.generalisimofranco.com

Boletín Informativo de la Fundación Francisco Franco n.º 15. Julio-Diciembre 2008.

Palomar Baró, Eduardo. Laurencic, constructor de las checas en Barcelona.

www.fnff.es

Blog de José Luis Ibañez Ridaó.

El espía que vino del desierto. Al Servicio Secreto de... la Generalitat. (Marcelo de Argila).

<http://detectiveferrer.blogspot.com.es>

Memoria prisión de mujeres de Les Corts. Testimonio de Soledad Real López.

<http://www.presodelescorts.org/es/>

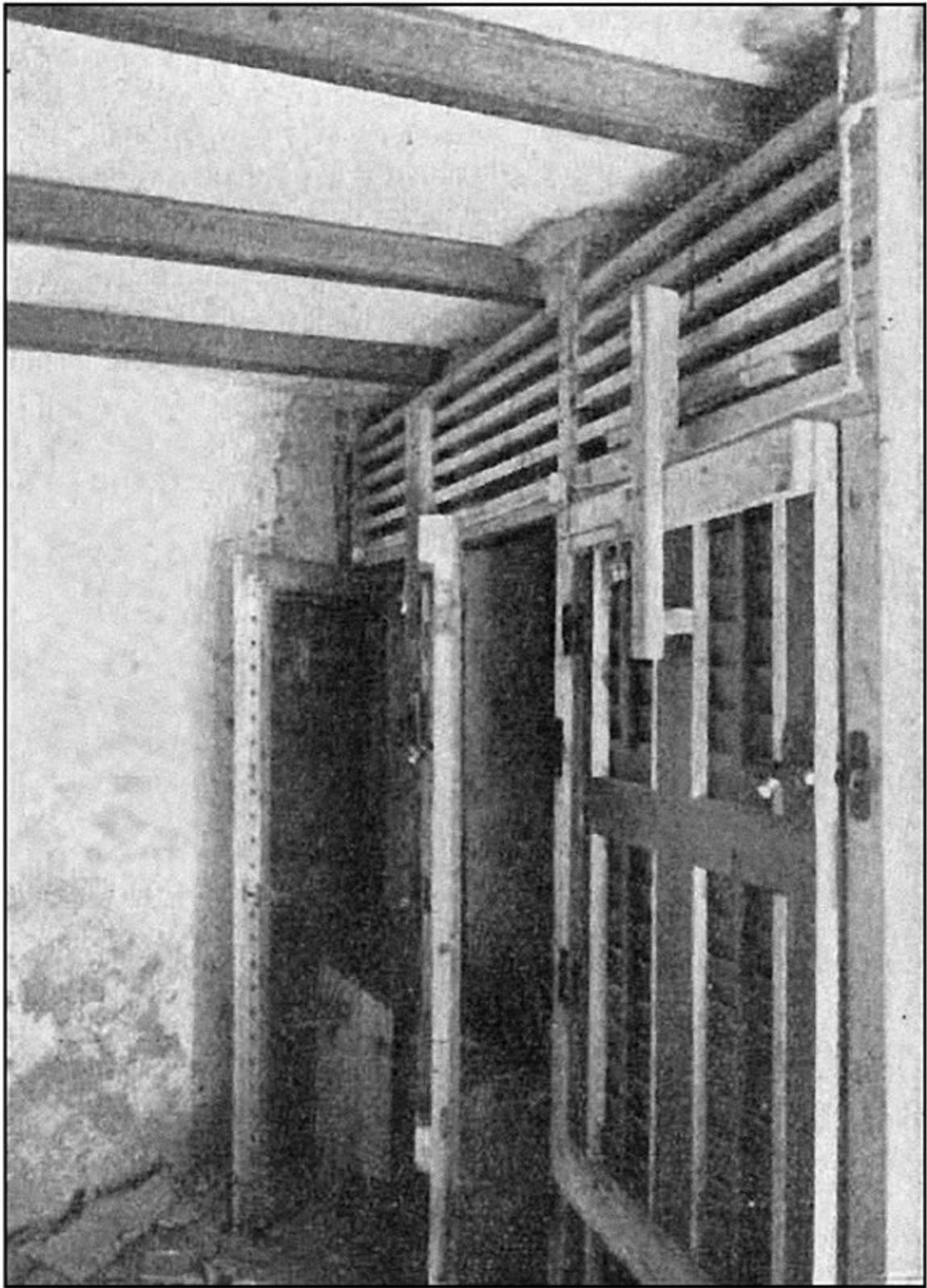
Hidden Persuaders

'Enhanced Interrogation' in the Spanish Civil War: the Curious Case of Alfonso Laurencic

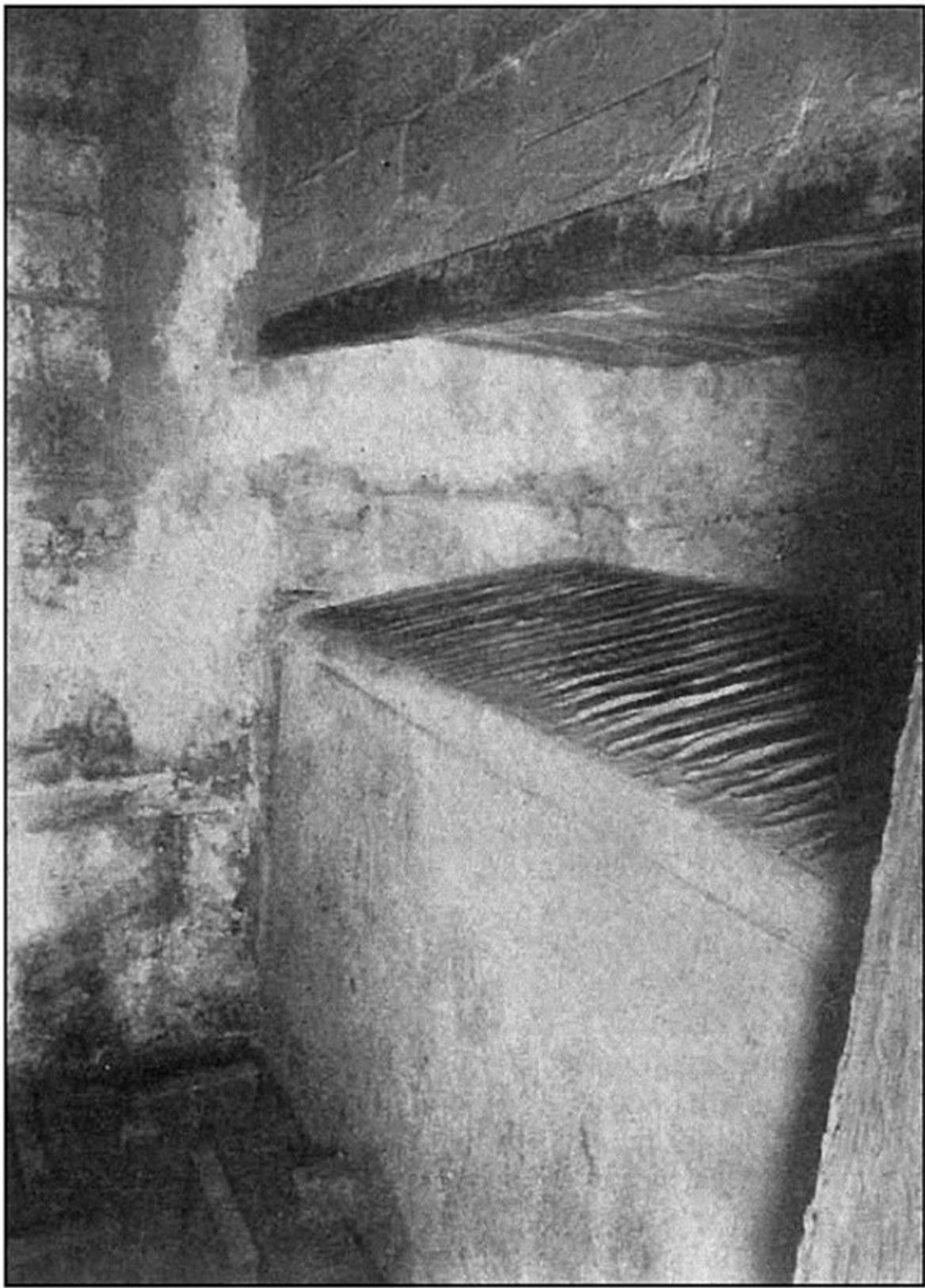
<http://www.bbk.ac.uk/hiddenpersuaders/blog/>

La Tribuna de la Historia

<http://latribunadelaistoria.es/>



Celdas de la checa de Vallmajor. Derechos reservados.



Camastro de cemento con una inclinación de unos 20 grados a fin de que el preso resbalara y no pudiera descansar. Las dimensiones eran de 1,50 metros de largo por 0,60 de ancho.
Derechos reservados.

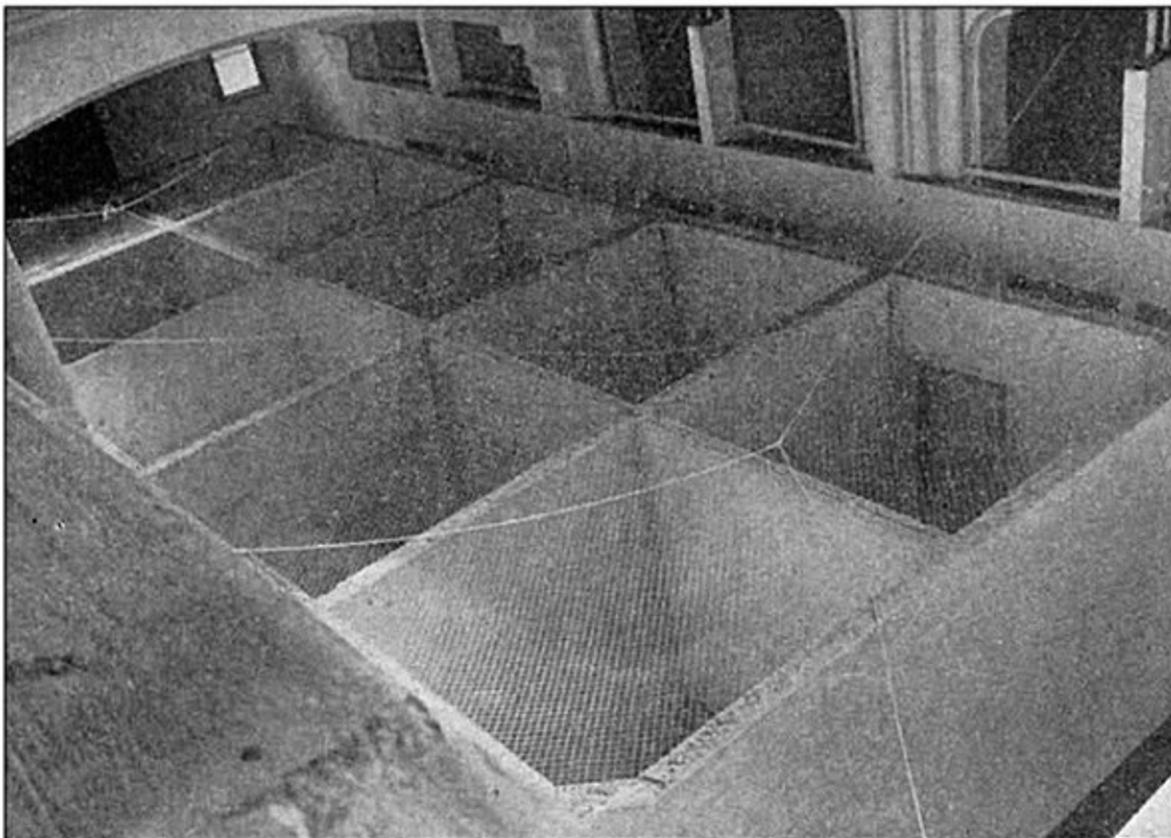
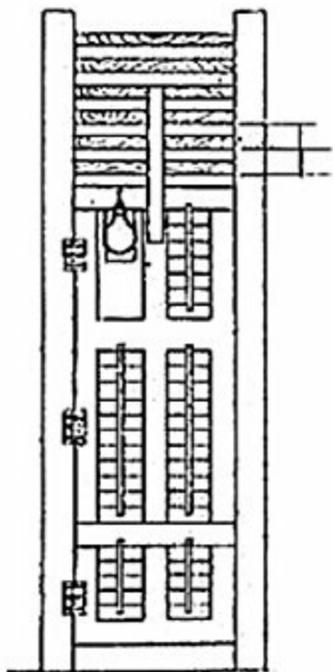


Imagen de las celdas de la checa de San Elías. Derechos reservados.

CELDA DE LA CHEKA DE LA CALLE VALLMAJOR

Puerta



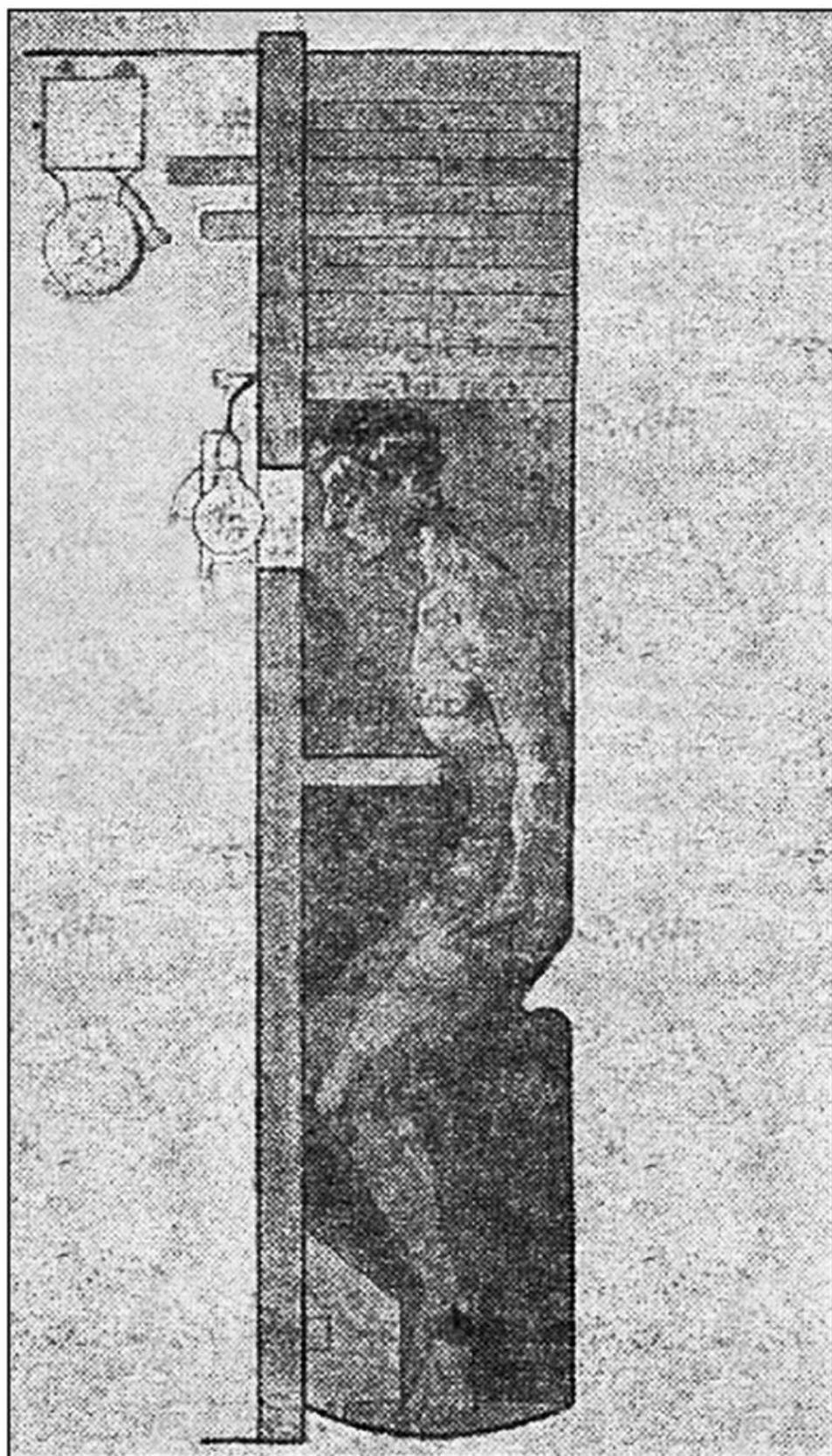
Frente



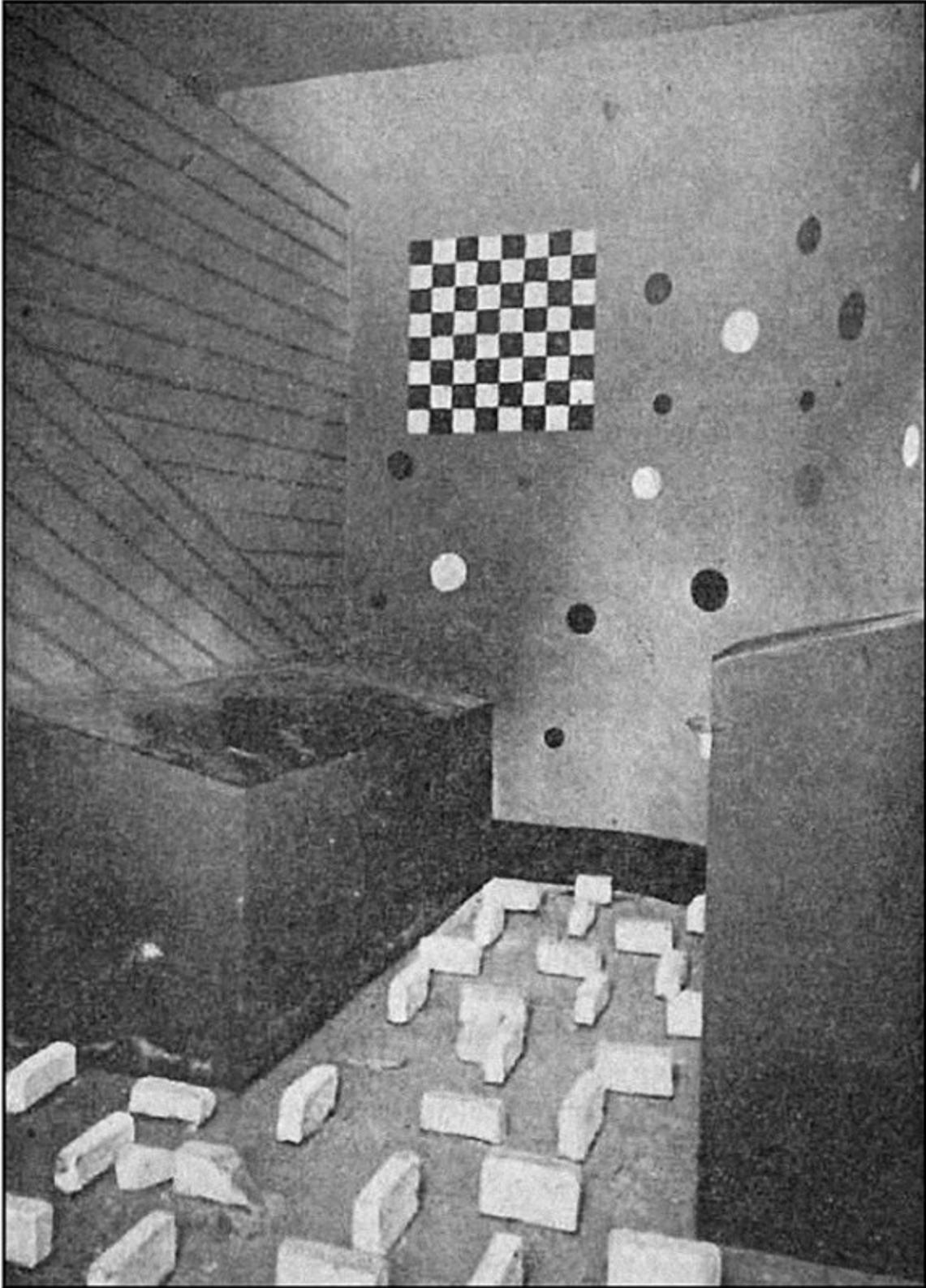
Costado



Celdas-armario de castigo dibujadas por Alfonso Laurencic. Con una altura graduable de 1,40 a 1,60 metros median 50 centímetros de ancho por 40 de profundidad. Derechos reservados.



Detalle de la celda-armario con un orificio a la altura de los ojos para que entrara la luz de una bombilla permanentemente encendida. Dibujo de Alfonso Laurencic. Derechos reservados.



Celda «psicotécnica» con ladrillos de canto colocados en el suelo de tal forma que el preso

no pudiera caminar. En la pared se pueden ver los dibujos de Laurencic inspirados en los artistas de la Bauhaus. Derechos reservados.



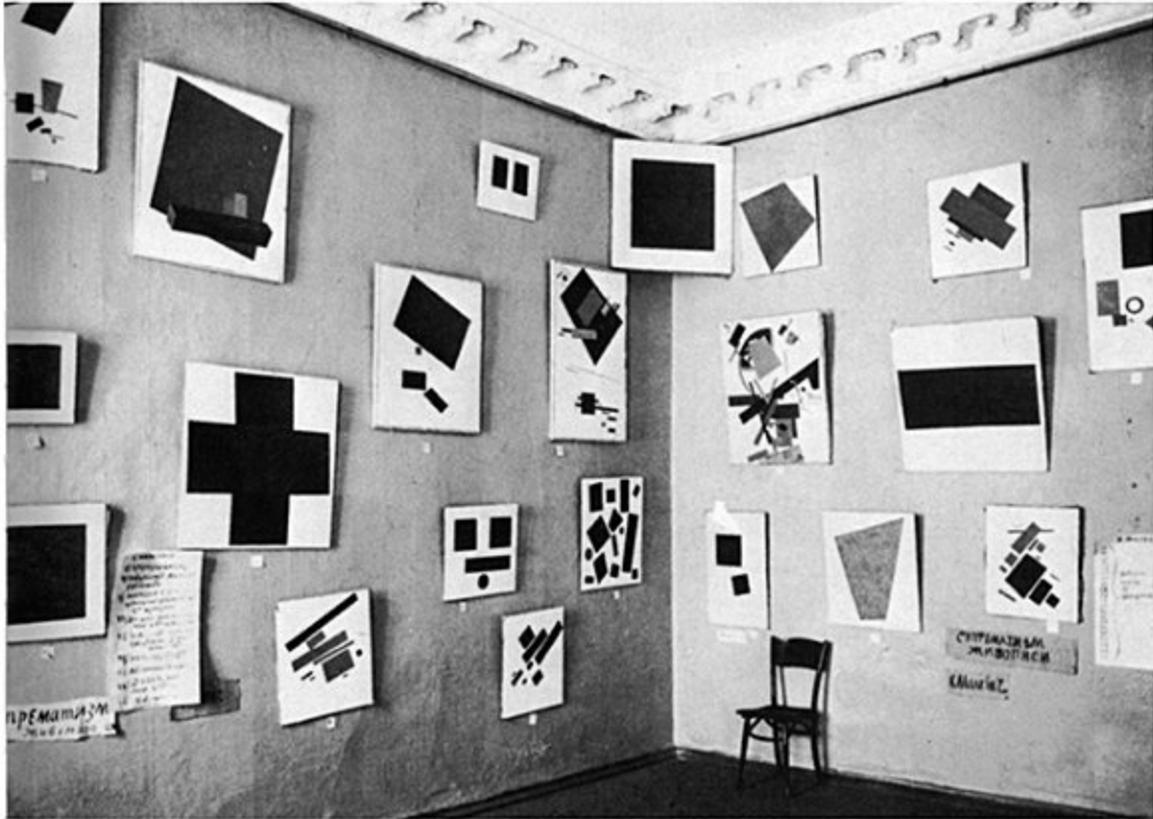
En este dibujo de Laurencic se puede apreciar la celda psicotécnica en su totalidad: el reloj, que adelantaba a razón de unas cuatro horas cada día, la luz sobre el camastro o la superficie inclinada que servía de «asiento». Pese a que el dibujo pueda dar cierta sensación de amplitud, la altura del techo era de 2 metros y el largo de la celda de 2,50 metros por 1,50 de ancho. Derechos reservados.



Suprematismo, de Kazimir Malévich, 1915. Akg-Album.



Utopía en azul, de Vasili Kandinski, 1925. © 2017. The Solomon. R. Guggenheim Foundation/Art Resource, NY/Scala, Florencia. © Vasili Kandinski, VEGAP, Barcelona, 2017.



Kazimir Malévich. «Última exposición de pintura 0,10». Galería Dobychina, San Petersburgo, 1915-1916. © State Museum of Contemporary Art.



Portada de la revista *Las Maravillas de España*. Ejemplar dedicado a Barcelona. Y página de la revista en la que aparecen los nueve ejemplares ya publicados. Colección particular.

*A mis estimados lectores
en España y el Extranjero*

¡Barcelona!... Ni ir el nombre de esta ciudad, hace unos diez años, me figuraba una gran capital española, como muchas otras, y al leer en todos los periódicos y tan a menudo reñidas de graves submisiones, en las cuales intervenían, en no pocas casos, bombas, navajas o armas de fuego, no tenía ni siquiera la curiosidad de visitarla...

¿Por qué emprender un viaje tan largo cuando se tiene de antemano la firme convicción de que el fin no lo merece, y que ha de procurarnos toda clase de impresiones tristes y desagradables? ¿Por qué?

Si, con menos pesimismo, ¡qué había de ofrecerse Barcelona que pueda superar o igualar a París, "la Ville Lumière"; a Londres, la gran capital de más intensa vida; a Bruselas, el estuche de tantas preciosidades; a Roma, el paraíso maravilloso; a Viena y Budapest, las grandes centros de la música, de la danza y de la alegría; a Dresde y Munich, las muestras de las Bellas Artes, tan sumptuosamente expuestas, y a tantas otras más que tuve ocasión de visitar durante las ventisiete años de mi vida de publicista?

En comparación de todo eso, ¡qué había de proporcionarme una estancia en Barcelona, pues?

¿Y qué está que la guerra cruel ocurrió para trastornar al mundo?

La casualidad lo quiso así, tan que dirigí mis pasos hacia esta ciudad desconocida, de la que tan funesta propaganda había de hacer siempre la prensa europea.

Y era... ¡qué cosa más extraño! ¡qué milagro extraordinario! Me hallé en una gran capital, magnífica, soberbia, de vida urbana activa y cosmopolita.

¡Qué industria más intensa! ¡qué comercio más brillante! ¡Cieno algo de Manchester esta ciudad, algo de París y de Viena también... y mucho del Paraíso en sus alrededores...

Con sus avenidas rectas y espaciales, sus plazas y jardines se ven llenos de frondosas arboladas de palmeras, ¡qué que en Jiza y Monte-Carlo!

Cambié me sorprendí grandemente el clima incomparable de Barcelona, más sano y clemente aun que el de la tan renombrada "Côte d'Azur", y a pesar del sol implacable del estío, la temperatura es siempre agradable y hasta muy fresca de noche, gracias a la brisa del mar y al viento fresco de las montañas.

El invierno es agradableísimo, apenas si se deja sentir. Durante seis meses tuve la curiosidad de contar los días lluviosos: apenas si alcanzan unos doce.

Siempre el sol, el sol eterno de "La Riviera", en un cielo sereno y sonriente como el de Jolán!

¿Y los alrededores de Barcelona? ¡cuán pintorescos los encontré con sus montañas y sus bosques! Son inenarrables las excursiones que se pueden hacer.

En resumen, Barcelona no es únicamente una capital que proporciona al visitante estancia agradable, es una ciudad en la cual se tiene gusto de residir, y a la que jamás se quiere abandonar.

Si propio tiempo tengo que señalar el carácter hospitalario y amable de sus habitantes, pues gracias al precioso concurso de las personalidades cuyo detalle figura en la siguiente página, así como a las suscripciones de los primeros comerciantes e industriales de la región, me fue posible realizar semejante obra de propaganda a favor de Barcelona, la gran Metrópoli del Mediterráneo!...

Jules Laurencic

Director-Proprietario de la "Revue Internationale" 4, "Las Maravillas de España"

*A mes distingués et très estimés
lecteurs en France et à l'Étranger*

Barcelona!... Ce nom, il y a une dizaine d'années évoquait pour moi l'image banale d'une grande ville espagnole, peut-être plus industrielle que les autres... et, à la lecture des comptes-rendus de la presse, qui racontait si souvent des révoltes sanglantes dans lesquelles intervenaient toujours les bombes, les poignards ou les revolvers, je n'éprouvais aucun désir de la visiter, ne fut-ce que par curiosité!

Il m'instruis, après Paris, "la Ville Lumière", après Londres, la plus grande et active cité européenne, Bruxelles, la si délicieuse ville de Palais et jardins; Rome, la Capitale merveilleuse; Vienne et Budapest, centres de la musique, de la danse et du rire; Dresde et Munich, maîtresses si somptueuses des Beaux-arts, et après tant d'autres que j'eus l'occasion de visiter durant les vingt-cinq années de ma carrière de publiciste international, je pensais: Que peut bien m'offrir Barcelona, de mieux ou de comparable!

Paris, la guerre éclate, cruelle et horrifiante... et, le hasard voulut que je sois appelé à vivre à Barcelona. À ma grande surprise, voici ce qui se révèle à mes yeux:

Une magnifique métropole de plus de 600,000 âmes, laborieuse et d'une vie industrielle très intense. Un peu Manchester comme activité urbaine, un peu Paris pour son mouvement cosmopolite.

Ce sont des jardins débordants de luxuriantes palmeries, tout comme à Nice et Monte-Carlo; de somptueux Palais modernes et anciens, sur de spacieuses avenues et de larges places.

Je fus surpris également très fort de l'excellence du climat, plus sain et plus agréable encore que celui de la si célèbre "Côte d'Azur", car, malgré l'intense soleil d'été, la température est toujours rafraîchie grâce à la brise marine et du vent frais des montagnes.

L'hiver est tout simplement délicieux, et, pour dire la vérité, il ne se fait pas même sentir.

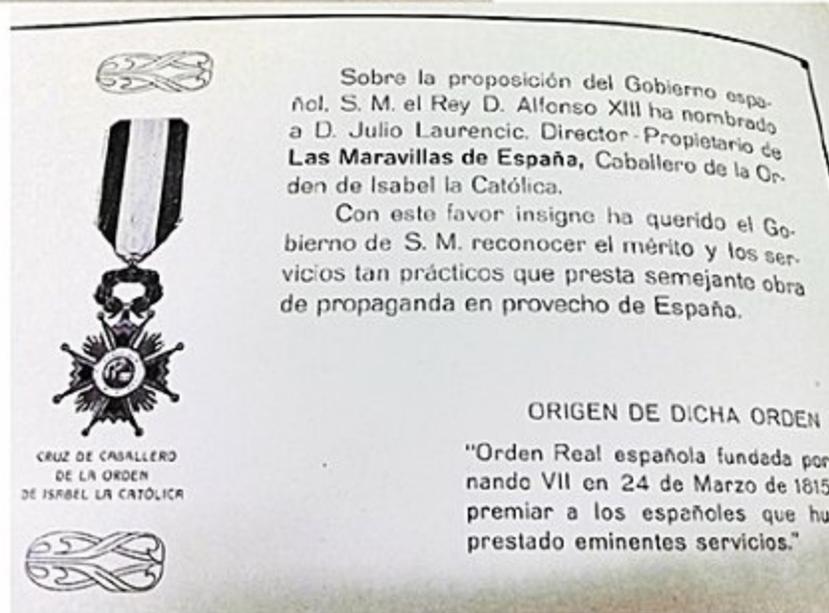
Jeus la curiosité pendant six mois de compter les jours pluvieux: c'est à peine si j'en fus réveillé une douzaine!

Toujours un soleil éclatant! le soleil de "La Riviera" dans le ciel toujours bleu d'Jolán!

Et les environs de Barcelona! Combien pittoresques les ai-je trouvés, avec leurs montagnes boisées qui offrent un champ si vaste et si varié d'innombrables excursions!

Barcelona est vraiment digne, avec son grand port maritime, du titre de "Métropole Méditerranéenne", c'est une des rares cités européennes où l'étranger éprouve plaisir à se fixer pour vivre heureux sur son séjour si idéal!

Il me reste encore à louer l'esprit aimable et hospitalier de ses habitants, car c'est grâce au concours précieux des personnalités dont les noms figurent sur la page suivante, ainsi qu'aux souscriptions des premiers commerçants et industriels de la région, qu'il m'a été possible d'édifier cette belle œuvre de propagande en faveur de Barcelona, la plus grande et plus admirable ville d'Espagne!...



Reproducción aparecida en *Las Maravillas de España* de la concesión a Julio Laurencic como Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica. © Archivo personal de la autora.



El propietario de la publicación "Las Maravillas de España" D. Jules Laurencic, reunido con el Director y demás jefes de la Tipografía Vda. de Luis Tasso, de Barcelona, en una de las salas de exposición, en cuyo conocidísimo establecimiento se ejecuta dicha revista

Le propriétaire de la publication "Les Merveilles de l'Espagne" M. Jules Laurencic, réuni dans une des salles d'exposition avec le Directeur et les chefs des différentes sections des ateliers typographiques de V^{ve}. Louis Tasso, de Barcelonn

Julio Laurencic con Alfonso Vilardell Portuondo y varios empleados de la imprenta editorial Viuda de Luis Tasso. © Archivo personal de la autora.



LOS ARTISTAS REUNIDOS

DEBUT 6 DE NOVIEMBRE

DANCING "OSHIMA"

**Cortes, 507
BARCELONA**

Póster publicitario de Los Artistas Reunidos, grupo musical que dirigía Alfonso Laurencic. MCU.



Foto de Meri Laurencic antes de su matrimonio. © Archivo personal de la autora.



Alfonso Laurencic. Berlín, 1933. Imagen que aparece en su credencial del *Deutsche Allgemeine Zeitung*. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica.



Retrato de Meri Laurencic hecho por Alfonso. © Archivo personal de la autora.

Número 323

Julio
Secremio y falta
P.

En la ciudad de BARCELONA, a las seis y treinta minutos del día cuatro de marzo de mil novecientos veinte tres ante D. José del Río Juez Municipal y D. Luis Garriga Giribet Secretario, se procede a inscribir la defunción de D. Julio Secremio y falta de 58 años, natural de Mapa, provincia de Barcelona, hijo legítimo de D. José y de D. Isabel, domiciliado en la calle de San Juan número 3, piso 1.º de profesión carabatero y de estado casado con Doña Mercedes Fabra, natural de Barcelona de 48 años, con quien tuvo dos hijos llamados Alfonso y Eugenio, vivientes.

falleció en su domicilio (*) el día de seis de marzo a las veinte y treinta minutos, a consecuencia de hemorragia, según resulta de (*) certificado facultativo y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de San Juan.

Esta inscripción se practica en virtud de (*) secreción verbal por R. de Secremio y falta, mayor de edad, soltero, domiciliado en la calle de San Juan - 24-1.º

consignándose además (*) haber sido habiéndola presenciado como testigos, D. Alfonso Garriga y D. José Boix mayores de edad y vecinos de esta.

Leída esta acta, se sella con el del Juzgado y la firman el Sr. Juez, los testigos (*) 3 el declarante, de que certifico:



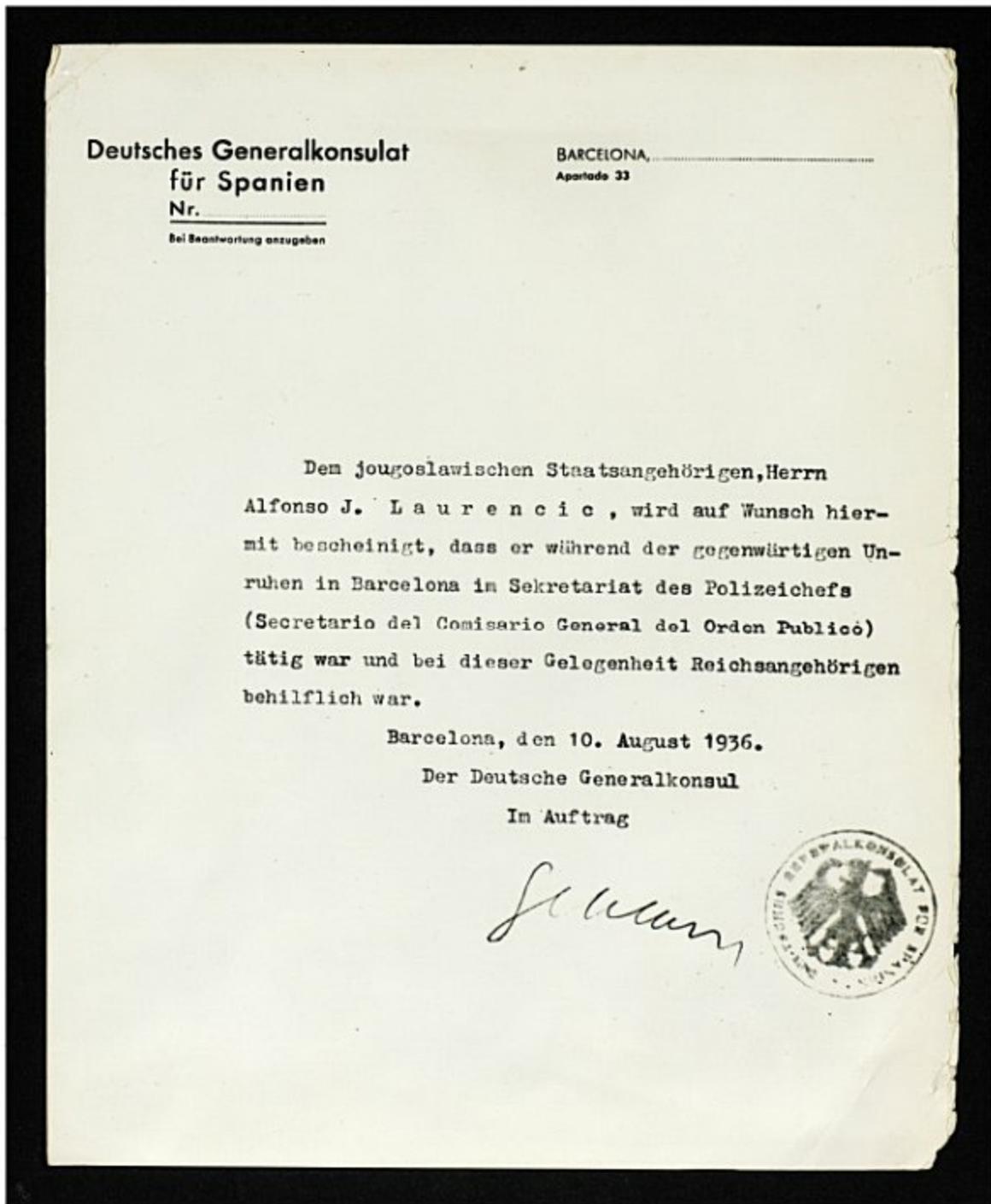
Alfonso Garriga

José Boix

R. de Secremio y falta

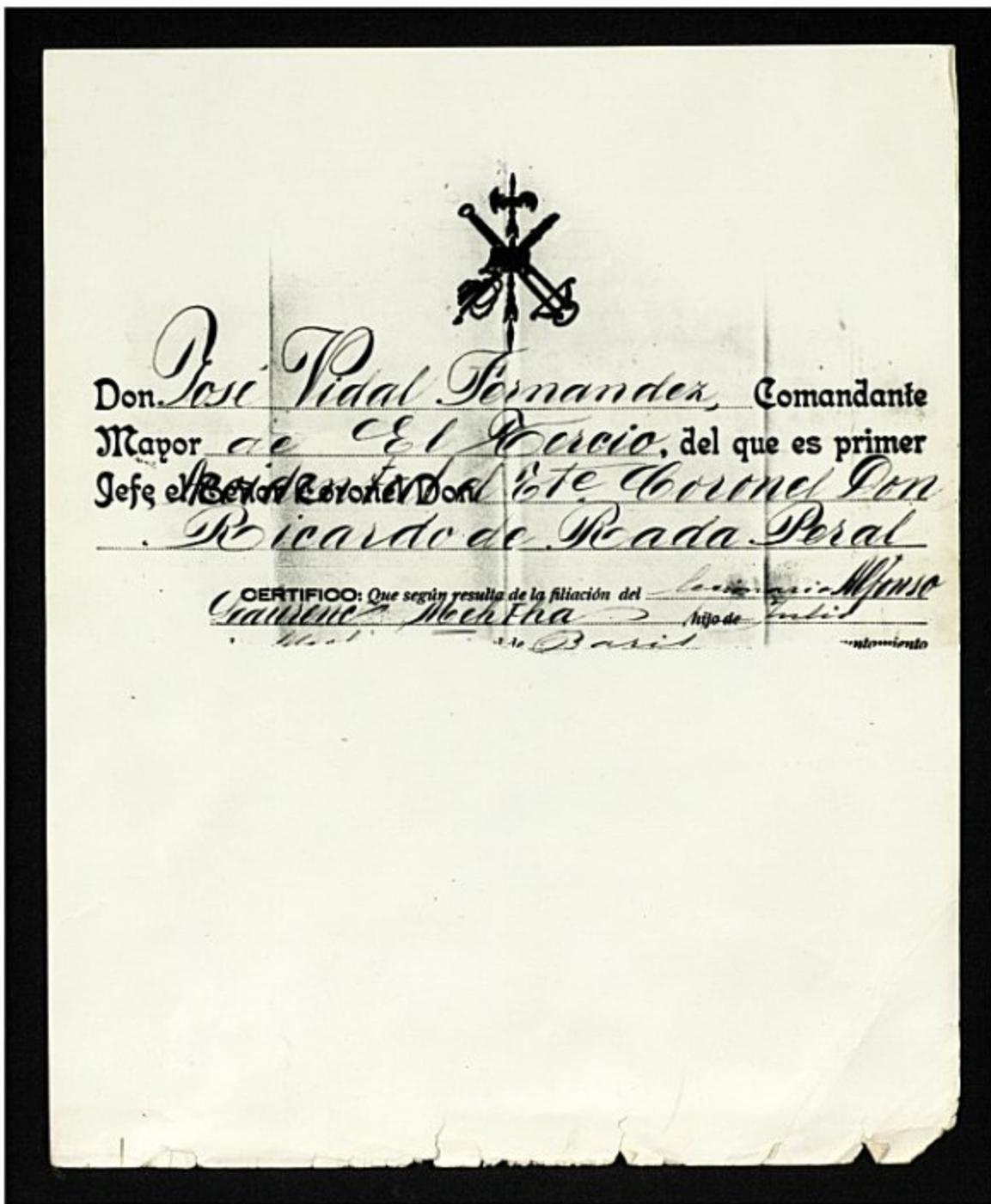
Luis Garriga Giribet

Acta de defunción de Julio Laurencic, fallecido en Barcelona el 4 de marzo de 1923.
Registro Civil de Barcelona. © Archivo personal de la autora.



Certificado emitido por el consulado alemán en Barcelona a petición de Alfonso Laurencic que acreditaba su colaboración con la Comisaría General de Orden Público tras los

disturbios al estallar la Guerra. 10 de agosto de 1936. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica.



Certificado de filiación de Alfonso Laurencic a la Legión Española. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica.

DIRECCION GENERAL DE SEGURIDAD

JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA

Barcelona 7-12-1935

Clisé n.º 21.751.

Iris 1 Talla 1, 720

Nació el 2-7-1902

INDICE DERECHO



Documento identificativo de Alfonso Laurencic emitido por la Jefatura Superior de Policía. Diciembre de 1935. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica.



Dibujo de Meri Laurencic hecho por Alfonso, ya detenido en la cárcel Modelo de Barcelona. 17 de mayo de 1939. © Archivo personal de la autora.

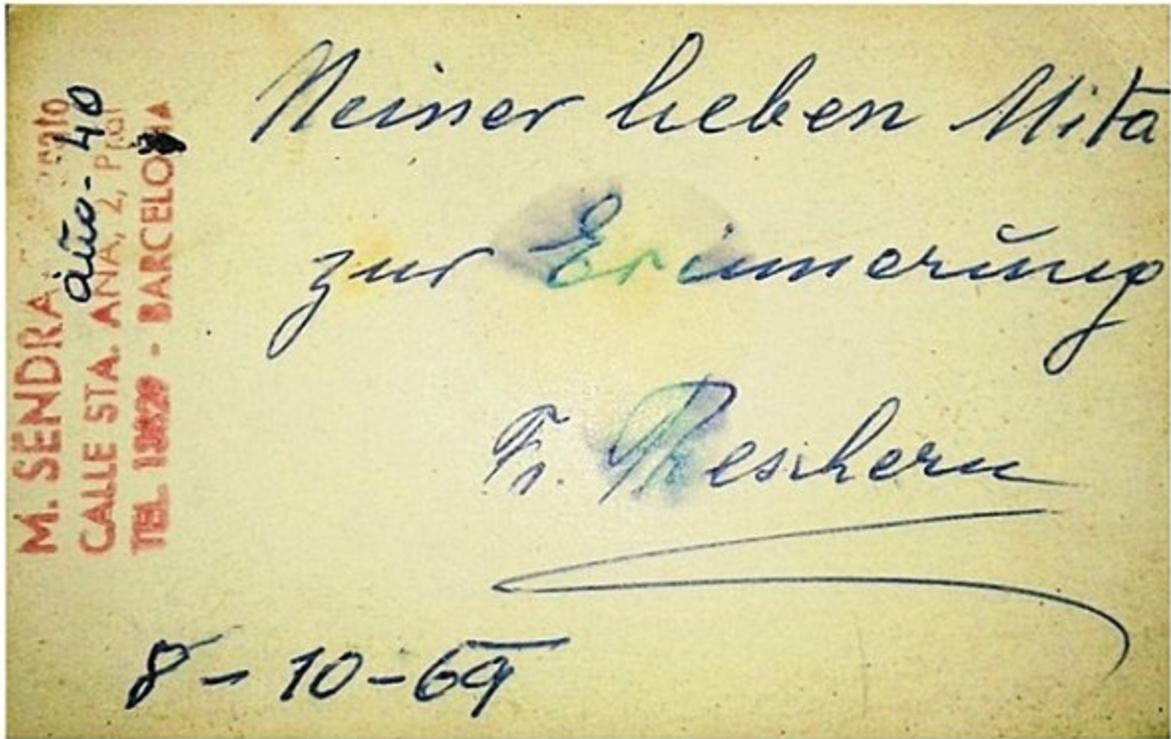
Meri : „Aus den Augen
Aus dem Sinn“.....
Die grosse Ausnahme
Ich bin.....
Alfonso
Carcel Modelo.
17 de Mayo de 1939

Dedicatoria de Alfonso a Meri que aparece en el dibujo. © Archivo personal de la autora.



Vendra

Meri Laurencic después de la Guerra en los años cuarenta. Fotografía de Manel Sendra. ©
Archivo personal de la autora.



Dedicatoria de Meri Laurencic a Mita Frouchtman. 8 de octubre de 1969. © Archivo
personal de la autora.



0853374

Dr. Alejandro Rey-Stolle y Baviña

Juez de Primera Instancia excedente y Secretario de Sala de la Audiencia Territorial de Barcelona

Certifico que en el rollo de la causa por estafa contra Alfonso Laurencio Jahn, instruida por el Juzgado numero OCHO de esta capital con el numero 468 de 1930, se dictó el auto del tenor literal siguiente: -----

A U T O / . S. S. - D. Jose M. de Claverá. Eduardo de Múgica.)
Dn. Jose Perez. - Barcelona trece de febrero de mil novecientos treinta y seis. - RESULTANDO que la presente causa se incoó en virtud de haberse denunciado que de la banda "Los diez y seis Artistas Unidos" era el delegado del Sindicato Alfonso Laurencio Jahn quien cobraba y pagaba a los músicos, sin que verificase el pago a los componentes de la orquesta y de lo actuado no aparece debidamente justificada la existencia de delito y el Ministerio Fiscal pide se desfirmen el auto de terminación del sumario dictado por el Juez y se dicte auto de sobreseimiento provisional con arreglo al número uno del artículo 641 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal y se deje sin efecto el procesamiento de Alfonso Laurencio. - CONSIDERANDO que dicho sumario puede reputarse completo por hallarse evacuadas todas las diligencias que están indicadas para su perfección no estimándose necesaria la práctica de otra alguna y por lo resultante del mismo debe dictarse el auto de sobreseimiento provisional con arreglo al número uno del artículo 641 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. - VISTO el citado artículo y el 630 reformado de la expresada ley. - SE CONFIRMA el auto de terminación del sumario dictado



do por el Juez en la presente causa, sobreseyéndose provisionalmente en lo mismo; se declaran por ahora de oficio las costas procesales, y poragase esta resolución en conocimiento del Juez devolviéndole el sumario para su archivo y demás efectos procesales, dejándose sin efecto el procesamiento de Alfonso Laurencio Jahn con todas sus consecuencias. Así lo acordaron los señores del margen y lo firman. - Jose M. de Claverá. Eduardo de Múgica. - Jose Perez. - Aureliano Lopez. - "ubricado. - -
Y para que conste libro y firma lo presente en Barcelona a veintiocho de febrero de mil novecientos treinta y seis.

Certificado de la sentencia dictada por el Juez de Primera Instancia por estafa contra Alfonso Laurencic. 28 de febrero de 1936. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica.

JAMES MESTRES PEREZ, SECRETARIO GENERAL DEL "SINDICAT MUSICAL DE CATALUNYA".

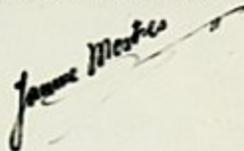
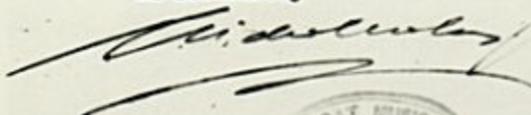
C E R T I F I C O :

Que el día 5 del presente mes, hallándose reunido el Consejo Directivo de esta entidad se presentó ante el mismo, a las 12'15 de la mañana, el socio Dn. Alfonso Laurencic, el cual formuló una denuncia del tenor siguiente:

Que había sido requerido por la Dirección de Casa Llibre para que a las 12 horas del mismo día se presentara a su despacho central localizado en el Hotel Oriente, haciéndole pasar seguidamente a una sala contigua, en donde, a puerta cerrada, los directores señores Carbó y Arnau le coaccionaron obligándole a suscribir un escrito que al efecto le presentaron, por el que se le conminaba a dimitir su cargo de Director Artístico. Así mismo el Sr. Laurencic denunció que le advirtieron que no le serían devueltos sus instrumentos musicales que tenía depositados en el local de Casa Llibre, contra lo cual protestó en el sentido de hacer constar que si bien no requería la ayuda del Sindicato en cuanto a la parte de Dirección Artística porque entendía que era materia de la competencia del Jurado Mixto, no obstante solicitaba de nuestra entidad que le repusiera en su cargo de profesor de la Orquesta e bien que se le abonara el importe total de la contrata.

Y para que conste, a petición del interesado, libro la presente certificación, visada por la Presidencia y timbrada con el sello que tiene en uso esta entidad, en Barcelona, a los once días del mes de Diciembre del mil novecientos treinta y cinco.

Visto Bueno.
El presidente,



Denuncia de Alfonso Laurencic ante el Sindicato Musical de Cataluña contra los directores de Casa Llibre, señores Carbó y Arnau. 11 de diciembre de 1935. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica.

Ueberseeische Auswanderung
 Emigration pour les pays d'outre-mer
 Emigrazione per i paesi d'oltre mare

1948

N^o 81

Agentur — Agence — Agenzia GASTON L. HENNEBERG

Name de Laurencic Vorname Eugène
 Nom Prénom
 Nome Cognome

Geschlecht m. Geburtsjahr 1907.
 Sexe Année de naissance
 Sesso f. Anno di nascita

Civilstand: ledig — verheiratet — verwitwet — geschieden
 Etat-civil: célibataire — marié — veuf — divorcé
 Stato civile: celibe — maritato — vedovo — divorziato

Heimatgemeinde Kanton (ev. Land) Espagne
 Commune d'origine Canton (ev. Etat)
 Comune d'origine Cantone (ev. Stato)

Letzter Wohnort Zurich-Ville Kanton (ev. Land) Zurich
 Dernier Domicile Canton (ev. Etat)
 Ultimo domicilio Cantone (ev. Stato)

Beruf Chemiste oder des Ernährers
 Profession ou de celui qui l'entretient
 Professione o di chi lo mantiene

Monat der Abreise aus der Schweiz Fevrier
 Départ de la Suisse au mois de
 Partenza dalla Svizzera nel mese di

Einschiffungshafen. Port d'embarquement. Porto d'imbarco Le Harre.

Dampfer — Vapour — Vapore Grix

Ausschiffungshafen. Port de débarquement. Porto di sbarco Buenos Aires

Bestimmungsort. Lieu de destination. Luogo di destinazione Buenos Aires

Pauschaltransportpreis 878.10 Preis des Bahnbillets
 Prix total du transport Fr. 878.10 Prix du billet de chemin de fer Fr. =
 Prezzo globale del trasporto Prezzo del bigl. ferr.

Originalpreis des Schiffsbillets (frz. Fr.) 540.- schweiz. Fr. 1110
 Prix original du billet de vapeur (Doll. etc.) = frs. suisses
 Prezzo originale del bigl. del vap. (L. st.) 50.- fr. svizzeri 867.-

Preis des überseeischen Inlandbillets (Doll. etc.) schweiz. Fr.
 Prix du billet de chemin de fer transoc. = frs. suisses
 Prezzo del bigl. ferr. transoc. etc. fr. svizzeri

War der Reisende Auswanderer oder Passagier? *) Emigrant
 Le voyageur était-il émigrant ou passager?
 Il viaggiatore era egli emigrante o passeggero?

*) v. verso et Circ. 20 oct. 1916

30267

Certificado de emigración de Eugenio Laurencic. Le Havre. Febrero de 1948. Archivo de Josep Calvet.



Meri Laurencic en la celebración de la boda de Ana Frouchtman. 19 de noviembre de 1982.

© Archivo personal de la autora

El hombre de las checas
Susana Frouchtmann

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Susana Frouchtmann, 2018
© Lluís Permanyer, por el prólogo, 2018
© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta
Imágenes de interior: © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Centro Documental de la Memoria Histórica; © 2017. The Solomon R. Guggenheim Foundation/Art Resource, NY/ Scala, Florencia. © Vasili Kandinsky, VEGAP, Barcelona, 2017; © State Museum of Contemporary Art; © Archivo personal de la autora; Archivo de Josep Calvet; Akg-Album; Colección particular y MCU.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

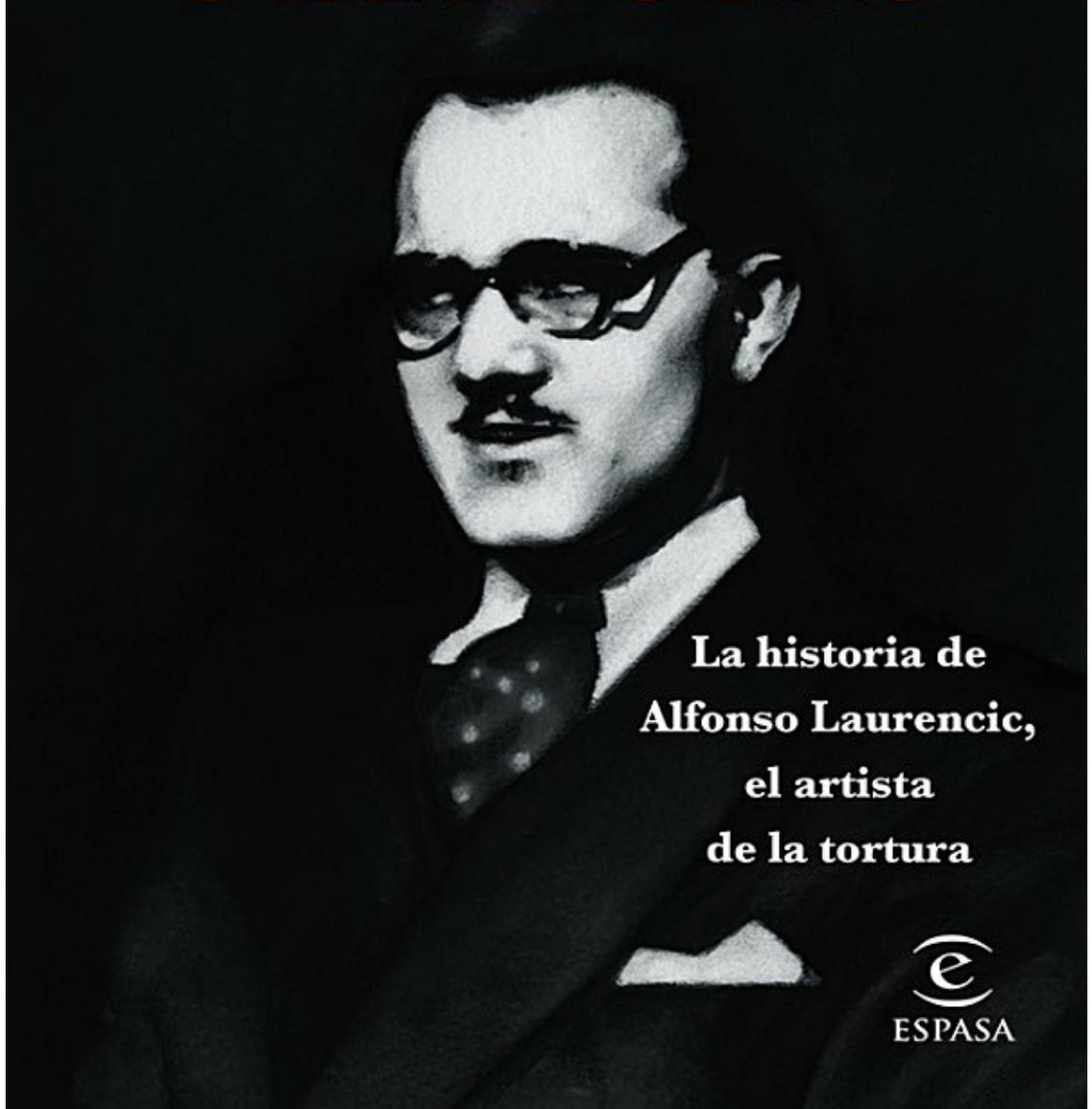
ISBN: 978-84-670-5192-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

Susana Frouchtmann

EL HOMBRE DE LAS CHECAS



La historia de
Alfonso Laurencic,
el artista
de la tortura


ESPASA

